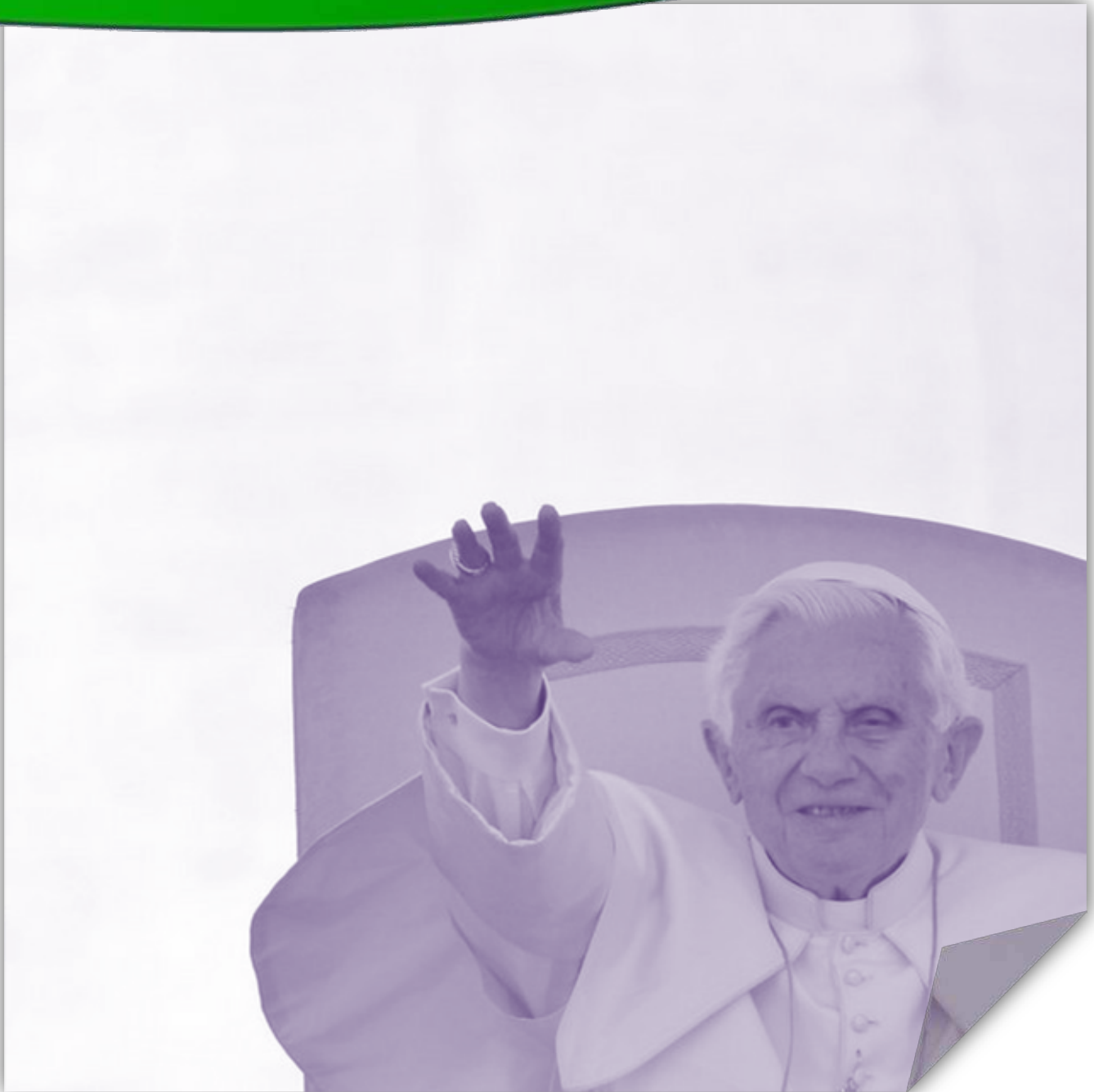


Forum.com

Papeles de formación continua



Credo Ecclesiam

Índice

Editorial 3

Retiro 5

Formación 9

Comunicación 15

Vocaciones 37

La Solana 53

El Anaquel 57

Bicentenario Don Bosco 79

Año de la Fe 95

Revista fundada en 2000

Segunda época

Dirige: José Luis Guzón

C/ Pajarillos, 1

47012 – Valladolid

Tfno.: 983 290 377

jlguzon@salesianos-leon.com

Colabora: Segundo Cousido

Dep. Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681



Gracias, Benedicto XVI

¡Viva el Papa!

Desde hace unos días nos hemos visto sorprendidos por la renuncia del papa Benedicto XVI a su ministerio apostólico. Muchas son las interpretaciones de este gesto que se han lanzado a los medios: un papa acorralado entre “cuervos” (muy común), una huida ante los múltiples problemas que atraviesa la Sede apostólica (Manuel Vicent), debilidad física debida a la edad, al cansancio o a motivos similares, un signo de obediencia a Dios y de humildad, etc. Sin embargo, entre tantas interpretaciones hay una que da visos de ser más «razonable» a mi entender: «Su decisión no está ligada a sus condiciones psicofísicas, sino a la misión de la Iglesia» (Civiltà Cattolica).

El mismo Papa lo había dicho en su nota del 11 de febrero: «En el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu [*etiam vigor quidam corporis et animae necessarius est*]». Las palabras que aparecen subrayadas son, según el editorial de este periódico oficioso de la Santa Sede, las verdaderas razones de su decisión: «En estas pocas líneas están las motivaciones profundas de su gesto. El Papa no renuncia al ministerio petrino porque se sienta débil, sino porque advierte que están en juego desafíos cruciales que necesitan energías frescas».

Ante el hecho del final de un pontificado, creo que hay dos buenas actitudes que pertenecen a nuestra tradición salesiana: el agradecimiento y el apoyo a la sede de Pedro.

De la primera, es un ejemplo la nota de D. Pascual Chávez a las pocas horas de conocerse la noticia: «Al tiempo que expresamos al Santo Padre, como habría hecho Don Bosco, nuestro agradecimiento por la generosidad con que ha servido a la Iglesia y ha hecho sentir su paternidad con respecto a nuestra familia, lo acompañamos en esta etapa de su vida con nuestro gran afecto y oración». Debemos agradecer al Papa su magisterio, sus desvelos, y especialmente todos los escritos con los que ha iluminado de un modo muy certero nuestro camino de fe.

De la segunda actitud, es decir, de nuestro apoyo a la sede de Pedro, nos puede servir de ejemplo el modo de actuar de Don Bosco. Él, que tenía muy profundamente marcado y desarrollado su amor a la Iglesia, en medio de unas buenas relaciones con los pontífices, no faltaron tampoco desavenencias. Ante estas dificultades en alguna ocasión insinuó a los suyos que no dijeran ¡Viva Pío IX! sino ¡Viva el Papa!

Al tiempo que rezamos por Benedicto XVI en estos días de especial intensidad, nos unimos a la oración de toda la Iglesia invocando la presencia del Espíritu en la elección de su sucesor.

Después de la oración, de nada (o de poco) sirve hablar sobre los verdaderos motivos que le han llevado a Benedicto XVI a presentar su renuncia, pero siempre pueden servirnos los versos del «Epílogo» de Gabriel Celaya:

«Y al fin reina el silencio.
pues siempre, aún sin quererlo,
guardamos un secreto».

A handwritten signature in black ink, reading "Fr. Luis Guzmán". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal stroke at the end.

Retiro

En camino hacia la Pascua, vivamos la alegría de la fe

Fernando Domínguez, sdb

La propuesta de una reflexión personal pasa hoy por recordar unos aspectos de nuestro Credo. He recogido fragmentos de homilías del Papa que se refieren a nuestra fe. A la alegría que debe suscitar en nuestro interior el conocer y vivir estas verdades.

Están en el libro «La alegría de la fe», de Benedicto XVI. Su lectura puede suscitar el gozo que encierran los misterios de nuestro credo. De manera que no será una alegría externa, sino más bien un gozo profundo de sabernos amados y guiados por el Señor

He escogido tres páginas: una selección muy personal ciertamente. Añado los subrayados y unas preguntas que ayuden a la reflexión.

Sobre la alegría ya escribió Pablo VI la exhortación *Gaudete in Domino*. Allí afirmaba: «*la sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría*». Porque es el Espíritu Santo «*el que sigue dando aún a tantos cristianos la alegría de vivir cada día su vocación particular en la paz y la esperanza que sobrepasa los fracasos y los sufrimientos*».

Pues que el Espíritu del Señor alimente el gozo profundo de vivir los misterios de nuestra fe.

Primera página:

Y subió al cielo y se sentó a la derecha del Padre

«La palabra de Dios pone de relieve la resurrección de Cristo, acontecimiento que ha reengendrado a los creyentes a una esperanza viva, como dice el apóstol san Pedro al inicio de su primera carta (1Pe 1,3). Como sucesor suyo, también yo exclamo con alegría: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» (1Pe 1,3) porque **mediante la resurrección de su Hijo nos ha reengendrado** y, en la fe nos ha dado una esperanza invencible en la vida eterna, a fin de que vivamos en el presente siempre proyectados hacia la meta, que es el encuentro final con nuestro Señor y Salvador. Con la fuerza de esta esperanza no tenemos miedo a las pruebas, las cuales, por más dolorosas y pesadas que sean, nunca pueden alterar **la profunda alegría que brota en nosotros del hecho de ser amados por Dios**. Él, en su providente misericordia, entregó a su Hijo por nosotros, y nosotros, aun sin verlo, creemos en él y lo amamos (cf 1Pe 1,3-9). Su amor nos basta.

De la fuerza de este amor, de la firme fe en la resurrección de Jesús que funda la esperanza, nace y se renueva constantemente nuestro testimonio cristiano. Ahí radica nuestro «Credo», el símbolo de fe en el que se basó la predicación inicial y que, inalterado, sigue alimentando al pueblo de Dios. **El contenido del *kerygma*, del anuncio, que constituye la esencia de todo el mensaje evangélico, es Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado por nosotros**. Su resurrección es el misterio fundamental del cristianismo, el cumplimiento sobreabundante de todas las profecías de salvación [...] El misterio de la resurrección del Hijo de Dios, que, al subir al cielo para estar con el Padre, derramó sobre nosotros el Espíritu Santo, nos hace contemplar con la misma mirada a Cristo y a la Iglesia: el Resucitado y los resucitados, la Primicia y el campo de Dios, la Piedra angular y las piedras vivas, según otra imagen de la primera Carta de san Pedro (cf 1Pe 2,4-8). Así sucedió al inicio con la primera comunidad apostólica y así debe suceder también ahora.

Desde el día de Pentecostés la luz del Señor resucitado transfiguró la vida de los apóstoles. Ya tenían la clara percepción de que no eran simplemente discípulos de una doctrina nueva e interesante, sino **testigos elegidos y responsables de una revelación a la que estaba vinculada la salvación de sus contemporáneos y de todas las generaciones futuras**. La fe pascual colmaba su corazón con un ardor y un celo extraordinario, que los disponía a afrontar cualquier dificultad e incluso la muerte, e imprimía a sus palabras una fuerza de persuasión irresistible. Así, un puñado de personas desprovistas de recursos humanos, contando solo con la fuerza de su fe, afrontó sin miedo duras persecuciones y el martirio. El apóstol san Juan escribe: «Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe» (1Jn 5,4b). La verdad de esta afirmación está documentada también en Italia por casi dos milenios de historia cristiana, con innumerables testimonios de mártires, santos y beatos [...].

Nosotros somos hoy los herederos de estos testigos victoriosos. Pero precisamente de esta constatación surge la pregunta: ¿qué es de nuestra fe? ¿En qué medida sabemos comunicarla hoy? La certeza de que Cristo resucitó os asegura que ninguna fuerza contraria podrá jamás destruir la Iglesia. Nos anima también la conciencia de **que solo Cristo puede colmar plenamente las expectativas profundas de todo corazón humano y responder a los interrogantes más inquietantes sobre el dolor, la injusticia y el mal, sobre la muerte y el más allá**. Así pues, nuestra fe está fundada, pero es necesario que esta fe se transforme en vida en cada uno de nosotros. Es preciso realizar un esfuerzo amplio y capilar para que cada cristiano se convierta en «testigo» capaz y dispuesto a asumir el compromiso de dar a todos y siempre razón de la esperanza que lo impulsa (cf 1Pe 3,15). Por esto **hace falta volver a anunciar con vigor y alegría el acontecimiento de la muerte y la resurrección de Cristo**, centro del cristianismo, fulcro fundamente de nuestra fe, palanca poderosa de nuestras certezas, viento impetuoso que barre todo el miedo e indecisión, toda duda y cálculo humano. Solo de Dios puede venir el cambio decisivo del mundo. Solo a partir de la Resurrección se comprende la verdadera naturaleza de la Iglesia y de su testimonio, que no es algo separado del misterio pascual, sino que es su fruto, manifestación y actuación por parte de los que, recibiendo al Espíritu Santo, son **enviados por Cristo a proseguir su misma misión** (cf Jn 20,21-23). »

Puedes reflexionar sobre este misterio:

- ✓ *¿Me siento amado por Dios?*
- ✓ *El recordar la resurrección de Cristo ¿produce en mí esperanza, ánimos?*
- ✓ *¿Hay algo que me impida sentirme enviado a continuar la misión que Jesús inició?*

Segunda página:

El inicio del camino en la vida cristiana

«¿Cómo podemos dejarnos renovar por el Espíritu Santo y crecer en nuestra vida espiritual? La respuesta ya la sabéis: se puede mediante los sacramentos, porque **la fe nace y se robustece en nosotros gracias a los sacramentos**, sobre todo los de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, que son complementarios e inseparables (cf *Catecismo de la Iglesia católica*, 1285). Esta verdad sobre los tres sacramentos que están al inicio de nuestro ser cristianos se encuentra quizá desatendida en la vida de fe de no pocos cristianos, para los que estos son gestos del pasado, pero sin repercusión real en la actualidad, como raíces sin savia vital. Resulta que, una vez recibida la confirmación, muchos jóvenes se alejan de la vida de la fe. Y también hay jóvenes que ni siquiera reciben este sacramento. Sin embargo, **con los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y después, de modo constante, de la Eucaristía, es como el Espíritu Santo nos hace hijos del Padre, hermanos de Jesús, miembros de su Iglesia, capaces de un verdadero testimonio del Evangelio, beneficiarios de la alegría de la fe.**

Os invito por tanto a reflexionar sobre lo que aquí os escribo. Hoy es especialmente importante redescubrir el sacramento de la Confirmación y reencontrar su valor para nuestro crecimiento espiritual. Quien ha recibido los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, recuerde que se ha convertido en «templo del Espíritu»: Dios habita en él. Que sea siempre consciente de ello y haga que el tesoro que lleva dentro produzca frutos de santidad. Quien está bautizado, pero no ha recibido aún el sacramento de la Confirmación, que se prepare para recibirlo sabiendo que así se convertirá en un cristiano «pleno», porque la Confirmación perfecciona la gracia bautismal.

La Confirmación nos da una *fuera especial* para testimoniar y glorificar a Dios con toda nuestra vida (cf Rom 12,1); nos hace íntimamente conscientes de nuestra pertenencia a la Iglesia, «Cuerpo de Cristo», del cual todos somos miembros vivos, solidarios los unos con los otros (cf 1Cor 12,12-25). Todo bautizado, dejándose guiar por el Espíritu, puede dar su propia aportación a la edificación de la Iglesia gracias a los *carismas* que Él nos da, porque «en cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común» (1Cor 12,7). Y cuando el Espíritu actúa produce en el alma sus frutos que son «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Gál 5,22)... »

Puedes reflexionar sobre este misterio:

- ✓ *¿Cómo puedo intentar que mi fe no se vaya apagando, sino que crezca?*
- ✓ *Cada día celebro el sacramento de la Eucaristía: ¿refuerza en mí el gozo de la fe? ¿me impulsa a testimoniar a Cristo con mi vida?*

Tercera página:*Mirando fijamente a la meta*

«San Pedro dice, en los Hechos de los Apóstoles, que Dios ha exaltado a Cristo a su derecha como jefe y Salvador (cf He 5,31). Jefe es la traducción del término griego *archegos*, que implica una visión mucho más dinámica: *archegos* es aquel que muestra el camino, que precede; es un movimiento, un movimiento hacia lo alto. Dios lo ha exaltado a su derecha; por tanto, hablar de Cristo como *archegos* significa que **Cristo camina delante de nosotros, nos precede, nos muestra el camino**. Y estar en comunión con Cristo es estar en un camino, subir con Cristo, es seguir a Cristo, es esta subida hacia lo alto, es seguir al *archegos*, a aquel que ha pasado, que nos precede y nos muestra el camino.

Aquí, evidentemente, es importante que se nos diga a dónde llega Cristo y a dónde tenemos que llegar también nosotros: *hypsosen* – las alturas – subir a la derecha del Padre. Seguir a Cristo no es sólo imitar sus virtudes, no es sólo vivir en este mundo de modo semejante a Cristo, en la medida de lo posible, según su palabra, sino que es un camino que tiene una meta. Y la meta es la derecha del Padre. **Este camino de Jesús, este seguimiento de Jesús acaba a la derecha del Padre**. En el horizonte de este seguimiento está todo el camino de Jesús, también llegar a la derecha del Padre.

En este sentido, la meta de este camino es la vida eterna a la derecha del Padre en comunión con Cristo. Nosotros hoy con frecuencia tenemos un poco de miedo a hablar de la vida eterna. Hablamos de las cosas que son útiles para el mundo, mostramos que el cristianismo ayuda también a mejorar el mundo, pero no nos atrevemos a decir que su meta es la vida eterna y que de esa meta vienen luego los criterios de la vida. Debemos entender de nuevo que el cristianismo sería un «fragmento» si no pensamos en esta meta, que queremos seguir al *archegos* a la altura de Dios, a la gloria del Hijo que nos hace hijos en el Hijo y debemos reconocer de nuevo que **solo en la gran perspectiva de la vida eterna el cristianismo revela todo su sentido. Debemos tener la valentía, la alegría, la gran esperanza de que la vida eterna existe, es la verdadera vida, y de esta verdadera vida viene la luz que ilumina también a este mundo.**

Si también se puede decir que, aun prescindiendo de la vida eterna, del cielo prometido, es mejor vivir según los criterios cristianos, porque vivir según la verdad y el amor, aun sufriendo muchas persecuciones, en sí mismo es bien y es mejor que todo lo demás, precisamente esta voluntad de vivir según la verdad y según el amor también debe abrir a toda la amplitud del proyecto de Dios para nosotros, a la valentía de tener ya la alegría en la espera de la vida eterna, de la subida siguiendo a nuestro *archegos*. *Soter* es el Salvador, que nos salva de la ignorancia, busca las cosas últimas. El Salvador nos salva de la soledad, nos salva de un vacío que permanece en la vida sin la eternidad, nos salva dándonos el amor en su plenitud. Él es el guía. Cristo, el *archegos*, nos salva dándonos la luz, dándonos la verdad, dándonos el amor de Dios.»

Puedes reflexionar sobre este misterio:

- ✓ *¿Qué me impide confesar que sigo a Jesucristo?*
- ✓ *El pensar en la vida eterna, ¿cómo puede aumentar mi esperanza?*
- ✓ *¿Qué otros aspectos subrayas tú?*

Formación

El árbol de la vida... Religiosa¹

José María Rodríguez Olaizola, sj

Me preguntas qué sentido tiene mi vida. Y ya antes de responder creo ver en tus ojos un punto de sorpresa, de incredulidad, casi de pena –o es que yo me pongo a la defensiva y leo mal tu rostro. Te parezco majo, agradable, congeniamos. Tenemos conversaciones interesantes. Nos reímos y bromeamos con cuestiones de andar por casa. Hablamos de música, de fútbol, de política, de gente, de Internet, de sexo y, a veces, de Dios. Todo eso está muy bien. Pero ¿cómo es posible que la fe se vuelva tan central, tan importante, tan definitiva como para que toda la vida pivote en torno a ella? «¿Cómo es posible, en los tiempos que corren, que te hayas hecho jesuita? ¿Estás tonto o qué?». Espero que mi respuesta vaya más en la línea del «o qué...», y espero ser convincente. Aunque, créeme, no es fácil.

De entrada te cuesta entenderlo. Tal vez en otras épocas ser una persona de fe era lo más habitual. Incluso lo convencional. No había familia en la que no hubiera un tío cura, un primo fraile o una tía monja. Y los demás también creían –o al menos practicaban. Lo alternativo, lo raro, lo chocante, era salirse de ese guión. Hoy no. Hoy la inercia invita a pasar. Sobre todo a los que sois más jóvenes. Hoy parece de cajón poner cierta distancia de seguridad entre uno mismo y las certidumbres de todo cuño. Un punto de escepticismo es saludable. No es que uno no crea o no practique. Hay de todo. Pero incluso si lo haces, incluso si te dices católico, mantienes una reserva, un punto de sospecha, una voz interior que te dice: «¡Bueno, pero sin forzar! que no hace falta tomarse las cosas a la tremenda».

¹ En *Sal Terrae*, 100, enero 2012.

No sé si eso es bueno o malo. De entrada, diría que tanta cautela me parece un incordio. Pero tal vez ahí se cuele mi propia sensibilidad. Podrías decirme que es que no entiendo cómo son las cosas ahora –porque para la gente joven el pasar de los cuarenta es ya ser un poco carcamal (¡Ni te imaginas lo rápido que llega!). Tampoco el lenguaje ayuda demasiado, porque, si intento explicarte de qué va todo esto, tendré que utilizar palabras que no se usan hoy en día. Palabras como «votos», o «consagración»... Y cuando me oigas decir las, pondrás cara de póker o mirarás de reojo a la pantalla de tu móvil, a ver si hay algún nuevo mensaje en *twitter* más interesante que el rollo que parece acercarse.

Con todo, algo te intriga de todo esto. Quizá porque te caigo bien, y quieres entenderme. Seguro que, si te lanzases, irías desgranando preguntas como: «Pero ¿no te sientes solo?». «Y si te dicen que tienes que irte a otra ciudad, ¿te irás, así, sin más? ¿Eso no duele?». «¿Y si todo lo que crees fuera mentira? ¿No te da miedo tirar tu vida por la borda por una fe equivocada?». «¿Nunca has pensado en dejarlo?». «¿Y no puedes hacer lo mismo que haces estando casado, creando tu propia familia?». «¿De verdad has escuchado “la llamada” de Dios?». «Tal y como está la Iglesia, ¿no te rechina un poco ser del *staff*? Porque no estarás de acuerdo con todo lo que dice, ¿no?». «¿Y qué pasa con el sexo?»

Supongo que habrá bastantes cuestiones más. Pero al menos estas han surgido una y otra vez hablando con gente como tú a lo largo de los años. Muchas incluso me las he preguntado yo mismo. No es que tenga todas las respuestas. Pero intento ir encontrando sentido.

Te pongo en antecedentes. Yo entré en el noviciado de los jesuitas cuando tenía 18 años. Con 20, hice votos de pobreza, castidad y obediencia. Con 31, me ordené sacerdote. Con 37, hice los últimos votos. Ahora tengo 41. Es decir, que llevo más de media vida en la Compañía de Jesús. En ella he pasado mi juventud, en ella he vivido etapas muy buenas y otras más difíciles. He pasado momentos en los que estaba convencido de todo, y otras épocas de zozobra e incertidumbre que hacían difícil ver un horizonte. Mi imagen de Dios ha cambiado una y otra vez, y al ir aprendiendo desde el evangelio, la historia y las intuiciones de otros, esa imagen se fue llenando de contenido y de nombres: Jesús, Cristo, el Espíritu, el Padre, el amigo, el creador de todo... Las certezas que una vez creí tener se convirtieron en dudas: unas se resolvieron, y otras no; y ahora mi fe tiene un poco de todo. He aprendido a conocer a la Iglesia y, créeme, yo soy el primero que he tenido que lidiar con sus buenas dosis de contradicción y con la desazón que me producen algunas situaciones. Pero al tiempo he aprendido a ver sus luces y la manera en que su acción se convierte en buena noticia para muchas gentes, así que me siento parte de ella. Me he enamorado más de una vez, y eso, en mi caso, como te puedes imaginar, es un problemón, y he tenido que lidiar con un corazón que se bandeaba en la tormenta (aunque decir «atormentado» me parece un poco dramático o excesivamente romántico, como si te fuese a contar una versión contemporánea y clerical de «Cumbres Borrascosas», y la verdad es que no es para tanto...). He aprendido a conocer un poco más el mundo, a los otros, a Dios y a mí mismo. Supongo que parte de eso lo dan los años, la propia historia y el sentido común. Y otra parte lo da el camino concreto en el que eliges vivir. ¿Me arrepiento de algo? De unas cuantas cosas. Me intriga la gente que dice que no se arrepiente de nada y que volvería a hacer lo mismo siempre. Yo creo que no hay que vivir lamentándose en demasía; pero, sin duda, hay cosas que haría de forma diferente (a eso se le llama «aprender», y lo que uno espera es construir el futuro sobre las lecciones de la propia historia, sobre los aciertos y sobre los errores).

Dicho todo eso, vuelvo a tu pregunta inicial. ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Qué sentido tiene consagrar la propia vida a Dios, en una orden religiosa, en el siglo XXI, en un mundo en el que cada vez estamos seguros de menos cosas? ¿No es la herencia moribunda de otro mundo, de otra época y de otro milenio? ¿No son estos los últimos coletazos de una forma de vida que está a punto de desaparecer? Si te soy sincero, da un poco de vértigo intentar contestar a estas cuestiones, porque, si uno es honesto, cabe la posibilidad de no ser capaz de responder. Es decir, creo que la tentación de contestar a la defensiva e intentar desmontar cualquier objeción que me plantees es enorme.

Hay, creo, otro camino. Más directo. Más personal. Menos definitivo. Te voy a hablar de cómo vivo yo todo esto. No pretendo que sea la respuesta estándar que vale para cualquiera, ni tampoco quiero elevar mi perspectiva a la categoría de doctrina. Estoy seguro de que hay religiosos y religiosas que

ponen otros acentos, que viven con otra hondura y que tienen una fe y una práctica religiosa que deja en pañales mis costumbres. Pero tú me has preguntado a mí, ¿no? Allá vamos.

Lo primero que le da sentido a esta vida es Dios. Creo en Dios. Con todas las inseguridades, vértigos y lagunas que quieras, pero creo en Dios. Rezo a veces. Leo. Intento entender, siempre más. Con buenas dosis de duda, y consciente de que la verdad absoluta se nos escapa. Sabiendo que mucho de lo que configura una religión tiene más de tradición, de cultura y de historia que de trascendencia y eternidad. Pero, al final, creo que existe Alguien que es el principio y el fundamento en el que se sostiene nuestra vida. Entiendo que a veces la fe implica un salto al vacío, una decisión, y que creer es arriesgarse a creer, del mismo modo que no creer es otro salto al vacío, solo que en esta época parece que es más fácil.

Luego, a ese Alguien hay que definirlo. No sabría muy bien cómo hacerlo, pues entiendo que siempre hablamos de Dios por aproximación. Quizá lo mejor es decir que es «Amor». Y es tan amor que es comunidad, encuentro, relación. Me gusta esa imagen. No concibo un Dios aislado, frío, distante, sino como algo vivo, donde fluye la energía, el afecto, la pasión. La imagen cristiana del Dios que es Trinidad (es decir, comunidad) tiene que ver con eso. Y en esa imagen me resulta sugerente tanto concebir a Dios como un padre que lo da todo, como descubrirlo en Jesús, un ser humano que nos muestra el rostro de Dios, o como un espíritu que alienta en nosotros y nos vincula con lo más eterno, lo más grande, lo más profundo. Esto me lleva a otro punto. Yo jamás habría descubierto por mí mismo esas imágenes. Son el resultado de una historia compartida, de siglos de búsquedas, formulaciones e intuiciones de muchos hombres y mujeres. Son el resultado de interpretar –a veces con más o menos acierto– lo ocurrido. Y tratar de expresarlo en una serie de creencias que se pueden transmitir de generación en generación. Por eso mi fe no es únicamente la adhesión a una intuición de Dios, sino abrazar también su concreción en una religión. Sabiendo que la religión es, al tiempo, un fenómeno humano, social, cultural, y que muchas de sus concreciones, prácticas y normas son realizaciones humanas que no debemos divinizar. Sabiendo que a veces habrá error en lo que se afirma, y que la verdad con mayúscula se escapa y hay que buscarla. Pero, con todo eso, creo en Dios y acepto vivir la fe en lo concreto de una religión. Hay mucha gente que diría que, aun estando de acuerdo con eso, no va a dar ni un paso más. ¿Cuál sería el «paso más»? Adherirse a una iglesia. O, en mi caso, pertenecer a la Iglesia católica. Mucha gente está quemada con la Iglesia católica. A menudo con razones de peso. Se critican abusos, prácticas, doctrinas, exclusiones, manipulaciones, riquezas o distorsiones del evangelio. No pretendo entrar en cada uno de esos argumentos, ni para darles la razón –cuando la tienen– ni para rebatirlos –cuando abundan los prejuicios o las simplezas. Lo que ocurre es que la Iglesia es mucho más que eso, aunque también incluya mucha fragilidad, miseria y pecado. Es un ideal y un horizonte, una meta y un destino; pero avanzamos hacia ese destino desde lo concreto y posible, desde los pies de barro, desde la tensión entre grandeza y fragilidad, entre sabiduría y estupidez. También en ella encontramos destellos de ese Dios al que de vez en cuando creemos descubrir, y fogonazos de esa ambigüedad que es tan humana. Tal vez estoy siendo muy lírico, muy poético y un tanto abstracto. Así que en este punto aterrizo también de otra manera. Conozco bastantes cosas de la iglesia desde dentro, y aunque hay cosas que no me gustan nada, hay otras muchas que me parecen admirables y ejemplares en este mundo. Para muchas personas, la Iglesia real, en sus gentes, en sus proyectos y en su palabra, está siendo hoy su única tabla de salvación. Por lo tanto, es en ese triple ámbito (Dios, religión, Iglesia) donde tiene sentido esta vida que llevo.

Ahora cambio de tercio. Te voy a hablar de la vida. Sé que suena grandioso. Está reciente el estreno de la película «El árbol de la vida». Es una película extraña que juega con un contraste. Por una parte, la grandeza del cosmos, de la eternidad, de la única gran historia que arranca de la creación y terminará un día en el que todo lo que conocemos vuelva a Dios. Por otra parte, las historias cotidianas, domésticas, personales, tan grandes y tan pequeñas a la vez. La película es lenta, muy visual, densa, y a alguna gente le fascina y a otra le horroriza. A mí me gustó. Me gustó porque recoge muy bien esos dos polos, entre la Vida, así, con mayúsculas, y nuestras vidas concretas, particulares. Te cuento esto porque, como te digo, te voy a hablar de la vida. Hoy mucha gente quiere vivirlo todo,

probarlo todo, experimentar al máximo, disfrutar de un mundo de sensaciones, sentir, gustar, recorrer todos los caminos, habitar todos los lugares... reproduciendo en esa lógica las promesas que recibimos sobre todo a través de los eslóganes publicitarios, que son como plegarias contemporáneas. Como decía no hace mucho tiempo el anuncio de un vehículo: «Sabemos que existen muchas vidas y las queremos vivir todas». Ahí hay una trampa. Porque, aunque existan muchas vidas, en realidad para cada uno de nosotros existe una sola. Nuestro tiempo es limitado, ni siquiera tenemos garantizado un mínimo más allá de lo que ya hemos vivido. Tenemos la certidumbre de que un día moriremos. Y la conciencia de que nuestros días en la tierra, muchos o pocos, son limitados. Ese límite es importante. Normalmente no se piensa en ello, pero es necesario hacernos conscientes alguna vez. Tenemos solo una vida. Y elegiremos unos caminos y no otros. Enfilaremos algunas sendas, dejando atrás otras que nunca volverán. Tomaremos decisiones. Algunas serán triviales y no tendrán más trascendencia (si hoy voy a este sitio o a este otro, si gasto este verano de una u otra forma, o si hago o no tal cursillo). Pero otras serán tan esenciales que definirán nuestra vida. Tienen que ver con las personas a las que te vinculas, con los grandes objetivos que quieres que jalonen tu historia, con los proyectos por los que apuestas... Ahora tal vez te cuesta entender esto. Ahora, mientras eres joven, estás en la edad de las posibilidades, cuando todo parece solaparse, cuando uno aún imagina que todo está a su alcance, porque aún no se ha cerrado muchas puertas. Pero hacerse adulto es pasar de la edad de las posibilidades a la edad de lo concreto. Ahí entra, y perdóname la palabra, la noción de «*consagración*». Consagrarse a algo es dedicarse de lleno a ello, darle tal centralidad en tu vida que durante un tiempo –o siempre– se convierte en referencia básica. Hay deportistas que se consagran al deporte que practican. Hay padres que se vuelcan en el cuidado de sus hijos (al menos durante unos años). Hay enamorados para quienes toda su vida encuentra sentido al lado de la persona a la que aman. Hay gente que da tal centralidad a su trabajo que se convierte en el núcleo de su existencia.

Pues para mí, y creo que de algún modo para todos los religiosos y religiosas, esa centralidad la tiene Dios. Hasta tal punto que uno decide darle tal relevancia en la vida que se convierta en la gran referencia, sin otras mediaciones –como pueden ser tu pareja o tus hijos... o como pueden ser tus posesiones. No es que otra gente, en otras vidas, no le dé importancia a Dios –ni tampoco es que le dé menos. Lo que cambia, sobre todo, es la inmediatez. Si yo hubiera elegido otro camino, si tuviera una pareja o si fuera padre de familia, en este momento ellos serían mi principal compromiso y responsabilidad. En ellos tendría que hacer más real, más completo y más aterrizado el amor. El camino de la vida religiosa es diferente. Es un amor distinto. Dice en un precioso poema Pedro Casaldáliga, hablando del amor del célibe: «...no es que dejéis el corazón sin bodas, habréis de amarlo todo, todos, todas, testigos de un amor primero...». Es una idea muy real. De golpe te vuelcas en Dios, y eso te lanza, sin poder evitarlo, al mundo. No cabe un misticismo ajeno a los otros. No cabe una soledad despoblada. No cabe la fe sin amor. Pero sí cabe darle a Dios –y su evangelio– tal cancha en la vida que te ayude a configurarlo todo y a hacerlo con otros, pero sin exclusividad.

¿Cómo llega uno a dar ese paso? ¿Por qué? ¿Qué te empuja a consagrar tu vida a Dios y su proyecto? Hay otra palabra que suele citarse cuando llegamos a este punto, y esa palabra es «*vocación*». Pero tampoco es fácil explicarse. ¿Es que Dios me llamó a esto? ¿Cuándo? ¿Estaba un día tan tranquilo y, de golpe, una voz me susurró en el oído: «tú, ahí te quiero...»? ¡No! Esto de la vocación es complicado. Supongo que hay vivencias diferentes, y las personas creen entender lo que Dios quiere por caminos muy distintos: los sentimientos, la imaginación, la reflexión, experiencias vitales, distintas formas de oración... Por distintos caminos descubres el evangelio, piensas en el mundo, intuyes a Dios, escuchas, con la distancia de veinte siglos, a un Jesús que, sin embargo, parece que te sigue hablando a ti hoy. Todo eso se agolpa y se convierte en intuición, y vibras al imaginar un camino, al comprender que Dios es más que una idea, y te sientes querido tal como eres, y descubres que no entiendes tu vida en otro lugar –aunque entiendas que ese otro lugar podría ser igualmente fascinante... Y entonces, de algún modo, saltas al vacío. Eso, muy sucintamente, fue lo que me pasó a mí.

Ahora puedes objetar que no lo entiendes. Que te parece una barbaridad y una forma de tirar la vida, porque al final uno se pierde algunas de las vivencias más bonitas. Ahí te contestaría con dos cuestiones. Lo primero, no hay vidas idílicas. No es que quiera desanimarte ni que sea un escéptico o

un agonías. Ni mucho menos. Es solo que cualquier vida, cualquier camino, cualquier opción implica ganar y perder, implica abrazar y despedir, implica disfrutar, pero también sufrir. Esto le ocurre al soltero y al casado, al que tiene hijos y al que no... Creo que al único que no le sucede algo así es a quien sea apático e indiferente a todo. Pero, en el momento en que algo o alguien te importa, empiezas a ser vulnerable. Y eso está bien, porque eso es ser humano. Por eso mi respuesta tiene algo de devolverte la pregunta. ¿Estás seguro de que, elijas lo que elijas, no te va a suponer renunciás, algo de sacrificio y alguna que otra lágrima? Si lo piensas un poco, tendrás que reconocer que sí. Pero seguramente me dirás que compensa si de verdad te llena aquello que eliges.

Pues bien, ahí te doy la razón, y te explico: Me llena esta vida. ¡Ojo! No es que el único criterio de decisión tenga que ser ese. Lo del «me llena» y «no me llena» es una guía insuficiente. Pero si así nos entendemos, genial. Yo, como todo el mundo, aspiro a llevar una vida feliz. Y entiendo la felicidad, desde el evangelio, como vivir desde la lógica de las bienaventuranzas, saberme querido por Dios en toda mi fragilidad y poder dedicar el tiempo a compartir esa intuición de una manera tan concreta y tan real que ayude a otras personas a que sus vidas sean mejores. Una búsqueda de felicidad que no tuviera en cuenta la búsqueda del bien para otros, y de modo especial para otros que están más heridos, más golpeados o más necesitados de alivio, me resulta demasiado insulsa. Es, entonces, búsqueda de libertad, de encuentro, de amor, de justicia, de perdón, de sanación de tantas heridas como golpean a la gente... Esto, además, lo hago con otras personas, compartiendo vida, proyecto, horizonte... Mi vida es, en realidad, «nuestra»; en mi caso, de un grupo de hombres que nos sentimos seducidos por el mismo proyecto en la Compañía de Jesús; y nos vinculamos de tal manera que nos convertimos en una comunidad que busca servir. Tampoco quiero engañarte. Todo esto está teñido de humana fragilidad, de bastante chapuza y de limitaciones personales. Pero es que esto es, precisamente, la grandeza de esta historia: caminar por la vida con pies de barro y corazón de fuego.

Voy a dar un paso más. ¿Cómo entender esto hoy en día, en este mundo? ¿No es algo un poco antiguo, como de otra época? ¿No resulta anacrónico? ¿No es un tipo de vida anclado en normas, pautas y formas que responden más a otros siglos y otras formas de entender la vida? Ha habido vida religiosa desde hace muchos siglos. Y ha habido concreciones diferentes. Desde los primeros eremitas que se iban al desierto buscando a Dios, pasando por los monjes de los monasterios medievales, hasta los religiosos y religiosas de vida apostólica, que en los últimos quinientos años han desplegado una intensa actividad en nuestro mundo. Algunos elementos perduran, y otros cambian. Pues bien, yo tengo la sensación de que la vida religiosa hoy en día es necesaria y, al mismo tiempo, está en un momento de transformación. De hecho, ya desde hace cuarenta años, cuando concluyó el Concilio Vaticano II, comenzaron a producirse cambios que afectaban a prácticas que llevaban siglos sin tocarse, desde las formas de vestir hasta los lugares de residencia, desde los horarios hasta la concreción de la misión que las congregaciones tenían. Nos llevaría lejos detallar todo ese escenario – quizá dará de sí para otra carta. Baste ahora decir que los cambios provocaron sacudidas, polémicas y bandazos. Hubo quien los vivió como liberación, y hubo también quien sintió que eran una traición a todo lo que había sido su vida. Y en el medio, gente que buscaba encontrar su sitio, como en una canción de Amaral. Hubo décadas de cambio constante, y ha habido también épocas –quizá se advierte algo de eso en los últimos años– en que pesa más la nostalgia por otros tiempos o las críticas a lo que muchos consideran que no es fidelidad.

Pues bien, yo pienso –y ya te aviso de que seguramente hay mucha gente que disiente, y quizás el que esté equivocado sea yo, pero te lo cuento tal y como lo creo– que la vida religiosa aún tiene que cambiar más. Al menos la vida religiosa apostólica. A veces tengo la sensación de que hay mucho miedo, mucha inseguridad y ganas de refugiarse en una piedad, unas prácticas y unas formas que dan seguridad, pero que también nos meten en un castillo. ¿Qué es lo que tiene que mantener la vida religiosa? La radicalidad, es decir, la capacidad para poner la raíz en Dios y su evangelio de manera absoluta. La apertura a la trascendencia –que hoy en día creo que tiene más de ser buscadores llamados a compartir nuestra búsqueda que de creernos portadores de certezas. La capacidad de encuentro, de amistad y de comunidad. La tensión fecunda que se produce cuando individuos capaces, creativos y carismáticos ponen su vida al servicio de proyectos comunes en nombre de Dios

y su evangelio. La disposición a darlo todo. Demasiado a menudo, los religiosos podemos llevar vidas marcadas por un reloj conventual. Eso es una trampa. Nuestro reloj no puede olvidar las urgencias y las demandas de la gente, y es inevitable un punto de desequilibrio en el que el tiempo se nos va en darlo, no en cuidarnos demasiado.

La vida religiosa va a cambiar, sin duda, porque cambian los números y porque están cambiando el mundo, la sociedad y la gente. Vamos a ver –ya lo estamos viendo, pero aún no del todo– una transformación brutal: la desaparición de congregaciones enteras y la redimensión (casi siempre disminución) de otras muchas. Esto implicará un cambio de mentalidad para el que pienso que aún no estamos preparados. Ahora hay bastantes inercias, algunas convenciones y excesivos recelos. Y demasiado a menudo nuestra vida religiosa se mueve a un paso otoñal. El cambio es inevitable y necesario, aunque en este momento no tengamos claro adónde nos va a conducir. Lo que resulta evidente es que nos toca luchar –y quizá sea eso parte de la tarea de mi generación y de otras que vienen detrás–, atrevernos a imaginar algo nuevo y gastar la vida en descubrirlo. Aunque eso suponga quebraderos de cabeza, aciertos y errores, incomprensiones... Lo importante es no perder de vista que, si esta vida tiene sentido, es para hacer presente a Dios y su evangelio en este mundo. Todo lo demás es accesorio. Te escribía antes acerca de los elementos que no han de faltar en la vida religiosa. Muchos son esenciales, han estado ahí siempre y le dan solidez y coherencia a esta forma de vida. Pero, junto a ellos, otros tienen que cambiar.

Es urgente un cambio en el lenguaje, sin miedo a explorar formas nuevas de hablar (y de comprender) a Dios; un cambio en la manera de proponer la fe; un cambio en la concepción de la propia vida personal y comunitaria; un cambio en la valoración de las personas, en la comprensión de la obediencia en una era donde la autonomía personal es un valor importante; un cambio en la comprensión del papel de la mujer en la Iglesia, para el que la vida religiosa puede tener una sensibilidad y una perspectiva única; un cambio afectivo, en el que aprendamos a compaginar reciedumbre y cariño real entre nosotros, sin temor a querer mucho y sin blindarnos y convertirnos en solterones en quienes nadie deja huella. Estamos en una época en la que, eclesialmente, andamos un poco perdidos, sin saber muy bien dónde nos toca estar, entre quienes nos piden una voz y quienes nos piden que nos calleemos. Yo pienso que hoy no bastan el miedo, la prudencia ni el ocultamiento. Más bien, creo que ahora se necesitan visiones audaces, fidelidad crítica y un esfuerzo radical por comunicar a Dios hoy. Si al final resulta que tenemos que desaparecer, sea. Pero eso ya lo dirá el Espíritu que guía a la Iglesia. Lo importante, en cualquier caso, no somos nosotros.

Así que ya ves: esto es lo que hay. No sé si te he ayudado a entenderme, a entendernos un poco. Seguramente no encontrarás dos respuestas iguales a tu pregunta, porque distintos somos cada uno de nosotros. Vivir así, hoy en día, para muchos será necesidad, locura o insensatez. Para mí es, sencillamente, una forma de amar.

Comunicación

Reflexión teológica sobre la comunicación²

I. Elementos introductorios

I.1 Evangelización y Comunicación Liberadora

La comunicación como proceso social, vital para la convivencia, nace con el hombre mismo y ha sido potenciada modernamente a través de grandes organizaciones y poderosas tecnologías (DP 1064).

Las comunicaciones humanas, en efecto, pueden ser consideradas como procesos inscritos en la dinámica personal, grupal y masiva que posibilitan la convivencia social, y también como organizaciones sociales que potencian las interrelaciones humanas a través de los modernos medios de difusión. Pero en ambas perspectivas, el término y fin de la comunicación es el hombre, a quien deben someterse todos los medios y técnicas, cuyos usos son, a veces, ambiguos y aún nefastos para el hombre.

La Evangelización como anuncio, celebración y actuación de las nuevas relaciones del Reino de verdad y comunión está llamada a liberar y perfeccionar las virtualidades de nuestros pueblos latinoamericanos para lograr una convivencia más participada y plena.

² Extraído del libro *COMUNICACIÓN misión y desafío* - Manual Pastoral de Comunicación Social Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) - DECOS 73 Abril, 1986, Bogotá, Colombia ISBN 625-002-4.

El proceso de la liberación integral abarca la conversión del hombre latinoamericano desde las dimensiones más profundas de su personalidad hasta el conjunto de las relaciones que lo vinculan con la naturaleza y la sociedad. En la perspectiva un relacionamiento con Dios.

La liberación de la incomunicación es así don y consecuencia de la filiación divina, ya la vez tarea histórica que se deriva de esa gracia. La Evangelización ilumina el horizonte de comprensión de esa tarea: restituir al hombre su verdadera identidad de imagen y semejanza de Dios (Gen 1,26), según la figura del Hombre Nuevo, Jesucristo, que reconcilia a los hombres entre sí y al mundo con su Creador (1Cor 15,28). Por eso, la tarea evangelizadora conduce a la liberación de las esclavitudes que desfiguran el rostro del hombre y de una nueva humanidad más comunicativa y fraterna, y a la superación de las barreras que impiden la reconciliación integral (2Cor, 5,19).

Allí donde el Amor teje nuevas relaciones de comunicación de bienes materiales y espirituales (1Jn 4,16), se gesta el nacimiento y desarrollo del Reino de Dios en la historia, que gime con dolores de parto hasta la plenitud de la comunión final (Rom 8, 10-27).

En resumen, ningún proceso o sistema comunicativo es indiferente al cristiano y a la Iglesia, ya que en ello se juega la dignidad del hombre y “cuando un hombre es herido en su dignidad, toda la Iglesia sufre” (Pablo VI, enero de 1977 - DP 1289).

Más aún, la Evangelización es comunicación de la Buena Nueva de Liberación para instaurar la comunión del Reino de Dios, y, como auténtico proceso de comunicación liberadora, implica en su raíz la denuncia del pecado de incomunicación y el anuncio de la superación de las condiciones opresivas que impiden la comunión, anunciada por Jesucristo. Es tarea de reflexión cristiana discernir a la luz de la fe las manifestaciones de gracia y de pecado que acogen o rechazan la Buena Nueva de Liberación y el don de la Comunión en la situación de nuestro continente. Debemos estar atentos al “paso” del Señor.

1.2 Pautas para la reflexión a la luz de la fe

Si bien el fenómeno humano de la comunicación es tan antiguo como el hombre, ha cobrado actualmente un enorme interés por la expansión tecnológica de los Medios de Comunicación Social.

Aún en el caso de que todavía no hubiera las condiciones para una teoría sistemática y coherente sobre la teología de la comunicación, la Iglesia no puede eludir una reflexión y una mirada profunda sobre los fenómenos comunicacionales, ya que tanto su ser como su quehacer están inscritos en tales procesos.

Desde la recomendación hecha en la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín (M 17), para elaborar una Teología de la Comunicación se han sumado numerosos esfuerzos de agentes pastorales y expertos en comunicación, así como aportes de las Conferencias Episcopales y de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla, cuyas reflexiones han sido en gran parte vertidas en el documento “Hacia una Teología de la Comunicación en América Latina” (DECOS - CELAM, julio 1983).

Obviamente, esto no invalida el esfuerzo que las comunidades eclesiales deben seguir haciendo para iluminar las situaciones concretas en las que se desenvuelven y para responder a los requerimientos de la evangelización en el mundo cambiante de las comunicaciones.

Estos elementos de reflexión tienen en cuenta los anteriores aportes, especialmente Magisterio Eclesial, y buscan estimular ulterior reflexión que alimente una pastoral comunicacional dinámica y eficaz.

La Iglesia Latinoamericana, como Jesucristo, vuelve su mirada hacia la realidad del continente para reconocer y dignificar aquellos rostros ciegos y mudos que la habitan, para devolver la vista a los que no ven o no se les permite ver, suscitar la palabra de los que no tienen voz o son silenciados y, en fin, para establecer un diálogo que lleve a la comunión de los hermanos entre sí y con el Padre.

La siguiente pauta para la reflexión envuelve una cuádruple mirada. Una primera, hacia el hombre latinoamericano envuelto entre luces y sombras de comunicación e incomunicación, destinatario de la Evangelización. Una segunda, hacia Jesucristo, Imagen de Dios, quien con su vida, palabras y obras, viene a anunciar la Buena Nueva de la Liberación y a restablecer el plan de Dios, que es de comunicación y comunión (DP 211). Una tercera, hacia la Iglesia, sacramento de comunión y sujeto de evangelización, que prolonga a través de los tiempos la misión de Cristo para la plena realización de todo el hombre y de todos los hombres (DP 1303-1304). Por fin, la última mirada se dirige hacia algunas proyecciones prácticas de la comunicación cristiana.

1.3 De la reflexión a la acción

El objetivo de toda reflexión a la luz de la fe no es solamente comprender el sentido y la dinámica de la acción cristiana sino también transformar el mundo según el plan de Dios. La verdad sobre la comunicación, inspirada por la revelación sobre el hombre, Jesucristo y la Iglesia, debe verificarse y hacerse creíble al mundo en nuestra práctica cristiana, porque el “verdadero testimonio de los cristianos es la manifestación de las obras que Dios realiza en los hombres” (DP 970). En este sentido, como bien nos recuerda Puebla, “el testimonio es el elemento primero de la evangelización y condición esencial en vista a la eficacia real” (DP 971).

Estas reflexiones han de tener en cuenta, por tanto, que el proceso auténtico de evangelización implica además la comunicación formal a través de símbolos expresamente creados -lenguajes y contenidos que expresan e interpretan la Buena Nueva-, la comunicación amorosa en toda la vida, a través de gestos y acciones que hacen verdadera la comunicación y testimonian la comunión con el Padre y los hermanos.

La congruencia y coherencia entre el ser y el quehacer del Pueblo de Dios será la señal inequívoca de su autenticidad evangelizadora particularmente en el mundo latinoamericano donde entran en competencia tan diversas ideologías y visiones seudoreligiosas.

La comunión que ha de construirse entre los hombres por la comunicación abarca el ser, desde la raíces de su amor, y ha de manifestarse en todas las expresiones de la vida, aun en su dimensión económica, social y política (DP 215). Pues “La Evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre” (EN 29).

La pretensión de la Iglesia de ser “experta en humanidad” le exige realizar en su interior la verdadera comunicación, con el objeto de que el mundo conozca y comparta el misterio de comunión cristiana de los hermanos entre sí y de éstos con el Padre.

La Iglesia, a su vez, en diálogo con el mundo, reconoce los esfuerzos de los hombres de buena voluntad que trabajan por humanizar la comunicación en todas sus dimensiones, ya que otras formas de comunión, aunque no constituyan el destino último del hombre, son animadas por la gracia, su primacía (DP 218).

La Iglesia convoca a los hombres de buena voluntad, y particularmente a sus miembros, a la tarea de la evangelización, ya que unos y otros son animados por el Espíritu que quiere liberar a toda la creación (1Cor. 15,28).

Y esta liberación integral para todo el hombre y para toda la sociedad humana ha de ser manifestada y comenzada ya ahora en la tierra, aunque sólo más allá de los límites de la vida presente puede alcanzar su cumplimiento (Sínodo, 1974, n. 12,AAS).

Por todo ello la quinta parte propone algunos ejercicios de carácter más práctico, orientados no tanto al aprendizaje de conceptos sino a la verificación de la comunicación en nuestra vida.

2. Cristo, imagen de la nueva humanidad

El plan de Dios sobre el hombre y la nueva humanidad se nos ha hecho accesible en la persona y en la vida de Jesús. En Jesús, defensor de la causa del hombre y de la vida humana, como causa de Dios, se nos hace patentes el sentido de nuestra existencia y el destino de la humanidad, llamada a la comunicación de los hombres entre sí y con el Padre.

El diálogo, iniciado por la condescendencia de Dios y entablado a lo largo de la historia de la salvación, especialmente con el Pueblo escogido (DV 2), culmina, como dice el Vaticano II, cuando “El envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbra a todo hombre, para que habitara entre los hombres y les contara la intimidad de Dios” (Jn 1,1-18).

Y en Jesús, “Imagen de Dios invisible” (Col. 1,15) se nos revela la intimidad de Dios, que es Amor (1Jn 4,8), es decir, donación de sí mismo a otro y, por lo tanto, comunicación. Por El conocemos que la nueva humanidad, rescatada a imagen y semejanza de Dios, está destinada a la comunicación y a la comunión (HTC 76).

2.1 Pedagogía de la Encarnación

La Encarnación de Jesús, por la que Dios se vuelve el “Dios con nosotros” (Is. 714), marca el momento cumbre de la comunicación entre Dios y el hombre. El camino de la Encarnación señala el proceso a través del cual Dios ha comenzado a hacer “pasar” su comunicación por el mundo y la historia, en la materia sensible y en la carne humana.

En Jesús nos encontramos con un Dios cercano e identificado con el hombre, que busca la comunicación y la comunión total, en prolongación del proceso comunicativo de la Familia Trinitaria (Jn. 1,14). Por El, que es la Palabra increada, se nos revela la “Verdad” del Padre (Jn. 14,6), que nos invita gratuitamente a la filiación.

Su Espíritu de Amor nos impulsa incesantemente a volver al Padre, venciendo la muerte y derribando el pecado, que incomunica a los hombres con Dios y entre sí (Rom. 8,15; Gal. 4,6).

Dicho proceso quedará terminado cuando todos aquellos a quienes el Padre comunicó la existencia por su Palabra, eligiéndolos “para ser sus hijos” (Ef. 1,5), hayan vuelto hacia El por su Palabra hecha carne, y en el Espíritu de Amor que aquella comunica. Entonces la comunicación de Dios con lo creado estará completa: se habrá convertido en comunión plena. Y en comunión encarnada, porque “Dios será todo en todos” (Cor. 15,28).

Puebla, aludiendo a esta actitud divina frente al hombre, nos la define como una pedagogía de la Encarnación (DP 272). Es decir, un camino o método mediante el cual Dios va conduciendo al hombre progresivamente hacia formas cada vez más sorprendentes de comunicación y comunión, a partir de la actitud vital de ponerse en lugar del otro. En sentido analógico podemos decir que Jesucristo es la empatía de Dios con el hombre y del hombre con Dios.

Jesucristo asume plenamente la dinámica de la creación, cumpliendo el mandato de “dominar la tierra” (Gen. 1,28), al consagrar las formas de prolongar la natural capacidad comunicativa de su cuerpo (HTC 102). Asimismo utiliza la mediación de signos e instrumentos, asumiendo ambas realidades visibles y corporales que aluden a los dos aspectos esenciales de la comunicación humana: a su dimensión cognoscitiva y a su finalidad unitiva.

En cuanto al término y fin de toda comunicación humana en la comunión, todo proceso permanecerá incompleto mientras se reduzca a la mera información o transmisión: su destino es llegar, a través de ésta, a obrar eficazmente la plena unión en el amor. Todo medio sensible, por su carácter de signo e instrumento para la unión, tiene una cierta potencia “sacramental”, es decir, capacidad para significar y realizar la unión.

Pero es en Jesucristo donde se expresa de modo pleno y privilegiado esta sacramentalidad. El concilio Vaticano II aplica el término “Sacramento” a quien le compete por antonomasia: a Jesucristo, Palabra e

Imagen, es decir, signo eficaz, carne visible portadora de Salvación (LG 1) De esta forma la Encarnación nos revela la verdad del hombre a partir del Dios humanado, que es Amor, es decir, comunicación y comunión de personas, y a la vez Sacramento, medio que conduce a los hombres a la comunión con Dios y entre sí (HTC 106).

Los seguidores de Jesús descubrimos en su mensaje -manifestado en gestos y palabras- y en su praxis -expresada en su acción y pasión- la auténtica imagen de la nueva humanidad, animada por el mismo Espíritu (Rom. 8,29).

Recurrimos a Jesús, no para imitar literalmente a Jesús, sino para responder, como Jesús, a las nuevas situaciones a partir de su Espíritu. Siguiendo a Jesús, inspirándonos en su comunión con el Padre y solidarizándonos con los hermanos más humildes (Mt. 25, 40), compartimos la historia de Dios que en Jesús se vuelve hacia la humanidad, convirtiendo su historia en la historia nuestra.

2.2 El anuncio y la denuncia de Jesús

El anuncio de Jesús, su Buena Noticia o Evangelio, se refiere al acontecimiento de que “ha llegado el Reino de los cielos” (Mt. 4,17). Proclamar el Reino para Jesús significa anunciar el Reino de Amor del Padre, y, al mismo tiempo, manifestarle al hombre su propio misterio y vocación.

Dicha vocación a participar en la comunión, que funda el ser social del hombre, debe ser vivida fundamentalmente en tres planos: como vocación a ser hijo de Dios, hermano de los hombres y señor de la creación. (DP 240-242; 322-329).

Estos tres planos inseparables y jerarquizados entre sí corresponden a las tres grandes dimensiones en que se despliegan la existencia y cultura humanas (DP 322; 286).

Su vocación a ser hijo de Dios en Cristo (Ef. 1,5) es la última y radical dimensión, que constituye el núcleo más profundo del anuncio evangélico. Esta dimensión religiosa y trascendental del hombre funda la inviolable y sagrada dignidad del hombre, pisoteado a menudo en nuestro continente o desvirtuado por el espejismo de la ciencia y/o humanismo ateos. Es, por lo mismo, lo principal que todo cristiano como evangelizador debe anunciar (HTC 113).

La vocación filial es también fundamento y raíz de la vocación a ser hermano y señor. “El hombre moderno no ha logrado construir una fraternidad universal sobre la tierra, porque busca una fraternidad sin centro ni origen común. Ha olvidado que la única forma de ser hermanos es reconocer la procedencia de un mismo Padre” (DP 241). Sólo quien enfrenta la historia según el anuncio y la praxis filial de Jesús como “ser para los demás”, es capaz de convertirse también en señor de ella y de construir un mundo de comunión fraternal (DP 197). El crecimiento de esta fraternidad, inaugurada en Cristo (Rom. 5,15; Ef. 1,9-10), es germen de una auténtica “civilización del amor”, que ha de manifestarse en toda la vida, aun en su dimensión económica, social y política (DP 215), y particularmente en referencia a todos los que sufren. Si todos los hombres están en cierto modo unidos a Cristo, El está especialmente identificado con los pobres y los humildes (Mt. 25, 31-46).

Asimismo, en la adopción como hijos de Dios y hermanos de Cristo somos llamados a participar del señorío del mismo Hijo de Dios, a quien le fue concedido todo lo creado, por haber colaborado fielmente con el Padre en la obra que Este le había encomendado (Ap. 5,6-10).

Por esta llamada a la cooperación con Dios en la creación y en la historia tenemos todos derecho a participar en la aventura divina. Esta participación requiere de la capacidad libre “para disponer de nosotros mismos a fin de ir construyendo una comunión, ya que la construcción de la comunión se funda en el acceso voluntario y consciente a un proyecto común, en el que cada miembro aporta libremente sus capacidades” (DP 321-324).

Tal vocación a participar en el quehacer histórico común según el plan de Dios, no se cumple tan sólo a través del diálogo interpersonal e intimista, sino también a través de las relaciones del trabajo solidario y de la cooperación social de todos los hombres. Dicha participación en el quehacer de Dios

es el fundamento del derecho y del deber de participar -como hermano- en el quehacer social de todos los hombres (incluyendo, según el caso, sus etapas de información, decisión y realización): pues es Dios quien ha llamado a todos sus hijos a ser “agentes cooperadores en la realización de su designio en el mundo” (DP 563).

Y si El no excluye a ninguno, tampoco tenemos derecho nosotros a marginar a nadie. La participación resulta así un camino de comunión y, por lo mismo, una formación de comunicación: de esa comunicación de vida y de amor que se realiza mediante las obras. De aquí se sigue, lo que es muy importante para cualquier labor comunicadora, que una forma de comunicación es más plena mientras se haga de modo más participativo, mientras más invite a una colaboración activa y proclame la participación como un valor constitutivo de la vocación del hombre. Participar es comunicarse, y comunicarse es participar (HTC 118).

Ahora bien, el anuncio de este Reino de Verdad, de Justicia, de Amor y de Paz va unido en Jesús a la denuncia del pecado y de cuanto entorpece las condiciones de libertad, comunicación y participación necesarios para la comunión.

El pecado se opone al Reino, porque erige ídolos en lugar del verdadero Dios de Amor: su propio yo, las riquezas, el poder o el placer absolutizados, a los que trata también de someter y esclavizar a sus hermanos (DP 185-186; 328; 491).

En cuanto ruptura de la comunión, todo pecado destruye también la comunicación y participación, ya que es, por esencia, traición, negación del diálogo, soledad encerrada en sí mismo y marginación (HTC 119).

Precisamente Jesús que es signo auténtico, es a la vez un signo de contradicción contra el pecado que niega la verdad y la vida. El Verbo de Dios se opone a todas las perversiones de la comunicación y a cuanto impide a la comunicación permanecer en la Verdad (1Jn. 2,21-26).

Jesús desenmascara con sus palabras y hechos los mecanismos que sojuzgan la Verdad al imperio de la codicia del dinero (Jn 12,3-6), al dominio del poder abusivo (Jn 7,47-53) y rechazan abiertamente el Reinado de Dios, aun a costa de matar a la Verdad personificada (Jn 19,12-15).

La culminación de la incomunicación es la violencia asesina. Quien no ama, lleva un germen homicida dentro de sí (1Jn 3,15). No basta con ignorar y marginar al otro; se busca primero amordazarlo o destruirle la conciencia, para que no vea ni proclame la verdad que molesta y acusa (Jn 7,13; 12,42), y en una escalada de amedrentamiento, tortura, de muerte a los testigos, y termina conduciendo al Calvario al Testigo de la Verdad y al Autor de la Vida (Jn 8, 37-40) (HTC 121-122).

La perversión de la comunicación es capaz también de producir un remedo pecaminoso de comunión: la unión de las fuerzas del mal, que forman sólidas y disciplinadas organizaciones al servicio del enriquecimiento ilícito, del crimen o de la opresión política (Rom 1,18; Jn 7,32; 18,12).

De esta forma, si bien el pecado es una acción personal del hombre, deja también su huella destructora en las obras y estructuras producidas por éste (DP 281). Tal efecto objetivado del pecado, que presiona hacia nuevos pecados, es lo que Medellín llamó analógicamente, “pecado institucional o de las estructuras” (M 2,16). Puebla amplía dicho concepto cuando dice que los valores como los desvalores (o pecados) de una cultura se expresan en “las costumbres, la lengua, las instituciones, y estructuras de convivencia social” (DP 387). En esta misma perspectiva los medios de comunicación social, como intermediarios de la sociedad, reflejan también en sus mensajes y estructuras las “huellas destructoras”.

La Buena Nueva de Jesucristo contradice esa dinámica del pecado y nos anuncia que, a pesar de todos nuestros pecados, Dios permanece fiel a su designio inicial con respecto al hombre, y que ahora irrumpe en nuestra historia: para liberarnos del pecado y de todas las servidumbres que éste ha generado, para restablecer su comunión con nosotros (HTC 124-125).

2.3 La eficacia de Cristo Liberador

Cristo Evangelizador es nuestro Liberador, porque realiza la reconciliación anunciada y restablece la comunicación y comunión entre su Padre y los hombres (DP 188).

En Jesús se nos manifiesta, así, que el Reino anunciado ya está presente. El mismo es el signo eficaz de una nueva presencia de Dios que nos libera de todo lo que impide la comunicación y comunión de los hombres con Dios y entre sí: el pecado con todas sus manifestaciones y consecuencias.

Con su poder, Jesús perdona eficazmente los pecados y a través de sus acciones portentosas hace ver a los ciegos, oír a los sordos, hablar a los mudos. A los aislados y marginados de la sociedad por las enfermedades y la estigmatización social los reincorpora a la vida del pueblo. Asimismo, sacia el hambre y la sed y muestra que es posible compartir fraternalmente los bienes y la alegría de la tierra (Jn 2, 1-12). También participa en las fiestas de su comunidad y pueblo, celebrando la fe en la bondad del mundo, la alegría de la boda, el júbilo popular de la Pascua, y el contacto gozoso entre los hombres.

Al terminar su vida mortal, Jesús nos muestra que la fuerza del amor tampoco se detiene ante la muerte, a la que transforma en el supremo testimonio de su amor al Padre y a los hombres (Jn 15, 13). La Eucaristía compendia ese gesto de su entrega por la salvación del mundo, al ofrecer su cuerpo y sangre en comunión, que anticipa la unión definitiva en el cielo. Y ese don apunta a la comunicación más profunda cuando nos entrega su propio Espíritu de Amor (Jn 19, 30; Hch 2,4).

Esta postrera imagen de Jesús en su gesto final es el símbolo de la perfecta comunicación: de un diálogo donde lo que se entrega es la vida y el Espíritu, dando todo lo que había en el propio corazón (Mt 16,5; Jn 6,63).

Además es la prueba de la posibilidad de invertir las consecuencias del pecado en signos eficaces de liberación para el amor y la comunión. Es la forma más radical y eficaz en que Dios ha vencido el mal a través de Jesucristo, transformándolo en fuente de bien (DM 6).

Por fin, la Resurrección de Jesús es el signo mediante el cual Dios ratifica todo lo obrado por El y la eficacia reconciliadora de su muerte. Jesús, resucitado, constituido en Señor de la Historia y Primogénito de la Nueva Humanidad, se convierte en fuente universal del Espíritu, que impulsa a todos los hombres, hechos hijos de Dios, a un dominio cada día más perfecto del mundo, a una comunión de hermanos cada vez más lograda, y a la plenitud de comunión y participación que constituyen la misma vida de Dios (DP 197). Esta dinámica liberadora de Jesucristo en la historia nos descubre la dirección a la que apunta su Espíritu: la participación de todos los hombres para alcanzar la comunión.

Dios llama a cada hombre, como hijo suyo y hermano de Jesús, a ser “agente activo”, “cooperador” y “protagonista” (DP 213, 293), para forjar la historia en Alianza, como Pueblo y multitud de hermanos (Rom 8,29). Ninguno tiene, por tanto, derecho a excluir a otro de esta obra que Dios quiere que sea común tanto en el quehacer social como eclesial (DP 276).

Así los caminos de la participación, que apunta hacia la comunión, aparecen como criterio para valorar el grado de apertura liberadora que ofrezca un sistema social o una cultura, incluida la ideología. Y este mismo criterio que Puebla utiliza para juzgar la realidad social y eclesial, sirve también para juzgar los Medios de Comunicación Social: según la participación y unidad que produzcan (HTC 213-214).

2.4 Cristo, el perfecto Comunicador y Preceptor

Jesucristo constituye, en su vida humana, además del signo auténtico, el modelo coherente del perfecto comunicador por sus palabras y actuaciones (DP 11).

Veamos algunos rasgos más resaltantes, que pueden inspirar las tendencias del comportamiento de sus seguidores:

En primer lugar, Jesús manifiesta la importancia de las actitudes vitales profundas para propiciar la comunicación. Se sitúa en medio de su pueblo y de su historia, se adapta a su cultura y lenguajes, en una palabra se encarna con una cercanía vital. Su lenguaje es directo y situado. Parte del lenguaje de la vida cotidiana, sin rebuscadas abstracciones teóricas, y estimula la reflexión en base a situaciones concretas o parábolas que cristalizan la experiencia común (Lc 15,32; 15,7; Mt 13,44). Pero, aunque inserto en una cultura, interpela a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1,9). En efecto, a pesar de su cercanía a Israel, trasciende los condicionamientos particulares de su cultura y, hablándole a su propio pueblo, habla también a todos los pueblos de todos los tiempos. El es capaz de unir al carácter de interpelación personal la apelación a la conciencia de todos y cada uno de los hombres (Jn. 2, 25; 3,1). Porque El conoce lo que hay en el interior de cada hombre, y así su palabra viva resuena más allá del espacio y del tiempo.

En segundo lugar, y no obstante el universalismo de su mensaje, Jesús nos recuerda que toda comunicación, en la medida que apunta a la comunión, debe tener siempre como destinatarios preferenciales, a los marginados. A través de su amor preferencial, no exclusivo, por los pobres, nos muestra la perspectiva desde la que hay que comprender y realizar la salvación de todos los hombres (Lc. 4,18; Mt. 5,3; 12,48; 13,55). Decodificando su mensaje en la evangelización de los pequeños y los pobres, resplandece con nitidez la clave más profunda de su Evangelio: la misericordia absolutamente gratuita del Padre, que, buscando sólo darse se dirige con preferencia a los que menos tienen, a los más pequeños y vacíos (DP 1142).

En tercer lugar, al relacionarse y tratar con las personas adopta actitudes respetuosas y suscitadoras de libertad. Cada persona que entra en su contacto se siente dignificada e invitada a crecer hacia una liberación total: personal, social, escatológica (Mt. 9,9; Lc. 6, 15; Jn. 7,37; 8, 15; Lc. 19,1).

Jesús no trata de inculcar, imponiendo creencias, sino más bien busca desideologizar para promover la plena libertad de los hijos de Dios. Así desideologiza la religión de su pueblo, purificándola de todo elemento opresor y esclavizante, introducido por las elaboraciones teológicas de rabinos y fariseos; también la libera del formalismo ritual y externo, suscitando el dinamismo de la conciencia para ampliar los horizontes de amor y libertad (Mt. 5,21; 23,4; Mc. 2,27; 7,15; Lc. 14,1; Jn. 8,5).

Este sentido crítico le lleva a salvaguardar a las personas sobre las cosas, desvelando los mecanismos de poder, ideológicos, políticos o religiosos, con que se busca instrumentalizar a los hombres y mantener subyugada la conciencia del pueblo (Mt. 22,21; 20,25; 21, 31; Mc. 10,31; Lc. 13,23). A veces su crítica se manifiesta con dureza y aun violencia, cuando percibe la violación de la dignidad humana (Jn. 2, 13; Mt. 23, 13; Jn. 2, 17).

Habitualmente adopta una actitud dialógica y estimula la comunicación interpersonal: milagro de Caná (Jn. 2, 1), las conversiones de Nicodemo (Jn. 3,1) y la Samaritana (Jn. 4,1), la curación del paralítico en la piscina (Jn. 5, 1), la curación del ciego de nacimiento (Jn. 9,2).

De esta forma Jesús transforma a los receptores pasivos, acostumbrados a repetir respuestas mecánicas, en perceptores libres, críticos, creadores y, por lo tanto, auténticamente comunicadores.

En cuarto lugar, Jesús es un modelo de audacia y valentía personal en la proclamación de su mensaje, independientemente de la actitud que tiene frente a sus interlocutores, su fuerza proviene de su íntima confianza filial en el Padre, que nunca le deja solo (Jn. 8, 29).

Por la fuerza de su amor al Padre no transa o se acomoda a lo existente, ni se deja frenar por ningún temor, aunque sepa que lo quieren matar (Jn. 7,14 - 25; 18, 19 - 21). No teme actuar a la luz pública (Jn. 11,6 - 10); expulsa a los mercaderes del templo (Jn. 2,13-22), se sitúa más allá de la violencia de este mundo (Jn. 18,36), y, ante la muerte, conserva la libertad de quien se sabe Señor de la vida (Hch. 3,15).

En quinto lugar, Jesús sabe seleccionar y utilizar los medios y modos de comunicación más adecuados para cada circunstancia. Por eso lo vemos expresándose a través de aquellas formas de comunicación naturales al hombre: palabras, gestos y actos del hombre. Recurre también al uso de las Escrituras

Sagradas (Lc. 4, 16), complementa la expresividad personal de su cuerpo mediante el uso simbólico de cosas naturales (Jn. 9,6; Mt. 26,26; Mc. 14,22; Lc. 24,30). Sabe intimar en la comunicación interpersonal (Jn. 3, 1), hablar a un grupo, predicar en la Sinagoga (Mt. 12,9; 13,54; Lc. 13, 10; Jn. 18,20) y dirigirse a las muchedumbres abiertas (Mc. 6,20; Lc.7, 1; 19,48; 20,45).

En sexto lugar, Jesús realiza de modo pleno la meta de toda comunicación, que es conducir a la comunión. No comunica sólo ideas o sentimientos, sino que, a través de sus palabras, se entrega El mismo como Palabra viva. Su comunicación es "espíritu y vida" (Jn. 6, 63) y se expresa plenamente en la Eucaristía y en el don del Espíritu (Jn. 14,26).

Por fin, como perfecto comunicador Jesús es también un modelo de perceptor ante los mensajes de su Padre y nos revela la praxis que nos permitirá hacer de nuestra vida un continuo diálogo de alianza filial con El (DP 276-279). Y esta misma actitud de escucha es la que se manifiesta en la acogida y diálogo de todo tipo de personas necesitadas de liberación. Acepta preguntas sinceras (Jn. 3, 1) y aun capciosas (Lc. 10,29); sabe responder con el silencio (Lc. 23,9); atiende a grandes (Lc. 7,11; Jn. 3,1) y pequeños (Lc. 16; 18, 15-18 ss).

En María, su Madre, la "perfecta discípula" (DP 296) se nos ofrece también un modelo preclaro de apertura a la Palabra del Padre. En la Anunciación está a la escucha y sólo tras un discernimiento da su aceptación (Lc. 1, 27ss), medita los acontecimientos en su corazón (Lc. 2, 51). Como colaboradora de Jesús, María encarna de forma preciosa la apertura propia de los pobres ante el Dios que se les comunica y los salva (Lc. 1,46-55) (HTC 218).

No obstante su divina maestría y los muchos signos, su mensaje topó también con el fracaso, debido a la incredulidad del pueblo y de sus parientes, las autoridades políticas y religiosas, y la incompreensión de sus propios discípulos (DP 192).

Tal choque condujo dramáticamente a su muerte. Bajo este aspecto, el camino de Jesús también es paradigmático para todo evangelizador: la comunicación del Evangelio estará siempre sellada por el Misterio Pascual, Muerte y Resurrección, que necesariamente deberán vivir aquellos que los anuncian. Pero no terminará en la muerte, que ya Jesús venció en la Resurrección (HTC 154).

Desde la Resurrección de Jesús, el desarrollo de la comunidad y la renovación del mundo, de acuerdo con la praxis del Reino de Dios, son los encargos que sus seguidores asumen como misión para continuarlos y llevarlos a lo largo de la historia.

3. La Iglesia, signo de la comunión universal

El seguimiento de Jesús y la construcción del Reino de Dios sólo podemos realizarlo en términos de comunidad cristiana, es decir, de Iglesia que sigue la causa de Jesús. Fundada por Cristo, la Iglesia constituye su extensión misteriosa (Heb. 10,5), porque "prolonga en la tierra, fiel a la ley de la encarnación visible, la presencia y la acción evangelizadora de Cristo" (DP 224).

Conforme al mandato que El mismo le dio (Mt. 28,18-20), después de la Ascensión, ella es su nuevo órgano de presencia y comunicación visible. Unida a El, la Iglesia es "sacramento", esto es signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, que ella debe impulsar hasta la comunión universal en Cristo (LG 1). La Iglesia latinoamericana anuncia así lo que ha visto y oído y da testimonio de la Vida manifestada en Jesús para que todos estemos en comunión y el gozo sea completo (I Jn. 1-4). Y, como Jesús, que se expresó no solo en palabras sino también en un rostro, gestos y hechos humanos, que se pueden ver, contemplar y tocar, su anuncio debe saber realzar todos los aspectos (HTC 179).

3.1 Iglesia, comunicación y comunión

Tal misión la cumple la Iglesia evangelizando, es decir, comunicando a los hombres todo lo que ella ha recibido de Cristo. Esa es su propia forma de servir al mundo (DP 270-271). Pero la misión evangelizadora de la Iglesia no sería auténtica y congruente si su mensaje no fuera avalado por la revelación de la experiencia y práctica de la misma Iglesia, aun en su condición peregrinante, pues, aunque en esta vida no se alcance la comunión plena, la Iglesia está llamada a expresar perceptiblemente a través de su mensaje y vida, como Jesús, momentos de una salvación definitiva.

De esta forma la Iglesia se constituye en "sacramento", es decir, en signo eficaz de salvación, en cuanto su manifestación visible es expresión de una vida que realiza, aún imperfectamente, la liberación y la reconciliación para que participemos de la comunión con Dios y seamos en El un solo Pueblo.

El día de Pentecostés el Espíritu Santo la hizo partícipe de este misterio (1 Cor. 3, 10-17; 2 Cor. 6,6 ss; Ef. 2,20 ss; 1 Pe 2, 5). El testimonio de comunión vivida de los primeros cristianos constituyó la prueba más evidente y palpable de que el Dios-Amor estaba con ellos (Hch. 4, 41-42; 5,32-35). Pues en ella todo se compartía y ponía en común. Así, a través de esta imagen, la Iglesia daba respaldo de autenticidad y fuerza atractiva a la Palabra de comunión que ella misma proclamaba. Palabra que a su vez se comunicaba, y se sigue comunicando, para crear nuevas comunidades y extender así a otros su misma vida de comunión filial y fraterna; y para ayudar a los hombres, mediante la gracia de Cristo, a superar sus divisiones e ir ahondando en la calidad de su propia comunicación humana, de modo que, más allá de las simples relaciones utilitarias o informativas, ella les vaya conduciendo progresivamente hacia una verdadera comunión en el amor capaz de volverse "completa" (LG 1) mediante la fe en Jesucristo (HTC 157). La vida entera de la Iglesia no constituye, por lo tanto, sino un gran y global proceso de comunicación: "Voz", "Imagen", "Signo e instrumento" de comunión.

Para que seamos servidores de una comunión universal de la fe y la caridad, se requiere una condición fundamental: el permanente esfuerzo por una vida de santidad (1 Pe. 1,16; LG 39-42) (DP 250-253), es decir, de total apertura al Dios-Comunión.

La fecundidad de su misión comunicadora no se juega en primer lugar al nivel de habilidades técnicas o de medios humanos, sino en el de su santidad. Pues en la misma medida en que el pecado contamine a la comunidad eclesial, se opacará la transparencia del signo que la Iglesia debe ser y se debilitará su eficacia como instrumento de comunicación y comunión.

En una palabra, nuestro destino y reto como Pueblo de Dios en América Latina es ser sacramento de salvación universal, y nuestra tarea, estar al servicio de la comunión de los hombres entre sí y con Dios.

3.2 La Iglesia Evangelizadora y Liberadora

El anuncio y la denuncia por la construcción del Reino de Dios son las vertientes de la evangelización que Jesús le encomendó. Como continuadora de la misión profética de Jesús, la Iglesia proclama su Evangelio anunciando y denunciando. Su anuncio no consiste tan sólo en repetir las palabras de Jesús, sino en saber discernir también los caminos y las "semillas" de comunión que el Señor está ofreciendo en cada momento a los hombres, a través de las diversas situaciones históricas que viven (cfr. DP 267).

Del mismo modo su denuncia debe referirse a la presencia del pecado en la vida concreta de las personas y de los pueblos: para señalar lo que está siendo factor de ruptura con el Padre y con los hermanos (ibid.), y para llamar a la conversión, exigiendo renunciar a la mentira, al egoísmo y la injusticia. Esto supone que ella asuma las situaciones conflictivas del medio social y cultural en que vive, con la misma decisión, audacia y valentía que dio testimonio Jesús. El discernimiento de situaciones que esta labor profética implica debe hacerlo la Iglesia a la luz, de la oración, del Evangelio y también de la Enseñanza social de la Iglesia (cfr. DP. 470-479).

En su acción evangelizadora de anuncio y denuncia la Iglesia cuenta con un medio privilegiado del que Dios se sirve para su comunicación con nosotros y que, verdaderamente, es un todo semejante a nuestros medios humanos: aquel libro o colección de libros que llamamos la Biblia. Esa "verdad profunda" y salvadora que la Biblia comunica, y que da sentido a la historia humana, es una "Verdad" (Jn. 14, 6) viva: Jesucristo, con la "insondable riqueza" (Ef. 3,8) de su persona, de toda su vida, palabras y hechos, que asume la experiencia de su pueblo y la trasciende. Esta palabra de Dios no se ha fosilizado, sino que continúa viva y operante, pues la tradición apostólica que la Biblia contiene sigue "creciendo" en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo, y va transmitiéndose de una generación a otra en una forma eminentemente dinámica y vital por la creatividad renovadora del mismo Espíritu (DV 8 ss).

Es cierto que la comunicación de Dios nos llega a través de las palabras, afirmaciones y verdades humanas, pero sólo se identifica con la persona de Jesús. Por lo mismo, el anuncio evangelizador no debe concentrarse en la repetición de fórmulas y en la precisión de verdades teóricas, sino en conducir al contacto vivo y personal con Aquél que es la Palabra, la Verdad y la Comunicación sustancial de Dios.

Este proceso de encarnación del Evangelio en las nuevas culturas y su potenciación a través de los nuevos medios de expresión, son dos de los grandes retos de la Iglesia en América Latina (DP 201, 398), aun sabiendo que la Palabra personalísima de Dios trasciende siempre los límites de las realidades y los medios humanos en que se encarna. (TC 184).

Como Cristo, también la Iglesia está llamada a ser un signo eficaz, que realice una nueva presencia de Dios que nos libera de todo lo que impide la comunicación y comunión de los hombres con Dios y entre sí.

De este modo, al igual que Jesús, la Iglesia está llamada a pasar por la historia obrando prodigios de comunicación liberadora: abriendo los ojos, los oídos y la boca de los hombres. Para que descubran la nueva luz de amor que resplandece en Cristo y su Evangelio, y que ella, reflejándola en su propio rostro, debe hacer brillar como "luz de los pueblos" (LG 1).

Para que escuchen la palabra de perdón que el Padre les dirige, y su llamado a reconciliarse con El y los hermanos. Y para que olvidando el lenguaje de Babel y aprendiendo el de Pentecostés, sean capaces de entablar con El y con los hombres un verdadero diálogo de amor.

Todo esto supone también que ella les enseñe a multiplicar el pan de la tierra, no ya para acapararlo entre unos pocos, sino para compartirlo entre todos, conjuntamente con el vino de la Alegría: de la misma manera en que ella lo hace con el Pan y el Vino de Cristo.

Asimismo, la Iglesia debe luchar sin cesar contra la lepra de la miseria y de la injusticia, que margina a tantos de la participación social, haciéndoles difícil creer que la vida aquí en la tierra pueda ser camino y preparación para el banquete y la fiesta de comunión que el Padre nos prepara en su Reino (HTC 158).

Portadora, pues, de un mensaje de liberación integral (DP 480-490), ella debe proceder en su actuación pastoral buscando el tipo de eficacia propio de Jesús con una actitud de sagrado respeto ante la libertad del hombre y con una revisión permanente de todo lo que pudiera haber de presiones indebidas, de ideologización y manipulación, en su lenguaje, posturas u organización pastoral.

En el plano social, debe saber identificarse siempre con la causa de la dignidad y los derechos del hombre: confirmando con hechos la Palabra que predica.

En América Latina cada comunidad eclesial debería encarnar un modelo concreto de la forma de responder, desde el Evangelio, a los grandes desafíos que hoy enfrenta el Evangelio. Para ello, debería esforzarse por constituir para el continente un ejemplo de modo de convivencia donde logre aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el Espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y, sobre todo, donde

inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de liberación o comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse, y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre (DP 273) (TC 165).

3.3 La Iglesia según el modelo de Cristo Comunicador

En el cumplimiento de su misión comunicadora de la Buena Nueva, la Iglesia debe inspirarse en el modelo de su Señor, ya que El es la imagen de la nueva humanidad y el paradigma del evangelizador. Veamos a continuación aquellos rasgos, expuestos al presentar a Cristo Comunicador y Perceptor perfecto, que pueden inspirar la acción y conducta de la Iglesia. En primer lugar al igual que Jesús, la Iglesia debe adoptar una actitud de cercanía a los hombres y a los pueblos. Para evangelizarlos "desde dentro" (CP 11) la fe debe encarnarse en cada cultura, asumiendo sus valores peculiares y enriqueciendo sus propias riquezas (cfr. DP 400-407). Tal encarnación ha llegado a ser real cuando un pueblo ha sido capacitado para expresar su fe en los diversos lenguajes, verbales y no verbales, de su cultura original. De otro modo, mientras la fe no haya penetrado "hasta sus mismas raíces la cultura y las culturas del hombre" (EN 20), la evangelización será meramente "decorativa", como un barniz superficial (ibid), y se verificará lo que aquella importante máxima nos recuerda: "Lo que no es asumido no es redimido" (San Ireneo; cfr. DP 400, 469).

Puebla ha significado un gran paso adelante en la marcha de la Iglesia por mirar con mayor empatía y cariño la cultura, la historia, las costumbres y el lenguaje de nuestros pueblos, especialmente los que expresan la búsqueda religiosa de los más pobres y sencillos (DP 444-469).

También, siguiendo a Jesús en el desempeño de su tarea evangelizadora, La Iglesia asume su voluntad de universalismo y trata de dirigirse a todos sin excepción, trascendiendo las diferencias entre grupos, razas y pueblos. Esta voluntad salvífica se expresa en su decisión de ser ella misma un Pueblo grande y universal que penetra los demás pueblos para ayudarlas a hermanarse y crecer hacia una gran comunión (DP 426-427).

Ello supone un diálogo real con las multitudes, que supere las barreras de un elitismo estrecho e intimista y se traduzca en una seria evangelización de la religiosidad popular (d. DP 444-469). Una dimensión importante de este universalismo es también el diálogo ecuménico (DP 1096-1127), y el discernimiento de la no creencia, ya que "no raras veces los no creyentes se distinguen por el ejercicio de valores humanos que está en la línea del Evangelio" (DPI 113).

Pero a la vez la Iglesia debe conceder especial atención a aquellos centros de comunión donde el diálogo evangelizador puede ser más personalizado y profundo, como las familias y las Comunidades Eclesiales de Base, de modo que estos núcleos más comprometidos se entiendan a sí mismo como "fermento en la masa" (DP 462) y se inscriban "vitalmente" en la estructura más amplia y universal del conjunto del Pueblo de Dios (DP 261; 1215) (HTC 163).

En segundo lugar, para que el gran signo mesiánico de Jesús resplandezca también en su vida, la Iglesia dentro de su apertura sin restricciones a todos los hombres, debe amar preferentemente a quienes fueron los predilectos de su Señor. "a los pobres, los enfermos, los desposeídos, los desamparados, los agobiados. . . descubriendo en ellos la imagen de Jesús pobre y paciente" (Juan Pablo II, Puebla, Discurso inaugural III, 6: DP 489). Es la opción preferencial por los pobres, que la Iglesia por fidelidad al Evangelio y escuchando el clamor de los millones de pobres de nuestro continente adoptó en Puebla con decisión y claridad (DP 1134-1165) (HTC 164). De ahí que la Iglesia, en el uso de sus medios propios, debe ser cada día más la voz de los desposeídos, aun con el riesgo que ello implica, y sin dejar de promocionarlos para que se valgan por sí mismos (DP 1134,477) (HTC 164).

En tercer lugar, la acción evangelizadora de la Iglesia será dialógica, al estilo de Jesús, propiciando una pedagogía activa y participativa en la catequesis, estimulando la reflexión y la iniciativa personal en la educación de la fe, haciendo madurar la conciencia personal y social en la CEB, expandiendo la libertad de hijos de Dios en la comunidad eclesial, y ejerciendo también su función profética frente a los mecanismos de poder, ideológicos, políticos y religiosos, que degradan la condición humana y

obstaculizan la comunicación para la comunión. (DP 350; 407; 621; 781; 982; 1024; 1045; 1054; 1077).

En cuarto lugar, la Iglesia basa su fuerza en la confianza filial al Padre y en el don de fortaleza con que el Espíritu de Jesús la anima. Especialmente, debe mostrarse abierta a todos sin hacer "acepción de personas" (1 Pe. 1, 17), con una postura de misericordia y de interés por los problemas de cada hombre, asumiendo la solicitud del Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. Debe, también, en la medida de lo posible intentar dejar en claro que no solidariza con el pecado de aquellos a quienes se acerca para evangelizar y salvar -pecado que puede ser personal o estar encarnado en las ideologías o estructuras que dichas personas profesan o dominan- siendo conscientes de que, constantemente, distintos grupos buscarán instrumentalizarla de uno u otro lado (DP 558.561) Y no desanimándose cuando, como a su Maestro, la entiendan mal y tergiversen, o injustamente la condenen.

En quinto lugar, en cuanto a los medios, la Iglesia debe evangelizar, fundamentalmente, siguiendo la dinámica encarnatoria de Jesús, es decir, a través de todo lo que ella es: "mediante el testimonio global de su vida" (DP 272), que incluye todo lo que ella hace y dice y también todas las posibilidades y formas de comunicación que le brinde el espacio cultural dentro del cual vive.

Ello invita en América Latina a encarnar el Evangelio en expresiones cada vez más concordantes con los valores, el lenguaje antropológico y los símbolos propios de nuestra cultura o subculturas (cf. DP 404), con los desafíos y problemas concretos que enfrenta y, también, con los modos de comunicación vigentes en ella, tanto tradicionales como modernos.

Sin embargo, en lo que toca a los medios de comunicación social, conviene tener en cuenta el siguiente e importante criterio, que apunta hacia la evangelización de las nuevas instancias culturales: "hay que atender hacia donde se dirige el movimiento general de la cultura más que a sus enclaves detenidos en el pasado; a las expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folklóricas" (DP 398). Esto significa que la Iglesia debe abrirse con especial interés a los medios electrónicos. Ellos jugarán, sin duda, un papel decisivo en el futuro de todas las culturas y pueden ser fuente de abundante "novedad" en cuanto a la comunicación del Evangelio.

En sexto lugar, la Iglesia, sacramento de la comunión universal, está urgida por el Espíritu de Jesús a conducir toda comunicación hacia la comunión. La pedagogía de la Encarnación nos enseña, por otra parte, que los hombres necesitan modelos preclaros que los guíen, experiencias que alimenten la esperanza. Es, pues, un reto para el Pueblo de Dios en América Latina ser "modelo vivo" del tipo de convivencia social y de comunión a que Dios llama a la humanidad.

Esta experiencia fundamental se expresa a través de todos los sacramentos, verdaderos medios de comunicación para el crecimiento del Pueblo de Dios, pero hay entre ellos uno que constituye la cumbre y corona de todos: la Eucaristía. Aquí nos encontramos ante un acto donde la Iglesia entera, congregada como comunidad, expresa del modo más pleno posible, mientras dura su peregrinar por la tierra, el misterio de comunión en Cristo de que ella es portadora. La Eucaristía es la gran fiesta donde los cristianos, en un ambiente de alegría y cantos, damos gracias por nuestra vocación a la comunión (HTC 168).

A través de las palabras consecratorias del pan y del vino, culmina la capacidad de la palabra humana y de las cosas creadas para servir como medios o instrumentos de comunicación y comunión entre Dios y los hombres. Pues si bien en todos los demás sacramentos, las palabras del ministro o las cosas que en ellos intervienen adquieren eficacia para comunicar la gracia de Dios, aquí logran hacer presente y comunicar al mismo Dios de la gracia en Persona, encarnado en Jesucristo. La Eucaristía es memoria y actualización del sacrificio pascual del Señor.

La participación en la Eucaristía nos compromete a convertir toda acción en un esfuerzo creador de cosas que sirvan, no para satisfacer nuestro egoísmo, sino como medios que faciliten la comunicación y el encuentro con Dios y los hombres, como lo hacen el pan y el vino sobre el altar.

Si, fortalecidos con el alimento de Jesús, lo hacemos así, entonces toda la vida y la historia se irán convirtiendo en una gran Eucaristía; en vida e historia de comunión. Si nada cambia en nosotros, querrá decir que hemos comido y bebido indignamente el Cuerpo y Sangre del Señor (1 Cor. 11,27 ss), introduciendo un elemento de falsedad e incomunicación en el acto más noble que es dado celebrar a los hombres (HTC 171).

Finalmente, para que todo esfuerzo evangelizador de la Iglesia se encamine invariable y consecuentemente a la misma meta de Jesús, obrar la comunión con Dios y entre los hombres, ella necesita hacer suya la actitud acogedora de Jesús, el perfecto perceptor.

Para ello le ayudará mantenerse atenta al querer del Padre para cumplir su voluntad, discerniendo los "signos de su Providencia" a la luz del Espíritu a través de la historia. En el fondo, aquí se trata de tomar en serio el hecho de que los cristianos constituimos un solo y mismo Cuerpo de Cristo. Es cierto que la última palabra en la tarea de discernir la verdad corresponde a aquellos que hacen a Cristo visiblemente presente como Cabeza de este Cuerpo (DP 258), pero al Cuerpo entero corresponde buscar dicha verdad, recibiendo los "datos" que cada uno de sus miembros esté en condiciones de proporcionarle: pues la mano puede descubrir aspectos de la verdad que ni el ojo ve ni el oído escucha (DP 1305).

Más aún, teniendo en cuenta la costumbre de Dios de escoger como mensajeros suyos a los pobres y humildes, ha de atender a aquellos "miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, pero no por ello prescindibles" (1 Cor. 12,22) (HTC 214) (DP 974).

Asimismo, como María, en una actitud de Anunciación prolongada, la Iglesia permanecerá cercana y atenta a las necesidades de los pobres y de todos los hombres del continente, tal como ella lo estuvo frente a Isabel y en Caná, completando la acción redentora de Cristo (Col. 1,24; Mt. 25,31 ss). Al mismo tiempo, María recordará a la Iglesia que el servicio más liberador que puede prestar a los hombres es el anuncio del Evangelio: pues mediante él los conduce "hacia el Reino de su Señor, el único de quien ella (la Iglesia), junto con la Virgen María, se proclama esclava y a quien subordina todo su servicio humano" (DP 271). De este modo sirviendo al Evangelio, la Iglesia "sirve a la vez a Dios y a los hombres" (ibid. HTC 166). Por fidelidad a Dios y al hombre, la Iglesia debe dedicar especial interés a todo lo que suceda en el ámbito de la comunicación humana, porque el mensaje del que ella es portadora incluye una revelación particular sobre el hombre, destinado a construir la comunión universal según el Espíritu de Jesús, imagen de la nueva humanidad. Su sensibilidad para captar los valores relacionados con la ética de la comunicación, que atañe a todos los hombres, su vocación evangelizadora para hacerlos partícipes de la Buena Nueva y de su comunicación a través de los agentes pastorales, y su permanente referencia a la acción salvadora de Jesús, celebrada en la liturgia, inspirarán las respuestas a los sufrimientos y aspiraciones de nuestros pueblos, llenos de esperanza que no podrán ser defraudadas" (DP. 1308).

4. Perspectivas de la comunicación cristiana

La Iglesia, como signo de comunión universal, durante toda su existencia, desde la conducta ético-religiosa, hasta la acción pastoral y la expresión litúrgica de sus miembros, ha de reflejar que la gracia de Dios se ha hecho visible, trayendo en Cristo la salvación para todos los hombres (Tit. 2,11).

El problema de la comunicación liberadora como "hecho global que afecta a todas las relaciones humanas y a la misma pastoral" (DP 1074), plantea la necesidad de superar aquella visión reductiva, que limita la acción comunicacional al uso de los medios técnicos de difusión masiva. No debemos olvidar que por la comunicación la Iglesia se relaciona internamente y se proyecta a la humanidad (DP 1065), que por "el anuncio del Reino que es comunicación" (DP 1063) realiza su misión evangelizadora y pastoral; y que, por la liturgia, que es en sí misma comunicación (DP 1086) la Iglesia vive el profundo misterio de la relación con Dios.

El pueblo de Dios, sacramento universal de salvación, marcha unido a la suerte de todos los hombres por su condición humana, y por ello está comprometido a poner al servicio del hombre latinoamericano y del bien de la humanidad los procesos comunicacionales y las innovaciones que surgen continuamente.

En este sentido, el primer y gran desafío para la Iglesia latinoamericana es de carácter ético. Este es un reto que se deriva de su vocación por la defensa y promoción de los derechos humanos (DP 146), de su compromiso por la liberación de cuanto oprime al hombre (EN 9) y de su misión de ser signo e instrumento de unidad (LG 1). Más aún, es una de las condiciones de su credibilidad. Esta tarea es ineludible para todo cristiano, convocado a construir la civilización del Amor (Mensaje a los Pueblos de América Latina, DP 8).

Ahora bien, el servicio eclesial y específico y que solo la Iglesia puede prestar es la evangelización formalmente dicha, que se traduce en la acción pastoral de los miembros de la Iglesia cuando actúan conjunta y orgánicamente para conducir a los hombres a la construcción del Reino, especialmente en la acción litúrgica, fuente de donde emana la vida de comunión con Dios, que nos amó primero y nos convoca a congregarnos en comunidad.

Las insuficiencias y pérdidas en este servicio integral o las incoherencias que surjan implican una lesión al ser y quehacer de la Iglesia (DP 969).

4.1 Compromiso cristiano y comunicación social

Si la gloria de Dios es que viva el hombre ("gloria Dei vivens homo": S. Ireneo) la praxis del Reino no puede estar disociada del quehacer por una vida plenamente humana (S 1, 22). La interpretación de fe basada en el Evangelio no exime de un análisis racional de la conducta humana y de las estructuras sociales, pero, a su vez, enriquece el juicio moral y la praxis ética.

En este sentido la Iglesia desempeña el papel de "maestra en humanidad", compartiendo y universalizando contenidos éticos, referidos a la comunicación, y accesibles aun a los no cristianos. Respetando la autonomía de una ética de la comunicación social, basada en fundamentos antropológicos compatibles con los valores cristianos, el ideal del kerigma cristiano no puede quedar, sin embargo, encerrado en principios morales y en una legislación casuística, ya que apunta al horizonte de "ser perfectos como lo es Dios" (Mt. 5, 48; Lc. 6, 36) (DP 552).

No compete a la Iglesia, como institución, detallar estrategias y tácticas en el terreno económico, social, político y comunicacional, porque su acción no está específicamente en esos campos. Pero dentro de su perspectiva teológico-pastoral puede y debe asumir opciones y proponer orientaciones para que con eficacia evangélica se superen las raíces de aquellas situaciones de pecado, que representan una ruptura con Dios y el hermano.

Es misión de la Iglesia discernir sobre aquello que afecta el desarrollo de la vida cristiana y alentar a sus miembros a buscar las mediaciones que posibiliten una comunicación más propicia para la comunión de los hombres entre sí y con Dios.

Y es tarea de toda la comunidad cristiana hacerse responsable de las opciones concretas y de su efectiva actuación para responder a las interpelaciones que las cambiantes circunstancias le presentan (DP 473).

Los anteriores fundamentos teológicos pueden incidir en la práctica a través de la mediación de una ética social de la comunicación, que sirva de guía práctica para el cristiano, no solamente para vivir coherentemente "en la sociedad" sino también para proyectar la "opción evangélica" sobre las realidades, pues "nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo" (DP 476).

Si el Evangelio y la reflexión teológica no ofrecen inmediatamente fórmulas para la acción práctica en cada circunstancia, y por ello requieren de la ética para su entera funcionalidad, también es cierto que la ética requiere de aquellas como horizonte de referencias significativas (DP 472).

En esta perspectiva le compete a una ética de la comunicación social estar atenta para el discernimiento crítico de aquellos modelos, normativas y códigos que utilizan los valores morales para justificar estructuras injustas, como proponer proyectos alternativos globales que contribuyan a la creación de nuevos modelos más humanos de convivencia.

Entre los rasgos principales de un compromiso cristiano en materia de comunicación social podemos resaltar los siguientes:

- Despertar la conciencia de los hombres latinoamericanos en el derecho a la comunicación.
- Esforzarse por construir una sociedad cuya comunicación privilegie el ser sobre el tener, poder, sexo y placer, evitando idolizaciones que oprimen al hombre y atentan contra su dignidad.
- Promover el diálogo -no solo entre personas, sino entre grupos, culturas y pueblos- como perfil ideal de todo proceso de comunicación y evangelización.
- Favorecer la libertad de expresión y de información en un marco de participación responsable.
- Ejercer la autoridad como servicio que facilite relaciones interpersonales, grupales y sociales dentro de los criterios de justicia, fraternidad e igualdad.
- Trabajar por la superación de los graves desequilibrios en el acceso y participación, que tan sólo favorecen a determinados intereses políticos económicos e ideológicos, y obstaculizan la reciprocidad social, necesaria para la realización de la dignidad, como dueños corresponsables del destino común (DP 335).

Las diversas instancias sociales, y particularmente la Iglesia, están llamadas a promover la realización de modelos más justos y participativos no sólo por la vía de la concientización sobre el derecho a la Comunicación (DP 1077), sino también por el establecimiento de pautas dialógicas en sus ámbitos propios de acción (DP 1079, 1090).

4.2 Coherencia pastoral

La acción evangelizadora y liberadora de la Iglesia, dada la complejidad creciente de la sociedad, necesita ser organizada con base en unos principios que le permitan expresar más coherentemente sus mensajes y actitudes ante el mundo y a la vez abrirse a las condiciones concretas del hombre latinoamericano (DP 1222). Esto requiere en primer lugar ciertos criterios generales que guíen la acción de acuerdo a la misión y espíritu de la iglesia en medio de las diversas y cambiantes circunstancias.

Ante todo, si la pastoral comunicacional ha de ser congruente con el Espíritu que impulsa a la comunión, ha de fundarse en un modelo dialógico, que realice la unión de la verdad con la caridad. Atendiendo a su carácter dialógico deberá planificarse en un proceso de participación de todos los sectores y niveles de Iglesia.

Su metodología tendrá en cuenta la escucha de los signos de los tiempos, el análisis de la realidad a la luz del Evangelio, que es una forma de acercarse a las necesidades de los evangelizados, y por fin, la determinación de las prioridades y medios más aptos para la acción evangelizadora.

En la determinación de las prioridades y medios tendrá en cuenta la triple dimensión intrapersonal, interpersonal y social que implica todo proceso de comunicación sea grupal o masivo. Estas tres dimensiones deben proyectarse en todas las áreas o campos de la pastoral comunicacional.

La organización y ejecución requiere de un espíritu de cooperación en el que sean posibles una participación libre y responsable. Tanto la comunidad eclesial como los organismos ejecutores y sus mecanismos de interrelación, han de estar penetrados de los valores evangélicos de comunión y participación (DP 1308).

Dentro de esta perspectiva dialogal, imprescindible para una planificación pastoral orientada a la comunión, se abren a la Iglesia dos grandes campos: la comunicación pastoral propia de la Iglesia y el servicio pastoral al mundo de la cultura y la comunicación humana. Obviamente en cada uno de estos campos pueden establecerse estrategias que abarquen la triple dimensión interpersonal, grupal y masiva. De ahí que la problemática del uso de los medios de comunicación social de carácter masivo sea también susceptible de ser tratada con un doble enfoque según sea el campo de acción.

La primera, pastoral de la comunicación, por la cual la Iglesia ha de preocuparse es la comunicación dentro de sí misma con una conversión real al diálogo entre sus miembros y en diversas instancias: centros de comunicación y participación (familia, CEB, Parroquia), agentes de comunión y participación (misterio jerárquico, sacerdotes, vida consagrada, institutos seculares, laicos). (DP Cap. I-11).

La Iglesia testimonia la necesidad e importancia del diálogo, creado en su seno, particularmente a través de los medios que le son propios: liturgia, catequesis, educación, comunicación social.

Dentro de esta misma estrategia, si bien la Iglesia de América Latina ha hecho en los últimos años muchos esfuerzos en favor de una mayor comunicación en su interior, ella misma reconoce que, en muchos casos, lo realizado hasta ahora no responde plenamente a las exigencias del momento.

En nuestra Iglesia latinoamericana hay todavía insuficiente aprovechamiento y utilización incompleta de los propios medios o de los influenciados por ella, y a menudo los medios propios no están integrados entre sí ni en la pastoral de conjunto (DP 1076).

Para la selección y uso de los diversos medios de comunicación la Iglesia se inspira en los criterios evangélicos del mayor servicio en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres en una línea de personalización y de comunión.

El segundo campo pastoral es el del servicio al mundo de la cultura y de la comunicación, por el cual la Iglesia, institucionalmente o a través de sus miembros particulares, establece la relación dialogal con la humanidad. La Iglesia, fiel al tesoro de verdad y de gracia (1 Tim. 6,20), se hace palabra, mensaje y, sobre todo, coloquio (ES. 49).

En esta perspectiva cabe distinguir por una parte el derecho a comunicar el mensaje a través de los diversos medios, que asiste a la Iglesia, en la sociedad, ya que al comunicar acerca de su vida y fe, no está sino ejerciendo sus derechos humanos a la libre expresión y a la libertad religiosa (HTC 254), y, por otra parte, el reto evangélico de inspirar con valores cristianos la cultura en la que se desenvuelve y las estructuras y modos de comunicación correspondientes. Este diálogo múltiple de salvación, aunque es anuncio de verdad irrenunciable y de salvación indispensable, no se presentará armado de coacción externa sino respetando siempre la libertad personal y civil (ES, 54).

Los caminos legítimos de ese servicio al mundo de la cultura y de la comunicación marchan a través de la educación humana, de la capacitación crítica, de la persuasión interior, de la conversación ordinaria, del intercambio grupal y de la comunicación social en libertad. Tales formas de relación deben manifestar un propósito de corrección, de estima, de simpatía, y de bondad, excluyendo la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, de forma que se busque el provecho de los destinatarios, invitados a una comunión más plena de sentimientos y convicciones (ES 57).

La Iglesia, a partir de sus orientaciones éticas, ha de propiciar aquellos modelos y políticas de comunicación que favorezcan una auténtica participación, basada en el respeto profundo a la dignidad humana y a su derecho a la comunicación. Consecuentemente, cuando las manipulaciones de los poderes económicos y políticos obstaculicen el diálogo social, la Iglesia ha de excluir fingimientos y engaños, denunciando como delito y ruina las relaciones desequilibradas, basadas en el predominio

abusivo, y amparando el derecho a la comunicación de aquellos sujetos, grupos y pueblos que no tienen voz (HTC 309) (DP 417).

La Iglesia no ignora las formidables potencialidades de las nuevas tecnologías de difusión, la desproporción entre lo que ella es y la población que desearía atender, pero conoce los límites de sus fuerzas, y sabe también que la buena acogida del Evangelio no depende, en fin de cuentas, de algún esfuerzo apostólico suyo o de alguna circunstancia de orden temporal, ya que "la fe es un don de Dios, y Dios señala en el mundo las líneas y las horas de su salvación" (ES 70). De ahí que una pastoral comunicacional, sea interna o externa a la Iglesia, no puede perder la referencia trascendente sea en la oración o en la acción hacia Aquel que es la fuente de todo don.

4.3 Vida litúrgica y comunicación

Si bien toda la vida es un culto a Dios y un himno para su gloria (Ef. 1, 14; Col. 1, 12), a través de la liturgia propiamente dicha se celebra la inmensa gracia de Dios, quien gratuitamente, no por arbitrariedad sino por bondad, nos llama a ser su Pueblo.

En la liturgia, que es comunicación (DP 1086), se celebran la iniciativa salvífica, absolutamente libre por parte de Dios, y la respuesta agradecida y comprometida del hombre. Cuando faltan la interpelación de Dios y la asunción libre de su mensaje, la liturgia se vacía hacia la evasión o hacia la manipulación (DP 902).

En cuanto respuesta humana a la iniciativa de Dios, la expresión litúrgica ha de ser significativa, es decir, ha de asumir los componentes simbólicos enraizados en cada pueblo, para que Dios sea glorificado en la multiforme riqueza de las culturas a través de las respuestas conscientes y libres de la comunidad. (DP 898).

El encuentro de los hermanos ante el Padre, como fiesta de comunión eclesial y como respuesta común, ha de tener en cuenta la función expresiva y aun emotiva de estos encuentros, así como la creatividad de los participantes, si bien evitando las arbitrariedades y los abusos (DP 936, 939, 940).

Las Iglesias particulares en el marco de la normativa universal en la materia, introducen en la liturgia los recursos que faciliten una mayor y más adecuada participación en los actos según sus condiciones y posibilidades (DP.1086).

La comunicación litúrgica, realizada en sentido pleno en la celebración eucarística (Heb. 8, 2), y en los otros sacramentos que prolongan el diálogo de salvación en las diversas situaciones vitales de cada persona y comunidad, ha de tener también en cuenta las condiciones que imponen la dimensión de los grupos, el grado de heterogeneidad psicológica y social, y las mediaciones técnicas.

La potencialidad de los medios de comunicación masivos para difundir estas experiencias puede ser fructuosamente aprovechada (DP 949), siempre que se respeten la especificidad de los símbolos expresivos más aptos para comunicar la relación con Dios y los códigos o recursos más adecuados a las exigencias de cada medio (I Encuentro de Liturgia, Radio y Televisión, Apucarana 1974; Bs, 242).

La conveniencia de la transmisión de las acciones litúrgicas ha de ser cuidadosamente analizada y preparada, entre agentes de pastoral litúrgica y de pastoral comunicacional, para que las representaciones sean dignas de los misterios celebrados, faciliten la participación y susciten la experiencia religiosa en los perceptores.

Es particularmente importante encarnar las acciones litúrgicas en la situación de las respectivas comunidades, nacionales, diocesanas o locales, de modo que los perceptores tomen conciencia de los problemas de la Iglesia y se muevan a asumir sus responsabilidades de cristianos. (II Encuentro de Liturgia, Radio y Televisión, Porto Alegre, 1976; Bs, 258).

Dada la situación abierta en que hacen a menudo las transmisiones, la forma de relacionarse con los perceptores ha de ser concorde con la actitud de quien respeta la dignidad del interlocutor y busca su provecho con el fin de disponerlo a una comunión humana y cristiana (ES 57).

Debido a las alteraciones que sufren las acciones litúrgicas en los medios de comunicación social (cierta despersonalización, distanciamiento físico de la comunidad eclesial, etc.), la Iglesia ha establecido algunas normas, especialmente acerca de la participación en la Eucaristía a través de tales medios. Pero, si bien la "presencia electrónica" no es considerada suficiente para una participación eucarística total, se abren horizontes nuevos hacia la comprensión de las comunidades, que en el futuro reciente estarán vinculadas por intensas redes electrónicas y telemáticas.

La solicitud por acercarse a los medios de comunicación social no debe traducirse en una atenuación o disminución de la verdad evangélica. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso con nuestra fe, que convierta la Buena Nueva en otro producto ambiguo para el consumo o en un mensaje justificativo de situaciones éticamente inadmisibles.

Ya que la liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia (DP 934), sus acciones deben remitir a un compromiso vital, *como* culminación de su sentido pleno (DP 942). La expresión litúrgica será plenamente significativa y eficaz cuando los signos del culto se ratifiquen con la verificación del testimonio de la vida cristiana, al ejemplo de Cristo (DP 968).

De esta forma el verdadero testimonio cristiano, coherente con una ética de liberación para la comunión y congruente con la Buena Nueva, completará la manifestación de las obras que Dios realiza en los hombres. Pues hoy y mañana en América Latina los cristianos, en nuestra calidad de Pueblo de Dios, enviados para ser germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación, necesitamos ser una comunidad que viva la comunión de la Trinidad y sea signo y presencia de Cristo muerto y resucitado que reconcilia a los hombres con el Padre en el Espíritu, a los hombres entre sí y al mundo con su Creador: "Todo es vuestro y vosotros de Cristo y Cristo de Dios" (1 Cor. 3,23).



5. Ejercicios para la reflexión y la acción

El objetivo de estos ejercicios es el de promover la reflexión personal y de grupos sobre los aspectos más relevantes de la comunicación a la luz de la Palabra de Dios y con la mira puesta en la práctica.

5.1 Signos de Comunicación e Incomunicación en América Latina

Busque en los documentos de Medellín y Puebla los rasgos que reflejan la comunicación o incomunicación en los diversos niveles humanos: necesidades vitales, psicológicas, familiares, laborales, sociales, políticas y religiosas.

Cfr. Medellín: Promoción humana: Justicia (1), Paz (2); Puebla; Visión sociocultural de la realidad latinoamericana. Primera Parte, Capítulo II.

5.2 Comunicación e Incomunicación Intraeclesial

Partiendo del documento de Puebla y teniendo en cuenta su experiencia personal o de grupo, examine los factores que propician la comunicación o la incomunicación en las siguientes instancias:

- a) Centros de Comunicación y participación (Familia, Comunidades Eclesiales de Base –CEB-, parroquias).
- b) Agentes de comunión y participación (Jerarquía, Vida Consagrada, Laicos).
- c) Medios para la comunión y participación (Liturgia y Piedad Popular, Catequesis, Educación, comunicación social).

Cfr. Puebla: La Evangelización en la Iglesia de América Latina: Comunión y Participación. Tercera Parte, Capítulos I, II y III. (Se recomienda centrarse en uno de los puntos en el que el grupo tenga mayor experiencia, sobre todo por su trabajo específico).

5.3 Comunicación e incomunicación en los destinatarios principales

A la luz de los datos de la realidad y de las indicaciones de Puebla, señalar las necesidades comunicativas que se hallan:

- a) Entre los pobres
- b) Entre los jóvenes
- c) Entre los constructores de la Sociedad Pluralista, en la Sociedad Nacional e Internacional.

Cfr. Puebla: Iglesia Misionera al Servicio de la Evangelización de América Latina. Cuarta Parte. Capítulos I, II, III y IV.

5.4 Cristo, el perfecto Comunicador y Perceptor

Analizar la conducta comunicadora de Jesús en diversos pasajes del Evangelio. Véase por ejemplo la siguiente pauta:

a) Actitud respecto al interlocutor:

- Cercanía y respeto (Mt. 9,9; Lc. 6, 15; Jn. 7,37; 8,15; Lc. 19,1).
- Propósito desideologizador (Mt. 5,21; 23,4; Mc. 2, 27; 7,15; Lc.14,1; Jn. 8,15).

b) Actitud respecto al mensaje y estilo:

- Lenguaje directo y situado (Lc. 15,32; 15,7; Mt. 13,44; véanse las parábolas y su contexto).
- Interpelador: (Lc. 10, 29; 10,36-37).
- Diálogo: (Jn.2, 1;3,2;4,1;9,2).

c) Actitud respecto a sí mismo:

- Coherencia interna: (Jn. 8, 29; Mt. 5, 37; 12,6).
- Audacia (Jn. 7, 14-25; 18,19-21).
- Valentía (Jn. 10, 17; 11,6-10; 18,36; Hch. 3, 15).

d) Trascendencia de su comunicación:

- De lo personal a lo universal (Jn. 2, 25; Mt. 10,47).
- Desde los pobres a todo el mundo (Mt. 13,55; Lc. 4,18; Mt. 5, 3; 7,23;13,55).

e) Sus medios de comunicación:

- Comunicación natural y artificial: (Mt. 22, 1; 21,42; Lc. 4, 18; Mc. 7, 37; Jn. 9, 6; Mt. 26,26).
- Comunicación personal, grupal y masiva: (Jn. 3,1;Mat. 12,9;Mt.13, 54; Lc. 13, 10; Jn. 18,20;Mc.6,20; Lc.7,1; 19,48;20,41).

f) Meta de su comunicación: (Jn. 6, 63; 9, 5; Mt. 21,42).

g) Modelo de perceptor:

- Jesús: (Jn.3, 1; Lc. 10, 29; 16; 7, 11).
- María: (Lc. 1, 27; 2,51; 1,46.55)

h) Fracaso de la comunicación:

- Pueblo y parientes: (Mc. 6,4; Lc. 1,58; Jn. 1,5)
- Autoridades políticas y religiosas: (Jn. 18, 14; Lc. 23,11 ss).
- Discípulos: (Lc. 22, 3; 22, 48; Jn. 18,3)

5.5 La Iglesia, signo de comunión universal

A partir de la Misión encomendada por Cristo a la Iglesia y teniendo en cuenta las tendencias del comportamiento de su Maestro, evaluar las diversas instancias eclesiales y su acción comunicativa:

a) ¿Nuestra Iglesia (Comunidad Eclesial de Base, Parroquia. . .) es signo de comunión como las primeras comunidades? (Cfr. Hch. 4, 41-42; 5, 32-35).

b) ¿Anuncia integralmente el Evangelio a todos con preferencia por los más pobres y sencillos? (Lc. 4,18; Mt. 5, 3; 12,48).

c) ¿Denuncia libremente el pecado personal o social y desenmascara, como Jesús, los mecanismos que sojuzgan la Verdad al imperio del dinero (Jn. 12, 3-6), al poder abusivo (Jn. 7,47-53) y que rechazan abiertamente el Reinado de Dios (Jn. 19, 12-15)?.

d) ¿Se advierten en el entorno algunos signos de su eficacia liberadora? Señale algunos signos de participación que lleven a una efectiva comunicación y comunión.

e) De los rasgos anteriormente enumerados sobre la conducta comunicadora de Jesús, ¿Cuáles son los que se manifiestan mejor en nuestra Iglesia? y ¿qué deficiencias son notorias?

f) De acuerdo al modelo de Jesús y María, perceptores, ¿hay en nuestra Iglesia interioridad para escuchar y meditar la Palabra de Dios? ¿se escuchan las inspiraciones de todos sus miembros? ¿hay sensibilidad para oír los clamores de los más necesitados? ¿cómo se discierne la voluntad de Dios?

Vocaciones

Significatividad de la pJV en el ámbito de la reestructuración de las congregaciones³

Rosa Ruiz Aragoneses, rmi

I. Para empezar, un “pero”... ¿por qué cuentas esto aquí?

Es un pero posible...No sé si la PJV está siendo –de hecho- significativa en los procesos de reestructuración que todas las Congregaciones, de un modo u otro estamos viviendo. Pero sí sé que creo en la importancia que tiene hoy este tema y de lo mucho que nos jugamos al incluir esta pastoral como criterio o dejarla fuera.

No se me ha pedido que fundamente ni oriente la reestructuración de las congregaciones ni que diga cómo podría ser una PJV más significativa hoy (aunque algo de las dos cosas habrá). Mi objetivo es transmitirnos como agentes de pastoral y responsables de la animación en las Congregaciones, que si vosotros no estáis convencidos de la significatividad de la PJV para el futuro de nuestras Congregaciones, más allá de “tener” más o menos vocaciones, los procesos de renovación que Dios pide en este momento de la Historia, quedarán cojos. Y eso, es una tarea y una responsabilidad vuestra, nuestra...de todos.

Serán los equipos de gobierno o las personas que cada Congregación decida quienes lleven a cabo los procesos, pero los implicados en PJV pueden aportar una mirada y un corazón propios, desde esta perspectiva. No porque sea la única importante, sino porque creo que lo vocacional está llamado a ser de alguna manera, el corazón de todas ellas. Hay que tener en cuenta la sostenibilidad económica... hay que tener en cuenta el futuro de nuestros jóvenes y el presente digno de nuestros mayores... hay

³ Pronunciada en las Jornadas Nacionales de Pastoral Juvenil Vocacional de la Conferencia, Madrid 2012.

que responder al patrimonio y a las estructuras apostólicas creadas... **Pero nada de esto podemos hacerlo bien si no está animado por el anuncio del Reino a los que han de venir...y a los que están.**

Ahora bien, seguramente, ni todas las PJVs pueden ser significativas en procesos de reestructuración, ni todos los movimientos o decisiones congregacionales pueden ser campo de juego apropiado para una PJV vital. No es tiempo de atajos pero tampoco podemos dejar las cosas como están y esperar a que cambien solas... No solo sería ingenuidad. Es irresponsabilidad y podemos estar quemando a mucha gente por el camino, religiosos y laicos que se involucran en nuestros procesos y les mareamos. No tomar decisiones es también una forma de decidir. Y creo que una de las peores porque nunca nos responsabilizamos de las consecuencias⁴.

Voy a tener dos momentos en la charla. Uno primero para pensar juntos qué PJV puede ser significativa hoy en estos procesos que vivimos. Y una segunda parte en que también pensemos qué reestructuración es capaz de dar significatividad a la PJV hoy.

2. Una pjv significativa que...

- Responde a una nueva Cultura Vocacional y la promueve

No hay duda del interés por la pastoral vocacional en las congregaciones, en la Iglesia e incluso últimamente en el magisterio eclesial. Sin embargo, también podemos reconocer con paz que quizá en los últimos tiempos hemos ido olvidando algunos principios fundamentales para la PJV⁵. Entre ellos, hoy se habla intensamente de promover una cultura vocacional⁶. Más allá de modas es, sin duda, una llamada prioritaria, un “signo de los tiempos” que nos está gritando y que corremos el peligro de creer que ya lo vivimos por ser un término conocido y usado y por incluirlo en nuestras programaciones y planes. Sin embargo, creo que no llegamos a ver del todo el cambio de paradigma tan radical que supone y las consecuencias que traería tomarlo en serio.

Aparece como tema específico en el *Instrumentum Laboris* del Sínodo de Obispos sobre Nueva Evangelización (cf. nn 159-161), aparece en escritos, charlas... La preocupación es sincera, pero a la hora de la verdad todavía nuestro discurso y nuestros deseos van por un lado y nuestras decisiones organizativas y apostólicas por otro. Podríamos decir que vivir la vida como vocación no es tan evidente, como si “*el elemento vocacional intrínseco a la fe cristiana se hubiera desplazado en la vivencia de la fe de muchas comunidades a una zona marginal sin que constituya parte del núcleo esencial*”⁷:

“La escasez de vocaciones específicas es, sobre todo, carencia de conciencia vocacional de la vida o bien, carencia de cultura de la vocación (...) Se impone, en este momento, un razonamiento nuevo sobre la vocación y sobre las vocaciones,

⁴ 1 Cf. M MARTÍNEZ HIGUERAS, *Actitudes personales y comunitarias. Requisitos imprescindibles ante el proceso de mejora y organización*. J.C.R. GARCÍA PAREDES-F.PRADO (ed): *Revitalización carismática y mejora organizativa* (Publicaciones Claretianas 2007) 249-264.

⁵ Cf. I. DINNBIER, *La pastoral vocacional ante el joven de hoy* (Frontera Hegian 2010, nº 72).

⁶ 3 Desde 1993 venimos hablando de “cultura vocacional” a raíz del mensaje de la XXX Jornada Mundial de Oración por las vocaciones de aquel año. A este tema se dedicó el Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa (1997), el III Congreso Continental sobre las Vocaciones al Ministerio Ordenado y a la Vida Consagrada en América del Norte (2002) y en 2009 el Congreso Vocacional en Oriente. Por tanto, una llamada eclesial y transcultural. Juan Pablo II se refirió a tal concepto repetidas veces en sus intervenciones magisteriales. Benedicto XVI ha señalado el creciente desaliento en familias, educadores, evangelizadores, ante una cultura que parece no favorecer lo vocacional. También en las Conclusiones de la Asamblea Nacional de Pastoral Vocacional, celebrada en Toluca, México (mayo de 2008), los términos ‘cultura’ y ‘cultura vocacional’ son centrales. Y ha sido el tema del último congreso Latinoamericano en Costa Rica (febrero 2011).

⁷ G. URÍBARRI, *La vida cristiana como vocación*: Todos Uno 149 (enero-marzo 2002).

sobre la cultura y sobre la pastoral vocacional. El congreso ha creído percibir una cierta sensibilidad, ya largamente extendida respecto a estos temas, proponiendo, sin embargo, una «sacudida» adecuada para abrir tiempos nuevos en nuestras Iglesias (NVNE 13).

Sin duda, la CV será vivida y promovida por todas las instancias congregacionales o no llegará a ser verdadera CV, sino más de lo mismo. Pero no es menos cierto, que quienes estamos implicados directamente en la PV tenemos una responsabilidad clara. Ya en el documento *Nuevas vocaciones para una nueva Europa* (NVNE)⁸ se presentaba la promoción de una nueva cultura vocacional en los jóvenes y en las familias como un componente de la nueva evangelización y **“probablemente –dice el documento- es el primer objetivo de la pastoral vocacional o, quizá, de la pastoral en general”** (NVNE 13).

Sin duda, el momento actual es difícil y requiere muchas y diversas respuestas (profesionales, estructurales, económicas...) No vale una única acción. Nuestra sociedad es mucho más plural e hipervinculada que todo eso. **En época de crisis y de cambio** aumenta siempre la demanda de futurólogos, pitonisas y echadores de cartas (lo vemos ahora en España). **Se buscan soluciones rápidas, fáciles y seguras. La CV no aporta** ninguna de las tres cosas. Es más fácil pero menos eficaz, seguir corriendo tras la escasez, el lamento y el vertiginoso ritmo de nuestro mundo actual, intentando alcanzarlo para dar respuesta (casi siempre mimética y por tanto, estéril). La CV es un “salto cualitativo” (NVNE) pedido por la Iglesia. Es vivir la vida como vocación. La nuestra... ¡y la de todo ser humano! Responder con la CV a la situación actual de descenso vocacional, escasez de fuerzas personales y económicas, desprestigio de nuestra vida en muchos lugares, etc... **es, ciertamente, un SALTO teologal, de confianza, al estilo de Indiana Jones.**

Generar una CV nueva podría ser hoy la respuesta que podemos dar con mayor fecundidad porque ninguna otra atañe tanto al corazón o a la raíz de nuestra vida como la vivencia vocacional de toda persona. Cuando hay muchos frentes que atender es fácil cierta dispersión... Vamos, venimos... queremos hacer cambios, pero a veces nos falta una raíz vertebral desde donde hacerlo... Creo que promover y vivir una CV es uno de los mejores servicios que podemos hacer por el Reino. **La PV será significativa para la reestructuración entendida no como un conjunto de actividades sueltas hechas para los jóvenes, sino como creadora de CV para todos, los de dentro y los de fuera.**

No quisiera dejar de recordar que hablar de CV es hablar de CULTURA y por tanto, hay que aplicar los mismos parámetros y definiciones que manejamos con cualquier otra cultura: ese “entramado estable de significados compartidos... que nos hace ser lo que somos, de modo que recrea y modela nuestra identidad”⁹ y que siempre busca transmitirse a las siguientes generaciones.

Dicen los sociólogos y filósofos que las culturas no tienen vida propia, es decir, su buena o mala salud depende de los sujetos que la viven y expresan. Además, conviene no olvidar que, por definición, esos significados compartidos se alimentan de creencias verdaderas o falsas, conscientes o no, que están generando actitudes consistentes. Cuanto más estables son estas actitudes, más se agrupan formando valores que determinan nuestra conducta o el modelo ideal de vida de ese grupo. Si todo grupo humano genera una cultura propia, nuestras congregaciones también. Aunque a primera vista pareciera que todos somos iguales y hacemos lo mismo, no es verdad... Está ese entramado oculto y en su mayoría inconsciente, como la masa del iceberg, sosteniendo acciones y decisiones y dándonos un aire de familia que quizá no podemos explicar, pero sí percibirlo. El modo de hacer PJV en una congregación

⁸ *Nuevas vocaciones para una nueva Europa (In verbo tuo...)*. Documento final del Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa (Roma, 5-10 de mayo de 1997).

⁹ X. QUINZÀ, *Formarse es transformarse*, CONFER 46 (2007) 340.

también participa de esta cultura interna y sin duda, está afectando siempre a la CV que queramos gestar y promover. Cuanto más cerrado y endógeno sea el grupo, más dificultades para caer en cuenta de las propias creencias internas que nos están fortaleciendo o debilitando.

La CV la proponemos, sostenemos y alimentamos quienes compartimos ESA determinada visión de la vida y valores...y no otros. *En una Iglesia vocacional, todos somos animadores vocacionales (NVNE 6c) y la crisis vocacional de los llamados es también, hoy, crisis de los que llaman (NVNE 19d)*. Que la opción por la PV en cada congregación se haga realidad en cada hermano/a, como compromiso vital que a todos nos interpela y urge, implica que la CV engloba toda la vida del instituto (PORQUE ES COLECTIVA O NO ES), no solo la PV. Y aquí es donde creo que una PJV que se forme decididamente al servicio de la CV y no de sí misma, que se organice para promoverla y haga propuestas en este sentido, será significativa para nuestros organismos y familias religiosas.

Es más fácil que reorganicemos y pensemos sobre acciones, fruto de esos significados compartidos... pero qué pocas veces nos atrevemos a bucear en el agua helada donde se esconde la masa de hielo del iceberg de nuestra cultura. Quizá por eso, muchos planes estratégicos y buenas acciones aprobadas por todos, acaban frustrándose. Solemos hablar más de la parte visible pero no de las creencias que no nos decimos... Los comentarios frente a la tele en las noticias pueden ser un lugar muy fecundo para detectar estas creencias vocacionales de fondo: opiniones sobre las familias de hoy, expectativas ante el futuro de los jóvenes, su capacidad o incapacidad para el compromiso, la vivencia esperanzada de la Iglesia y del futuro de la propia congregación o todo lo contrario, la confianza en que es Dios quien lleva la Historia o más bien depende del éxito de un partido político o del fatalismo que nos envuelve:

*“¿hemos renunciado a tener herederos? ¿No tenemos quien se anime a seguir a Jesús en esta vocación porque hemos interiorizado que ya no es camino útil en las circunstancias de nuestra iglesia? ¿O es que las motivaciones profundas de nuestra vida han dejado de interesar a los jóvenes sanos de hoy, que los hay, como los ha habido siempre? (...) Es cierto que el desarraigo de las jóvenes generaciones no les dirige fácilmente hacia las orillas de nuestros grupos religiosos. Pero si el problema radica en que hemos renunciado, al menos inconscientemente, a tener herederos, entonces es más un problema nuestro que de los mismo jóvenes”.*¹⁰

Vivir la vida como vocación implica renovar nuestras creencias, nuestra sensibilidad y nuestra praxis, los tres ámbitos implicados en cualquier cultura. Es decir: renovar nuestra teología vocacional (ideas-ideología), nuestra espiritualidad vocacional (actitudes-sensibilidad) y nuestra pastoral vocacional (acciones-praxis)¹¹. Nos jugamos mucho más que transmitir nuestro carisma a las siguientes generaciones, garantizar la permanencia de un Instituto o trabar una buena pastoral vocacional. Por eso me atrevo a calificarlo de **respuesta teologal**. Y en nuestros ámbitos, cuando no se responde teologalmente, se dan respuestas cuasi-religiosas... es decir, bajo capa de religión. Y eso es un peligro... enorme. La gente y especialmente los jóvenes huyen de todo lo que les huele a cumplimiento vacío o a apariencia, falta de autenticidad. No quiere decir que ellos lo sean, pero lo buscan.

Si nuestra PJV sigue midiendo su éxito por el número de candidatos que han iniciado el prenoviciado en casa, no está viviendo la CV. Si las acciones que promueven sólo se dedican a esta área, no está promoviendo la CV. Si la vocación laical no tiene mucho que decir en nuestra PJV y en el mejor de los casos sólo son ayudas puntuales para labores que nosotros no podemos hacer, no está al servicio de la CV. Si la congregación no percibe en quienes llevan adelante la PJV un interés real y serio por la fidelidad vocacional de cada persona, y por tanto, la necesidad permanente de renovación en todos los miembros, seguiremos abriendo brechas

¹⁰ Cf. X. QUINZÁ, *El horizonte de una nueva cultura vocacional* (CON ÉL, nº 4, II, 2012).

¹¹ Cf. A. CENCINI, *No cuentan los números. Construir una cultura vocacional* (Paulinas 2012) 21.

entre pastoralistas más o menos formados y cercanos a los jóvenes, con cierta mentalidad y espíritu flexible y comunidades religiosas ocupadas y preocupadas por otros asuntos que poco tienen que ver con esto. Es un dato objetivo, con todos los matices que queramos hacer, que los nuevos movimientos o realidades que llaman la atención por el gran número de vocaciones consagradas, son carismas que cuidan la CV, el sentido de la vida desde Cristo sin ningún reparo y, de hecho, alrededor de estos núcleos no solo crecen las vocaciones consagradas apostólicas y contemplativas sino laicales, matrimonios, sacerdotes, familias...

Hace poco leía un artículo –para mí al menos, duro- que llevaba por título: “¿Por qué muchos institutos no acaban de renovarse?”¹² Decía cosas como ésta:

...No se renuevan porque realmente no quieren hacerlo... sistemáticamente rechazan casi todo ofrecimiento que les viene hecho desde lo alto como para concretar las necesarias transformaciones, dado que “ya está bien así y con lo realizado ya hemos cumplido”... Poca gente o por poco tiempo hace opciones permanentes de vida en nuestros institutos, en los que incluso a nosotros mismos, muchas veces, nos resulta difícil perseverar... La inercia institucional relega a quienes podrían aportar algo novedoso... Cada vez es más difícil un relevo, un cambio de orientación, ya que la matriz institucional del conjunto solo podría ser regida por personas que socio culturalmente participen de ese mismo estilo o talante o que en el mejor de los casos, intenten o simulen una aculturación más o menos artificial y nunca del todo bien lograda...

La CV implica creer de verdad que **ninguna vocación se resuelve en un día concreto**, sino que conlleva toda la vida. No basta con sembrar... ni siquiera con recoger... Se precisa una cierta armonía, una visión unitaria de qué somos, dónde vamos y cómo queremos llegar allí. Y sin embargo, con frecuencia, la urgencia de lo inmediato nos puede impedir esta visión global, aunque deseemos tenerla. Cada asunto nos exige mayor dedicación y capacitación cada vez y, a veces, podemos sacrificar esta mirada holística en aras de la resolución de asuntos concretos: revisar posiciones provinciales, mejorar la organización de las casas de mayores, ofrecer formación a los laicos en puestos directivos, resolver dónde y con quién se atiende la formación de las primeras etapas...

Para llevar a cabo una pastoral que tenga como horizonte la CV se hace necesaria la animación de los Gobiernos provinciales, la coordinación decidida de las diversas posiciones, formación cualificada... pero la PJV es muchas veces la cara visible, la carta de presentación de una Congregación, al menos entre los más jóvenes. Ojalá también de alguna manera sea el recordatorio permanente de la urgencia de vivir y transmitir el seguimiento como una opción vocacional que se discierne y renueva cada día, hasta el final. Por eso **la PJV será significativa si se mantiene en este empeño de responder a una CV nueva, tanto hacia dentro de la institución como hacia fuera.**

- Forma parte de una propuesta evangelizadora por el Reino

A veces me han preguntado si realmente debemos hacer PV. Salvando el anacronismo, Jesús no hizo PJV. Pero sí fue continuamente mediación y llamada de Dios para todo el que se cruzaba con Él. Llamó a muchos... confrontó a unos cuantos... acogió a todos. Su interés era anunciarles el Reino, no que lo vivieran de una manera determinada de entrada... Eso siempre es un segundo momento. Quizá es otro punto que nuestras PJVs pueden aportar significativamente a este momento de cambios organizativos en la VR. No sería bueno anteponer la PV explícita al anuncio del Reino en cualquiera de sus formas pero a la vez, creo

¹² G. DANIEL RAMOS, ¿Por qué muchos institutos no acaban de renovarse?: Vida Religiosa (marzo 2012) nº 3, vol 113, 33-39.

que nos falta mucho para que la PV sea “dimensión obligada de todo plan pastoral”¹³ (JUAN PABLO II).

Muchos dicen que el problema es del entorno, de nuestra sociedad antivocacional... Yo no estoy tan de acuerdo pero aunque así fuera, ¡no importa! Para eso estamos nosotros... Para anunciar, **para ayudar a otros a descubrir el tesoro oculto en el campo**, para acercarlos a Jesús... Pero quizá hemos priorizado otras líneas. La vida cristiana es constitutivamente vocacional. Mientras no lo vivamos así, difícilmente recuperamos una pastoral vocacional consistente y las propuestas vocacionales concretas no encontrarán lugar propio en nuestros proyectos evangelizadores. Estarán siempre como “de prestado”, un postizo, una pastoral paralela. Y esto, si lo vemos de verdad, tiene que tener reflejos claros en la forma de organizar nuestros proyectos apostólicos y nuestros métodos. No llegamos a todo... eso es claro. Hay que elegir. Y eso es muy difícil, porque no elegimos entre algo bueno y malo sino entre cosas buenas que hay que dejar... No para ser más o más fuertes... Sino para ser mejores y más significativos.

Hace muchos años que venimos hablando del cambio de modelo: de apostar más por propuestas pastorales tipo “red” que “camino lineal”... Y que la pluralidad de experiencias y modos de vivir el proceso exige que quienes hacemos la propuesta tengamos el horizonte muy claro, no fragmentado, sabiendo que se puede llegar a él desde diversos itinerarios para que cada uno haga su propio proceso y a su ritmo¹⁴.

No viene mal recordarlo para caer en la cuenta de las implicaciones que esto tiene para organizarnos y para priorizar dónde y cómo queremos estar como VR y como congregación. Y, ciertamente, implica un esfuerzo mayor que en otras épocas para coordinar el proceso, las distintas posiciones y equipos. Alguien capaz de implicar al mayor número de personas sin por ello perderse en la diversidad. Alguien que lidere pero no se quede solo o sola en esta tarea:

Vocacionalizar toda la pastoral** implica que **toda expresión de la pastoral manifieste de manera clara e inequívoca un proyecto o un don de Dios hecho a la persona... O la pastoral cristiana conduce a esta confrontación con Dios, con todo lo que ello supone en términos de tensión, de lucha, a veces de fuga o de rechazo, pero también de paz y gozo unidos a la acogida del don, o no merece tal nombre (NVNE 26 b).

Son todos los agentes los que están llamados a “vocacionalizar toda la pastoral”. También las directoras de un colegio o quienes gestionan las casas de mayores o quienes deciden el calendario de actividades para el año o quienes atienden un comedor social. Como pasa en todas las cosas, si desde el equipo que coordina o la persona que lidera no hay claridad del proyecto que se quiere transmitir o la hay pero no se transmite con suficiente decisión, no saldrá adelante. Si cada una de las posiciones o grupos implicados no sienten realmente que ese proyecto evangelizador “vocacionalizado” es un cauce de calidad para su propio ámbito, buscarán resquicios que acabarán quebrando la propuesta y de nuevo, lo vocacional se convertirá en algo paralelo a todo lo demás, no integrado con normalidad en la propuesta evangelizadora.

La mayoría de nuestras congregaciones, por no decir todas, llevan tiempo buscando coordinar acciones, equipos, multiplicar colaboraciones... pero llega un momento en que la realidad nos plantea si estas colaboraciones son suficientes o se nos llama a una respuesta más radical. Mientras no seamos capaces de tener un proyecto apostólico nuevo que todos lo sintamos

¹³ JUAN PABLO II, *Carta del Santo Padre con motivo del Congreso de Pastoral Vocacional en el Continente de la Esperanza. Mayo de 1994.*

¹⁴ Cf. OBISPOS DEL QUÉBEC, *Proponer la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*, en D. MARTÍNEZ (ed.) *Proponer la fe hoy* (Sal Terrae 2005) pp.161-191; A. GINEL, «Itinerario» y «proceso» en la acción pastoral (Misión Joven nº 390-391); A. CHORDI, Los jóvenes nos hacen mover ficha: cómo impulsar la pastoral con jóvenes, aquí y ahora (Misión Joven, 2006. Julio-agosto nº 354-355).

como propio en los diversos organismos de una institución, la reorganización será parcial y se reducirá a mover personas y cambiar casas.

Además, la diversidad entre unas congregaciones y otras es enorme. Por carisma, por número de personas y posiciones, por historia... Por eso no creo que se pueda decir que un esquema apostólico para la PJV es mejor que otro: equipo provincial con personas dedicadas plenamente a ello? Con personas en posiciones locales que se coordinan? Sin equipo provincial y optando por algunas presencias locales que se fortalecen y se dejan otras? Creo que todos conocemos ejemplos de ambas cosas. Lo importante es optar por un modelo, el que sea y en ese apostar todo. Si no funciona, se evalúa, se corrige y se sigue caminando. Lo peor es estar dando palos de ciego por nuestra propia indecisión y superponiendo estructuras para hacer más "suave" el proceso. Ciertamente, sí creo que además de buscar alguien que coordine y ayude a tener esa visión global de cuerpo apostólico, hay que cuidar alguna presencia local de calidad, vital vocacionalmente, con una fraternidad rica y fuerzas vivas en la misión. De lo contrario, si no se puede ver, tocar y palpar nada que encarne el proyecto evangelizador que proponemos a jóvenes y menos jóvenes, acabará diluyéndose. Y esto se puede promover y proponer desde la PJV pero es una decisión estructural de la congregación.

3. Una reestructuración significativa que ...

- Nace de la misión y tiene la misión como horizonte

Todos los artículos y ponencias que conozco en torno a la reestructuración coinciden en que la MISIÓN es el primer objetivo y la razón de ser de cualquier movimiento. Tomar decisiones para garantizar la pervivencia de nuestras congregaciones es lícito y debemos tenerlo en cuenta. Pero si ese es el motor y horizonte y la misión se reduce a un área a la que responder uniendo fuerzas, el planteamiento se hace ambiguo, corto de miras. **Un cuerpo que se sabe vocacionalmente apostólico es un cuerpo que acompaña y posibilita una PJV viva y significativa porque sabe que es la raíz de nuestra vida: llamados y enviados.**

J. Cristo Rey escribía hace poco haciendo esta distinción:

El principio regenerador de la re-organización para que no resulte caótica o inconsistente es aquel que nos hizo nacer: la misión que viene de Dios y nos pide obediencia y creatividad en este momento histórico en el que vivimos... La misión no es solo acción apostólica, también es pasión apostólica... No implica solo a las personas activas porque es también testimonio y testigos podemos y debemos ser todos¹⁵.

Aparecen escritos últimamente para decirnos que hay que saber morir, como un don, también en lo referente a nuestros Institutos, si eso es lo que Dios quiere. Pero aprender a morir no es resignarnos a una especie de suicidio asistido o eutanasia corporativa, convencidos de que lo mejor de nuestra vida ya pasó y esto que ahora nos toca, ya no merece la pena vivirse... Es una irresponsabilidad y una profundísima falta de fe y confianza en Dios, Señor de nuestra historia. Si Dios quiere que en algún momento una congregación se acabe y muera no será por ser pocos o muy mayores, sino por haber dejado de tener una palabra y un gesto que ofrecer al mundo en la construcción del Reino. Eso no depende del número pero sí de la actitud vital con la que estemos respondiendo a Dios y a la misión encomendada.

Dice Sandra Scheneiders, teóloga americana, que frente a los que comparan la VR o la iglesia con un dinosaurio pesado, que acabará muriendo y desapareciendo en el proceso evolutivo, hay que recordar que científicamente los dinosaurios no desaparecieron: se transformaron en

¹⁵ J.C.R., GARCÍA PAREDES, *Reorganización: kairós, pereza y siete principios*, VR 107, nº 10 (diciembre 2009), 37.

pájaros más pequeños y más adaptados a las nuevas condiciones del entorno. El problema es si ponemos más fuerzas en no perder nuestra apariencia de dinosaurios que en transformarla para seguir siendo un ser vivo, como Dios quiere que seamos.

Muchos dicen que nuestra sociedad actual está abotargada, medio dormida, “**tienen ojos y no ven, oídos y no oyen...**” No sé si es verdad del todo, pero sí sé que este mal de vivir como estatuas, puede haberse alojado en nuestra Vida Religiosa, en nuestras comunidades y por supuesto, en nuestro corazón consagrado. En una roca, por grande y firme que sea, no hay vocación, no hay escucha, no hay posibilidad de vivencia vocacional renovada ni de ardor apostólico:

“Hay actualmente un infantilismo espiritual difuso, con varias formas de fuga de la responsabilidad respecto a Dios, de los demás y en último término, de sí mismos (...) Cuantas misas, oraciones, ritos, sacramentos... multiplicados y simplemente echados encima al individuo sin que estimulen una conciencia misionera; cuánta gracia, palabra de Dios y bienes espirituales secuestrados por individuos creyentes, individualistas impenitentes; sobre todo cuánta mentalidad de que ser cristianos significa observar ciertos preceptos, no cometer transgresiones, celebrar cultos... y qué poco somos capaces de difundir la idea de que el que es salvado por la cruz de Cristo, debe hacerse agente de salvación, según un proyecto de vida específico y responsabilizante. Qué poco damos la idea de que ser amados por Dios no es sólo seguridad consoladora, sino que significa ser asumidos por Él –no importa si como obreros o dirigentes, si en la primera o en la última hora-, a participar responsablemente en la obra de la redención, cada uno con una misión personal que cumplir, tan personal que si no la cumple él, quedará un vacío.”¹⁶

Conocemos mejor a alguien cuando le vemos actuar en situaciones límite, tanto de dificultad como de alegría. En esos momentos salen de nosotros cosas que ni sabemos que tenemos... pero ahí decimos con verdad lo que somos. En las instituciones también puede pasar algo así. Cuando abundan los recursos, las personas y las fuerzas, ¿cómo no íbamos a arriesgar en misiones de frontera, en proyectos creativos y visibles? Pero en una situación de escasez en todos los sentidos y de enorme inseguridad, podemos preguntarnos en qué medida se prioriza el criterio de la misión y de los jóvenes a la hora de reorganizarnos. O hasta qué punto destinamos las fuerzas vivas en proyectos apostólicos de PJV o de compromiso social en lugar de atender otras frentes que también son necesarios.

- Promueve una nueva Cultura vocacional

El documento NVNE va desgranando distintos ingredientes para la «nueva cultura vocacional» (NVNE 13) que pide la Iglesia como parte de la *nueva evangelización*. Puede servirnos recordarlo para caer en cuenta que no son criterios aplicables solo a la PJV que los promueve directamente, sino a la vida comunitaria, fraterna, espiritual, formación humana...

1. Es cultura de la vida y de la apertura a la vida, del significado del existir, pero también del morir.

2. En especial hace referencia a valores... como, la gratitud, la aceptación del misterio, el sentido de lo imperfecto del hombre y, a la vez, de su apertura a lo trascendente, la disponibilidad a dejarse llamar por otro (o por Otro) y preguntar por la vida, la confianza en sí mismo y en el prójimo, la libertad de turbarse ante el don recibido, el afecto, la comprensión, el perdón, admitiendo que aquello que se ha recibido es inmerecido y sobrepasa la propia capacidad, y fuente de responsabilidad hacia la vida...

¹⁶ A. CENCINI, *Llamados para ser enviados. Toda vocación es misión* (Paulinas 2009).

3. *capacidad de soñar y anhelar...*
4. *cultivar el asombro que permite apreciar la belleza y elegirla ...*
5. *el altruismo que no es sólo solidaridad de emergencia, sino que nace del descubrimiento de la dignidad de cualquier ser humano.*
6. *... una cultura capaz de encontrar valor y gusto por las grandes cuestiones, las que atañen al propio futuro (NVNE 13).*

Si lo único que conseguimos al final de este proceso es una buena estructura organizativa y un buen proyecto apostólico ilusionante, será similar a la reestructuración de una empresa multinacional para cambiar los modelos de producción y producir más y mejor. No servirá de mucho, porque nosotros no somos una multinacional ni una empresa, sino **un cuerpo apostólico, eclesial**, y si no renueva la vida espiritual, la propia vocación personal y comunitaria y, en consecuencia, la misión, esta reestructuración no habrá logrado sus objetivos¹⁷.

Crear una **Cultura Vocacional carismática** no es nuevo... Lo hemos hecho siempre inconscientemente pero ahora se nos pide hacerlo consciente y desde otras claves de comunión de vocaciones, de apertura, de itinerancia, de pobreza y de discernimiento. Esta cultura vocacional carismática será la que las religiosas y laicos que viven un carisma estén generando. Querer cultivar una CV propia, dejando a los laicos como meros espectadores o receptores de nuestro carisma y vocación, es un error, no responde al momento actual. Recordemos una y otra vez que toda cultura es fruto de la interacción de las personas que la viven. No de los de fuera... y no de una pequeña parte, por importante que sea. Nadie arrima el hombro y se deja la vida en algo que no siente como destino propio, parte de su vida.

Todos estos cambios de estructura afectan a obras apostólicas que están llevadas por laicos, por lo tanto, deben estar presentes de alguna manera, no solo ser informados. ¿Cómo acompañamos y cuidamos la vocación laical en nuestra congregación? Dentro de los procesos formativos para la misión compartida, ¿dónde queda el crecimiento vocacional? Ningún apóstol lo es sin experiencia de discipulado. Que el estado primero y más habitual sea el laical seglar no quiere decir que todos los laicos creyentes hayan discernido su vocación y mucho menos que la hayan elegido con radicalidad.

Es un tema complicado. Sin quererlo, quizá hemos dedicado más fuerza, tiempo, personas y dinero a que conozcan a nuestros fundadores sin preguntarnos cuanto conocían y amaban a Cristo, que es el único que da sentido a nuestros fundadores. Y por tanto, hemos podido perder la fuerza vocacional de muchos educadores, profesionales, voluntarios ... **La misión compartida puede convertirse en suplencias laborales, amalgama indiferenciada de vocaciones, confusión entre lo laboral y lo vocacional...** Hemos de ser claros con nosotros mismos en las motivaciones, en lo que queremos proponer y a dónde queremos llegar.

Toda reestructuración supone también un cambio de acentos y prioridades vitales. De lo contrario... ¿para qué tanto esfuerzo si vamos a seguir teniendo la misma visión y horizonte?

- Pasa de “sumas y restas” a ... iintegrales!

Reducir la reestructuración a sumar, restar, multiplicar y dividir es confundir lo que se busca. Las restas y divisiones quizá estén más claras, pero la sumas pueden confundirnos. Al sumar unimos cantidades. Pero hay otra operación: las integrales, que para sumar cantidades fijan un “eje de integración”, lo que hace de ellas una herramienta matemática potentísima. Yo soy de

¹⁷ Cf. E.ROYÓN, La reestructuración de las provincias, CONFER.

letras, pero esta comparación¹⁸ me parece muy lúcida. Sumar no siempre es la operación más acertada. En ocasiones lo que tenemos que hacer es integrar. **¿Pero cuál es el eje de integración? ¿Qué criterios usar para poder sumar?** Sin duda, es una labor pendiente para quienes se les encomiende la puesta en práctica hoy de la reestructuración congregacional. La PJV puede ser uno de estos ejes de integración porque puede ser un proyecto apostólico que ilusiones a todos y es una pastoral llamada a ser “vocación de toda pastoral” (NVNE 26). Una PJV que apuesta por una renovada vivencia vocacional y un acercamiento decidido y confiado a los jóvenes. No se trata de hacer muchas cosas porque podemos liarnos a hacer y hacer y no cambiar nada de lo que somos y vivimos que, sin duda, es lo que más nos cuesta.

Seguramente habéis oído hablar de aquella anécdota en una tribu africana:

Un antropólogo propuso un juego a los niños de una tribu africana. Puso una canasta llena de frutas cerca de un árbol y le dijo a los niños que aquel que llegara primero ganaría todas las frutas. Cuando dio la señal para que corrieran, todos los niños se tomaron de las manos y corrieron juntos, después se sentaron juntos a disfrutar del premio. Cuando él les preguntó por qué habían corrido así, si uno solo podía ganar todas las frutas, le respondieron: UBUNTU, ¿cómo uno de nosotros podría estar feliz si todos los demás están tristes? UBUNTU, en la cultura Xhosa significa: "Yo soy porque nosotros somos."

Cultivar este valor y esta actitud es mucho más que sumar. Tiene en cuenta las peculiaridades de cada provincia o de cada zona, pero gesta una nueva que es mucho más que la suma de las anteriores. Y no puede ser solo nueva en la declaración de intenciones, sino en la estructura, también de la PJV. Si solo unimos fuerzas vivas de cada organismo para una nueva PJV pero no partimos de que alguien nuevo nos lidere e integre a todos y entre todos gestemos un nuevo proyecto, no hay novedad. Hay suma. 5 plátanos y 2 naranjas dan 7 frutas pero los plátanos siguen siendo plátanos y las naranjas, naranjas. Sólo si estamos dispuestos a dejar de ser lo que somos para ser algo mayor que pueda servir al Reino y al mundo en este momento... seremos capaces de ser otra cosa nueva. Cuando ponemos impedimentos para unirnos con otros, por razonables que sean, ¿no será que en el fondo pensamos que vamos a perder algo en esa nueva realidad?

Algo muy concreto a afrontar es cuál será la mejor **estructura organizativa** de pjv en cada instituto en estos momentos porque las propuestas no se sostienen solas. Es propio de los agentes de PJV ser creativos, soñadores, audaces... Es normal. Pero a veces esa capacidad puede herirnos si no va acompañada de lucidez y el respaldo de la institución con decisiones valientes, ajustadas en el tiempo. Crear nuevas estructuras o equipos pastorales integrando varios organismos, cuando aún no hay una decisión clara ni planificación real para que nazca algo nuevo, puede ser contraproducente, como echar vino nuevo en odres viejos (cf. Mc 2, 18-22). Lo nuevo implica dejar atrás lo anterior. Todas las provincias tienen una cultura, una historia y eso es un valor que da identidad a todos sus miembros. Pero cuando ese valor se prioriza por encima de un bien mayor, puede convertirse en un obstáculo, un palo en la rueda de la reestructuración que tendrá como efecto la dificultad en nuestra propuesta vocacional y en los equipos de pjv. En el fondo, quizá, indica falta de confianza en la bondad del momento, viviéndolo más la reestructuración como un mal menor que afrontar por la escasez de fuerzas. Y eso, está abocado al fracaso. No solo apostólico. También fraterno.

No se trata de lograr que todas las “partes” queden tranquilas y representadas, como un sistema de cuotas, sino de ver cómo responder mejor a la misión encomendada. Ojalá fuéramos capaces de discernir juntos con suficiente libertad y generosidad para ver desde los

¹⁸ *Todos a una con la pastoral con jóvenes.* Comunicación ofrecida en el Encuentro Interdiocesano de Pastoral con Jóvenes para curas y diáconos organizado por las diócesis de Bilbao, San Sebastián y Vitoria en el santuario de Arantzazu en febrero 2008.

diversos organismos qué persona o personas son más indicadas para una determinada misión, provenga de la cultura provincial y pastoral que provenga.

Cuando sólo “lo nuestro” es verdaderamente nuestro y lo común, común... no avanzamos. Necesitamos creer y vivir que lo común es nuevo y por tanto, tan nuestro como lo mío, lo de antes. Y esto a todos los niveles: económico, personal, de recursos, de ideas, de modos de proceder... Nuevos equipos y proyectos de PJV que sintamos tan nuestros como el de antes puede ser una potente herramienta en la reestructuración, un servicio que prestar.

- No tiene miedo a equivocarse ni a perder

El miedo siempre nos aleja, nos encoge y nos radicaliza. **Quien tiene miedo tiende a dar un paso atrás, a protegerse.** No puede arriesgar. No puede perder. No sé si en la VR hoy somos tan generosos con los demás como Dios lo es con nosotros. Vivimos angustiados porque bajan las entradas y suben las salidas... no solo de vocaciones sino de dinero. Cada vez pedimos o necesitamos mayores comodidades que antes eran impensables (aire acondicionado, diversas marcas de comida según gustos o personas, nuevas tecnologías...) y en muchos lugares no nos queda más remedio que retirarnos de misiones de vanguardia porque la gente envejece y no somos suficientes para continuar allí.

Podríamos recordar a Ananías y Safira en los Hechos (cf. Hch 5, 1-11). No se les reprocha que no den todo sino que pudiendo hacerlo lo nieguen y se guarden parte de sus bienes. ¿No nos pasará algo de esto a nosotros hoy? Creo que la Vida Religiosa y la Iglesia en general da muestras sobradas de su generosidad y solidaridad. Me refiero más bien a “guardarnos” parte de nosotros mismos por temor, por no arriesgar, por no perder, por no equivocarnos... Me pregunto más bien si no estaremos ocultando parte de los dones recibidos como la luz se oculta bajo el celemín (cf. Mc 4, 21-23), perdiendo parte de la radicalidad evangélica de nuestra vida. Entre los jóvenes no hay tanto anticlericalismo o anti Iglesia (que lo hay) cuanto una profundísima indiferencia: la VR no les cuestiona nada. No les conmueve. Quizá porque hemos ido adormeciendo lo que a nosotros mismos nos conmovía. Dejadme contaros un cuento:

EL OTRO YO (MICRO RELATO, M BENEDETTI)

Se trataba de un muchacho corriente: en los pantalones se le formaban rodilleras, leía historietas, hacía ruido cuando comía, se metía los dedos en la nariz, roncaba en la siesta, se llamaba Armando. Corriente en todo, menos en una cosa: tenía Otro Yo.

El Otro Yo usaba cierta poesía en la mirada, se enamoraba de las actrices, mentía cautelosamente, se emocionaba en los atardeceres. Al muchacho le preocupaba mucho su Otro Yo y le hacía sentirse incómodo ante sus amigos. Por otra parte, el Otro Yo era melancólico y, debido a ello, Armando no podía ser tan vulgar como era su deseo.

Una tarde Armando llegó cansado del trabajo, se quitó los zapatos, movió lentamente los dedos de los pies y encendió la radio. En la radio estaba Mozart, pero el muchacho se durmió. Cuando despertó, el Otro Yo lloraba con desconsuelo. En el primer momento, el muchacho no supo qué hacer, pero después se rehizo e insultó concienzudamente al Otro Yo. Éste no dijo nada, pero a la mañana siguiente se había suicidado.

Al principio la muerte del Otro Yo fue un rudo golpe para el pobre Armando, pero en seguida pensó que ahora sí podría ser íntegramente vulgar. Ese pensamiento lo reconfortó.

Sólo llevaba cinco días solo, cuando salió a la calle con el propósito de lucir su nueva y completa vulgaridad. Desde lejos vio que se acercaban sus amigos. Eso le llenó de felicidad e inmediatamente estalló en risotadas. Sin embargo, cuando pasaron junto a él, ellos no notaron su presencia. Para peor de males, el muchacho alcanzó a escuchar que comentaban: “Pobre Armando. Y pensar que parecía tan fuerte, tan saludable”.

El muchacho no tuvo más remedio que dejar de reír y, al mismo tiempo, sintió a la altura del esternón un ahogo que se parecía bastante a la nostalgia. Pero no pudo sentir auténtica melancolía, porque toda la melancolía se la había llevado el Otro Yo.

Histórica y teológicamente, la VR nace en un momento en que lo cristiano se había hecho tan “normal” y mediocre que ya no interrogaba a nadie. Metz lo califica de “rebelión intraeclesial, exageración de Dios... ser Pasión de Dios”¹⁹. Hombres y mujeres que hicieran presente con su vida el “SOLO DIOS” como algo real y verdadero. No porque lo demás fuera malo, sino como *memoria lesu* permanente y plástica. Nuestras distintas obras apostólicas son formas posteriores de encarnar a Dios en este mundo y hoy tendremos que seguir, como siempre, buscando a Dios, apasionados por él y por el mundo²⁰. Sin esto, perdemos en época de crisis la oportunidad de transformarnos para purificar lo esencial. Nos convertimos en algo insulso, soso... todo lo contrario de lo que Jesús nos pide siendo sal de la Tierra. O simplemente sólo somos atractivos para un tipo de jóvenes que huyen de lo inestable y buscan desesperadamente alguien que les dé seguridad y les diga cómo vivir y qué hacer y qué pensar y cómo rezar... el resto de su vida.

Quizá seguimos queriendo ser los centros neurálgicos de nuestros proyectos apostólicos (colegios, hospitales, área social...) y nos negamos a reconocer que los datos de realidad gritan diciendo que no es eso lo que podemos hacer. No nos dan las fuerzas. Pero estamos olvidando nuestro Otro Yo!, podríamos ser el corazón humano y espiritual de todo ello para los demás. Perdemos poder de decisión pero quizá ganáramos en evangelización, en calidad evangélica. Y eso supone un cambio de mentalidad total. Si sólo nos reestructuramos para no perder poder en nuestras obras, creo que estamos abocados al fracaso, antes o después.

Ofrecer al mundo personas formadas en lo espiritual, personas vertebradas para decir con su vida otra palabra distinta de la que dicen los bancos o los asesores de organizaciones... eso sí podría ser nuestra misión hoy. Eso sí es contracultural. Y eso, sin duda, crearía cultura vocacional. Qué triste sería que la gente cercana a nosotros, buscara en otros sitios lo que en nosotros no encuentra: en sesiones de relajación, de yoga, de meditación, de contacto con la naturaleza o de compromiso con la justicia...

Quizá en algún momento haya que contar con asesores o gente experta en organizaciones y cambios, sin hacernos mucho problema, sin miedo. Con la misma normalidad que si se rompen las tuberías de casa no intentemos solucionarlo nosotras, sino que llamamos a un fontanero... Sin más... Para poder dedicar nuestras fuerzas a lo que nadie puede hacer por nosotras... nuestro Otro Yo...

- Cuenta con los jóvenes... y los ancianos

Los macabeos son el mejor de los ejemplos: no los recordaríamos si no hubiera habido jóvenes capaces de dar la vida mientras su madre los miraba profundamente apenada y profundamente serena (2Mac 7), porque estaban haciendo lo que querían hacer. No los recordaríamos si no hubieran contado con el anciano Eleazar²¹, que lejos de decir frases como

¹⁹ J.B. METZ, *Pasión de Dios. La existencia de las órdenes religiosas hoy*, (Herder 1992) 15-16. También así se define la VR en Lumen Gentium 43: *pasión de Dios en el interior del mundo y en el seno de la Iglesia*.

²⁰ J.A. GARCÍA, *Desde el Vaticano II hasta hoy, cuatro paradigmas de VR* (CON ÉL, N° 6, etapa II, 2012).

²¹ *A Eleazar, uno de los principales maestros de la ley, hombre de edad avanzada y semblante muy digno, le abrían la boca a la fuerza para que comiera carne de cerdo. Pero él, prefiriendo una muerte honrosa a una vida de infamia, escupió la*

“yo ya di la vida... yo he pasado mucho y ahora merezco descanso”... optó por ser fiel a lo más pequeño (un trozo de carne) para dar testimonio a los que vendrán después de que esta vida merece la pena vivirla con radicalidad.

Son una llamada permanente a la fidelidad y autenticidad. Y nosotros, para mucha gente hoy, también estamos llamados a serlo. Quizá, por eso, el mayor riesgo que tenemos no es la disminución numérica sino la mediocridad espiritual²² que ya aparecía en *Caminar desde Cristo* (12-13). Una mediocridad que suele ir unida a la búsqueda de poder, al individualismo, al aburguesamiento, a la dureza de corazón... Rasgos que curiosamente son la otra cara de los rasgos que leemos y escuchamos una y otra vez cuando se nos dice qué necesita la VR hoy: ser humildes y sencillos, austeros, fraternos, humanos, cercanos a los más pequeños, comprometidos con la justicia. Y todo esto no puede venir solo de los más jóvenes, suponiendo que eso fuera posible. **Necesitamos entrar en esa dinámica todos y a cualquier edad, discerniendo siempre.**

La primera Iglesia fue una iglesia martirial, de testigos. Primero es la *martiría*, la referencia a personas que dan la vida en relación a una persona, a Cristo. Y para eso no hay edad. Jóvenes que eligen dar la vida sin doble vida, sin infantilismo, sin refugiarse en ciertas comodidades que da la institución, sin escatimar esfuerzos en nombre de los propios gustos o inclinaciones. Hombres y mujeres ancianos, que a pesar de estar enfermos, débiles, jubilados o inactivos, siguen alegres, centrados, orantes, formados, amando al mundo y al Evangelio. Esa fuerza sería imparable si estuviera activada, porque mayores desde luego, sí tenemos. ¿Acaso no provenían muchas conversiones en los primeros siglos de paganos que veían morir a los cristianos entre los leones? Y justamente, por su forma de morir y acercarse a la muerte, ellos decían: ¿quiénes son estos que cantan y bendicen con paz al salir al foso? ¿Quiénes son estos y qué hay en su vida que les permite vivir así cuando ya no tienen actividad laboral ni fuerzas ni prestigio ni salud?

Contar con los mayores no puede querer decir que sean ellos quienes tomen las decisiones en casa y en la misión. Si dejáramos que todo siga su curso, *“una persona joven que entrara hoy en la VR estaría condenada a vivir toda su vida como en casa de sus abuelos: con estilos comunitarios, estilos pastorales, proyectos y métodos que sirvieron a sus padres o a sus abuelos. Con conversaciones, ilusiones y preocupaciones de abuelos.... Nada halagüeño”*²³.

carne y avanzó voluntariamente al suplicio, como deben hacer los que son constantes en rechazar manjares prohibidos, aun a costa de la vida. Los que presidían aquel banquete ritual contrario a la ley, viejos amigos de Eleazar, lo llevaron aparte y le propusieron que hiciera traer carne permitida, preparada por él mismo, y que la comiera haciendo como que comía la carne del sacrificio ordenado por el rey, para que así se librara de la muerte y, dada su antigua amistad, lo trataran con consideración. Pero él, adoptando una actitud cortés, digna de sus años, de su noble ancianidad, de sus canas honradas e ilustres, de su conducta intachable desde niño y, sobre todo, digna de la ley santa dada por Dios, respondió todo seguido: ---¡Enviadme al sepulcro! No es digno de mi edad andar fingiendo. Muchos jóvenes van a creer que Eleazar, a los noventa años, se ha pasado a las costumbres paganas, y si miento por un poco de vida que me queda se van a extraviar con mi mal ejemplo. Eso sería manchar y deshonorar mi vejez. Y aunque de momento me librase del castigo de los hombres, no escaparía de la mano del Omnipotente, ni vivo ni muerto. Si muero ahora como un valiente me mostraré digno de mis años y dejaré a los jóvenes un noble ejemplo, para que aprendan a arrostrar voluntariamente una muerte noble por amor a nuestra santa y venerable ley. Dicho esto se dirigió enseguida al suplicio. Los que lo llevaban consideraron su discurso como una locura y cambiaron en crueldad la benevolencia que antes le habían demostrado. Él, a punto de morir bajo los golpes, dijo entre suspiros: ---Bien sabe el Señor, que posee la santa sabiduría, que, pudiendo libramme de la muerte, aguanto en mi cuerpo los crueles dolores de la flagelación, y los sufro con gusto en mi alma por respeto a él. Así terminó su vida, dejando no sólo a los jóvenes, sino a toda la nación, un ejemplo memorable de heroísmo y de virtud (2 Mac 6, 18-31).

²² J. ROVIRA, *La vida religiosa en Europa. Realidad actual y actitud teológico-espiritual*: F. PRADO (ed), *A donde el Señor nos lleve. Vida consagrada en el mundo, tendencias y perspectivas* (Publicaciones Claretianas 2004).

²³ J.A. GUERRERO, *Reestructuración con Espíritu*, CON ÉL nº 2, etapa II (diciembre 2011) 7.

De nuevo, se nos lanza a la confianza: no solo en Dios, sino también en el don recibido que es carisma compartido por todos los que formamos el Instituto en las distintas vocaciones, y confianza en los jóvenes que se incorporan –¡POR GRACIA!- a este proyecto de Dios.

4. Para acabar, “sin peros”: dispuestos a saltar...

- El salto teologal:

vivir más abiertos al Espíritu

Nadie niega que la situación es complicada. No hay pasos definitivos ni se nos asegura el éxito en las decisiones. Todo lo dicho, de lo más concreto a lo más general, pasa por el salto de FE, de CONFIANZA, al estilo de Indiana Jones: no vamos a ver el camino hasta que no demos el primer paso con pleno convencimiento, sin guardarnos nada. Y entonces, será Dios mismo quien nos ponga suelo firme a cada paso. Pero solo así, a cada paso, como dice el salmo 118: *lámpara es tu Palabra para mis pasos...*

Puede sonar a tópico, pero creo que es lo que nos toca en este momento: algo de oscuridad, bastante noche... También el pueblo de Israel caminaba a oscuras con Dios: *de día en una columna de nube para guiarlos; de noche, en una columna de fuego, para alumbrarles; así podían caminar día y noche* (Ex 13,21-22). Si Dios nos alumbraba en la noche y nos guía de día, ¡no seamos nosotros quien le digamos cómo debe hacer las cosas!

Así comentó el avance y la magia que supuso el descubrimiento de la electricidad un coetáneo: poder enroscar una bombilla y romper la noche. ¡Romper la noche! Una pequeña, humilde y frágil bombilla puede hacer eso: romper la noche. Quien hablaba así, lo supiera o no, era un poeta... La luz es divina pero la bombilla... la bombilla es nuestra... ¿Cómo ha podido el ser humano descubrirlo?... Han sido personas, seres humanos como nosotros, quienes, volcados con entusiasmo en su trabajo, han ideado la forma de conseguir la luz cuando el sol se va. Podemos romper la noche. No sólo somos ingeniosos e inteligentes, no sólo somos tenaces, voluntariosos. Somos poetas... Deberíamos tenerlo presente en los momentos de desánimo, cuando el presente nos abrumba con sus injusticias, cuando la impotencia arraiga en nuestro espíritu y vemos que no somos nada, una mínima partícula, inquieta y disconforme, que gira con el girar del planeta. Hemos inventado la luz, nuestra luz. Podemos romper la noche. ¿Es la huella divina? Quizá se nos hayan otorgado más dones de los que a primera vista parece que tenemos... Aspirar a tener esa capacidad, la de romper la noche, nos hace grandiosos, heroicos, seres a la búsqueda de lo imposible, de lo sagrado. Seres a la búsqueda de la luz. Ya veces sucede, a veces encontramos la luz²⁴.

En este momento, no pueden tomarse decisiones aisladas, por buenas que sean. Tampoco en PJV. La respuesta será global, en cada Institución, o no se mantendrá. Pero la PJV puede ser memoria vocacional para estos procesos; memoria de que el centro de nuestra vida está llamado a ser también el centro de la reestructuración cuando nos ponemos a organizar y a decidir... porque si no, nos perdemos y no alumbramos. *“Cuanto más lejos del Sinaí, más disminuidos”,* dice un proverbio judío²⁵. Cuanto más nos alejemos de aquello que da el significado a nuestra vida, más nos debilitamos.

Tenemos pocos recursos, pocas personas y mucha demanda, mucha mies... Soñar alto es fundamental. Necesitamos guiarnos por los sueños y no por los miedos, pésimos consejeros... Y soñar de tal manera que sepamos que estamos soñando, que no perdemos el contacto con la realidad. No es fácil. Ayudémonos unos a otros en lugar de acusarnos como hacían con José: *¡por ahí va el*

²⁴ SOLEDAD PUÉRTOLAS, *Romper la noche* (artículo aparecido en un Semanal. No tengo la referencia).

²⁵ J.CHITTISTER, *Las ocho montañas de la Vida Consagrada. Espiritualidad para hoy* (Publicaciones Claretianas 2010), 6-7.

soñador, la soñadora... miradle! Cada vez creo más que “llegamos allá donde fijamos la mirada”...pero eso solamente si de verdad apostamos por los sueños en la realidad.

Una pequeña parábola para terminar a modo de aviso para navegantes:

Una bandada de aves en forma de “V” cruzaba el cielo cuando una nube curiosa que les vio, quiso saber adónde se dirigían y qué planes tenían. Esperó cruzarse en su camino y, con delicadeza, sin molestar ni entorpecer la marcha, que adivinaba sería importante, se acercó cuidadosamente al último pájaro en una de las ramas de la “V” y le preguntó:

- Dime, querido pájaro, si se puede saber y puedes decírmelo, ¿adónde os dirigís en un vuelo tan recto y tan largo, y qué vais a hacer allí?

El pájaro, sin dejar de volar al ritmo de sus compañeros, contestó:

- ¡Ay, si yo lo supiera! Pero no tengo ni idea. Yo no hago más que seguir al compañero que me precede. Voy adonde va él, y vuelo hacia donde él vuela. Pregúntale a él. Él lo sabrá.

La nube se adelantó un poco, hasta alcanzar al pájaro anterior, y recibió la misma respuesta. Y así fue pasando de un pájaro a otro y de una rama de la “V” a la otra, sin lograr saciar su curiosidad. Todos le decían que ellos no sabían nada y que preguntase a los demás, que ellos sabrían. Pero nadie sabía nada. Cada uno seguía al que tenía delante, sin preguntarse más, y no podían dar respuesta.

A la nube se le acrecentaba la curiosidad con ello, y no le quedó más remedio que dirigirse al pájaro del vértice de la “V” aún a riesgo de molestarlo y distraerlo en su importante tarea de liderar el grupo. Se disculpó y le preguntó adónde iba con todos aquellos compañeros que los seguían.

El pájaro de guía contestó:

- ¡Qué más querría yo que saberlo! No tengo ni idea de adónde vamos. Pero todos éstos me vienen empujando por detrás, y no tengo más remedio que seguir volando, aunque sin saber adónde me llevan. ¡Ellos lo sabrán! Pregúntaselo a ellos.

(Herminio Otero / Parábolas en son de paz)

No vamos a terminar así... esto no nos pasa, pero por si acaso, tengámoslo en cuenta. Atrevámonos a preguntarnos y a poner en duda lo que sea necesario, si eso conduce a mayor verdad y a mayor lucidez. No tengamos miedo. Pero tampoco nos volvamos locos recurriendo solamente a los gurús técnicos del momento, que los necesitamos, pero no pueden tener ni la primera ni la última palabra. Por eso quiero terminar con este pequeño fragmento, precioso, que tenéis copiado en las hojas. Esto que se dice de cada persona creo que se puede decir de la Iglesia, de cada comunidad eclesial y por supuesto, de cada uno de nuestros Institutos, porque están vivos y existen porque Dios los ama y si no, no existirían. Tienen una vocación y una misión que los engrandece infinitamente. Y eso es un ámbito “natural” para la gente de PJV... o debería serlo cuando estamos decididos a promover y vivir en una nueva cultura vocacional.



Las decisiones globales son mucho más complicadas que todo eso y la realidad se impone muchas veces... pero podemos romper la noche... No lo olvidemos. Más aún, en nosotras mismas, al interior, donde está el tesoro por el que decidimos dejarlo todo, está el mapa para volar sabiendo donde vamos:

En nosotros se encuentra una dimensión oculta que me gustaría llamar un «mapa del cielo», como el que se dice que tienen las aves migratorias que trazan en el cielo su camino [...] Si esto es así, no cabe duda de que es importante que volvamos a aprender a descifrar este mapa o esta frase, como si se tratara quizás de nuestro más profundo secreto. Y que, aunque sin saberlo, nos comunica la vida, encerrado dentro de nuestro corazón, como si fuera la lamparilla trémula, pero indudable, del santuario. Lamparilla vacilante [...] que tenemos que amparar y proteger con nuestras manos, ya que ha sido colocada en nosotros por Aquel que ha hecho de nosotros una maravilla casi insospechada a nuestros propios ojos, pero a quien tenemos el derecho de creer y el deber de amar²⁶.

²⁶ A. GESCHÉ, *El destino* (Sígueme 2007) 57-58.

La solana

Tobit: Tiempo de recordar y tiempo de agradecer

Ángel Aparicio Rodríguez, cmf

Ambientación

«Todo tiene su tiempo y sazón»; así inicia el autor de Eclesiastés su poema sobre el tiempo (Qo 3,1). No se le pida al niño o al adolescente que haga memoria de su pasado. Aún no lo tiene. Tampoco se le exija al anciano que renuncie a sus recuerdos. Es su mundo. Hay, pues, tiempos para recordar y tiempos para olvidar. ¡Tantos ancianos no recuerdan nada! Aquellos que se mantienen lúcidos en la ancianidad no se recluyen en el pasado; también viven los afanes y los gozos del momento presente, y se asoman con entereza y confianza al porvenir. El verbo «agradecer» vale para cualquier tiempo

El autor del libro de Tobías concede a su protagonista, Tobit, una edad plena, símbolo de la bendición de Dios sobre el justo. Tobit murió a la edad de ciento doce años. Casi a la mitad de su vida, cuando tenía sesenta y dos años, se quedó ciego. Después de recuperar la vista, aún vivió en la abundancia, sin omitir ninguna de las prácticas caritativas o piadosas. Con tres verbos perfilamos el rostro del anciano Tobit: Recordar, sufrir, agradecer.

Tiempo de recordar

El autor del libro convierte a su protagonista en escritor: «Yo, Tobit, me he mantenido en las sendas de la verdad [...]». Literariamente nos lega Tobit su autobiografía. El escritor presenta al personaje evocando su genealogía.

El protagonista se llama «Bondad» (Tobit). Su hijo es Tobías, nombre que proclama la bondad divina. Es un nombre confesional que significa: «Mi bien es Yahvé». El pueblo de Dios, disperso entre las naciones, ha de buscar asideros para su fe y su unidad. De ahí que sea necesario recordar.

El autor del libro, y con él el protagonista, recuerda la genealogía de Tobit. Todos sus antepasados llevan la marca divina. Sus nombres son confesionales. El padre de Tobit se llamaba «Mi-bien-es-Dios» (Tobiel); su abuelo, «Dios-es-benevolente» (Ananiel). Éste era hijo de «Dios-es-alegría» (Aduel), de «Dios-es-excelso» (Gabael), de «Dios-cura» (Rafael), de «Dios-es-amigo» (Ragüel). Dios ha sido invocado en el seno de esta familia desde generaciones. Contrastan estos nombres confesionales con la hostilidad a la fe que se vive en la tribu de Neftalí, a la que pertenece la familia de Tobit. ¿No es la situación en la que vive un pueblo disperso entre las naciones? ¿No es nuestra situación actual?

El protagonista de la novela que es el libro de Tobías sintetiza toda su vida en una sola frase: «Me he mantenido en las sendas de la verdad y la justicia a lo largo de toda mi vida» (Tob 1,3). Esa verdad y justicia se concretizan en la limosna, las peregrinaciones periódicas a Jerusalén, la entrega de los diezmos y en enterrar a los muertos. Merece la pena mantener firmes estos recuerdos

La Luz que brilla en las tinieblas es Dios, «tierno, clemente y justo». La luz divina tintinea en nuestra tierra siempre que exista un piadoso limosnero. Le adornan tres cualidades, como réplica de los atributos divinos: el hombre bueno (Tobit), en efecto, es «dávioso, tierno y atento» (Sal 112,4-5). Tobit, tocado por la bondad divina, está dispuesto a abajarse hacia donde están los pobres y compartir con ellos cuanto tiene. Tobit está dotado de una generosidad sin reservas. Antes de morir, inculca a Tobías que enseñe a sus hijos a practicar la limosna, que les salvará de la trampa mortal. Los ancianos lo han entregado todo, ellos mismos se han dado. ¿No merecen nuestro reconocimiento?

Con las peregrinaciones a Jerusalén, ciudad elegida por Dios entre todas las tribus de Israel, Tobit reconoce que Dios habita en su templo santo. Es el lugar indicado tanto para ofrecer sacrificios como para pagar los diezmos. Todo le pertenece a Dios. La tierra y la prosperidad son suyas, la vida y también la muerte de él proceden. Dios está por encima de todo. ¡Con qué nostalgia recuerda Tobit los tiempos pasados! «Yo, sin embargo, acudía muchas veces, *por lo general solo*, a las fiestas de Jerusalén» (1,6). En el templo santo adoraba al Dios bueno y cumplía sus deberes religiosos. ¿No son nuestros ancianos, al menos algunos, un ejemplo de piedad para los menos mayores?

La caridad para con los muertos es la característica más notoria de Tobit. Si un cadáver no es enterrado, el difunto vagará eternamente sin llegar nunca al lugar del reposo. Esto lo sabe Tobit. No duda en arriesgar su vida y su hacienda con tal de que sus hermanos, los hijos de su pueblo, entren en el descanso eterno. Así se comportó Tobit cuando era joven y también siendo ya viejo. Arriesgó su vida y sus riquezas por los demás. Este y otros recuerdos son una magnífica herencia para la generación sucesiva.

Tiempo de sufrir

El protagonista del libro vive en la diáspora, insisto. Los dolores mortales de la destrucción y los horrores de la deportación pertenecen a épocas pasadas, pero se actualizan cada vez que es asesinado un hijo del pueblo disperso. Los asesinados le recuerdan a Tobit las palabras de Amós: «Vuestras fiestas se cambiarán en luto / y todos vuestros cantos en lamentaciones» (Tob 2,6). Así se le agrió a Tobit el festín que le habían preparado con motivo de la fiesta de Pentecostés. Cuando su hijo le notifica que ha sido asesinado uno de nuestro pueblo, Tobit se echó a llorar. Lo enterrará, como era su proceder, pero todos afearán su conducta: no ha escarmentado. En el pasado tuvo que huir por una cosa así, con tal de salvar la vida, y «todavía no ha escarmentado», dicen de él.

Un accidente desgraciado le provoca una enfermedad que le deja ciego sin que los médicos puedan remediarlo. Permanecerá ciego «durante cuatro años en medio de la aflicción de mis parientes» (2,10). Uno de esos parientes le ayudará durante dos años; pero tuvo que marcharse y dejar a Tobit en la absoluta miseria.

Su propia mujer se le pone en contra. Tobit no cree que sea un regalo el cabrito que oye balar en casa. Tobit insta a su mujer a que devuelva lo robado. Ana le recrimina del siguiente modo: «¿Dónde están ahora tus limosnas? ¿Dónde están ahora tus buenas obras? Está bien claro, pues ya ves lo que te ocurre» (2,15). El protagonista confiesa: «Me quedé muy entristecido, me eché a llorar con gemidos, y entre sollozos comencé a rezar» (3,1). Todos han abandonado a Tobit. Su mujer ya no es su «ayuda», sino su «adversaria». En esta situación de dolor y de abandono, Tobit se dirige al Señor. Lleno de amargura pide morir: «Haz conmigo lo que bien te parezca; / quitame la vida, si quieres [...] / Prefiero la muerte / a tener que vivir tanta miseria en mi vida / y a tener que escuchar tantos insultos».

Tobit, como Job, no establece una relación directa entre virtud y prosperidad; pero, al contrario que Job, reconoce que su sufrimiento es algo merecido por sus pecados: «Es verdad que tú actúas lealmente / cuando me castigas por mis pecados...» (3,5). ¿Y si el que sufre no ha cometido maldad alguna ni se ha encontrado engaño en su boca? El sufrimiento de los inocentes; ¿ese es el problema!... Es el momento de dirigir la mirada hacia el inocente Jesús y aprender a vivir el dolor con él. Es el momento de descubrir el buen querer de Dios, cuyo rostro se presenta en el cáliz del dolor. Es el momento de decir con toda verdad lo que tantas veces hemos dicho: «Hágase tu voluntad». Los dolores del presente no tienen el mismo peso de la gloria que un día se nos manifestará.

Tiempo de agradecer

Superadas todas las dificultades, curadas todas las heridas, después de que Tobías regresara a casa con Sara, su mujer liberada de los maleficios, una vez que Tobit es nuevamente bendecido en abundancia, el protagonista del libro entona su cántico de bendición al Señor.

La mirada de Tobit se eleva por encima de sí mismo, y se fija en Dios «que vive para siempre» (13,2). ¡Bendito sea! En sus manos tiene el castigo y la compasión, hundir hasta el abismo profundo y sacar de él. ¡Bendito sea! Todo está en sus manos. Nada escapa a su poder. ¡Bendito sea!

A continuación contempla a su pueblo disperso por el ancho mundo. Aunque esté lejos del templo y no habite en la tierra santa, el pueblo de Dios ha de confesar a su Dios y Señor entre los gentiles. Él, y no otro, ha dispersado a Israel entre las naciones. Es justo y necesario que los israelitas proclamen la grandeza divina, dondequiera que se encuentren y ensalcen a su Dios ante todos los vivientes. El Señor continúa siendo el padre del pueblo, y lo será por todos los siglos. Una forma de confesar a Dios ante las gentes es reconocer que la lejanía de la tierra santa es un castigo por los delitos. Pero Dios no está siempre acusando, ni guarda rencor perpetuo. Llegará el día en que se compadecerá de sus hijos y los conducirá nuevamente a la tierra de los antepasados. Así sucederá si el pueblo se convierte a Dios como condición previa para que Dios no oculte su rostro. Cuando se realice esta doble vuelta, será llegado el momento de ensalzar al rey de los siglos.

Los israelitas dispersos pueden fijarse en Tobit. Aun viviendo en tierra extranjera, da gracias a Dios, a la vez que anuncia la grandeza y el poder divinos a los pecadores. Acaso estos se conviertan, como deben hacer los israelitas de la diáspora, y encontrarán benevolencia y compasión por parte de Dios. Aunque no se conviertan los gentiles, Tobit no cesará de ensalzar a su Dios y de celebrar su grandeza.

La altura inaccesible del cielo, el ancho mundo y el reducido espacio en el que vive Tobit son ámbitos adecuados para entonar la acción de gracias. Como buen israelita, Tobit lleva pegados al alma dos amores irrenunciables: el amor a Jerusalén y el amor al templo. Llegue pronto el día en el que todos puedan celebrar y alabar a Dios en la ciudad reconstruida. No se demore el tiempo de reedificar el templo. Cuando esto suceda, Dios mostrará su amor eterno a todos los humillados. Más aún, todos los habitantes del orbe acudirán con regalos al templo de Jerusalén e invocarán el nombre santo de

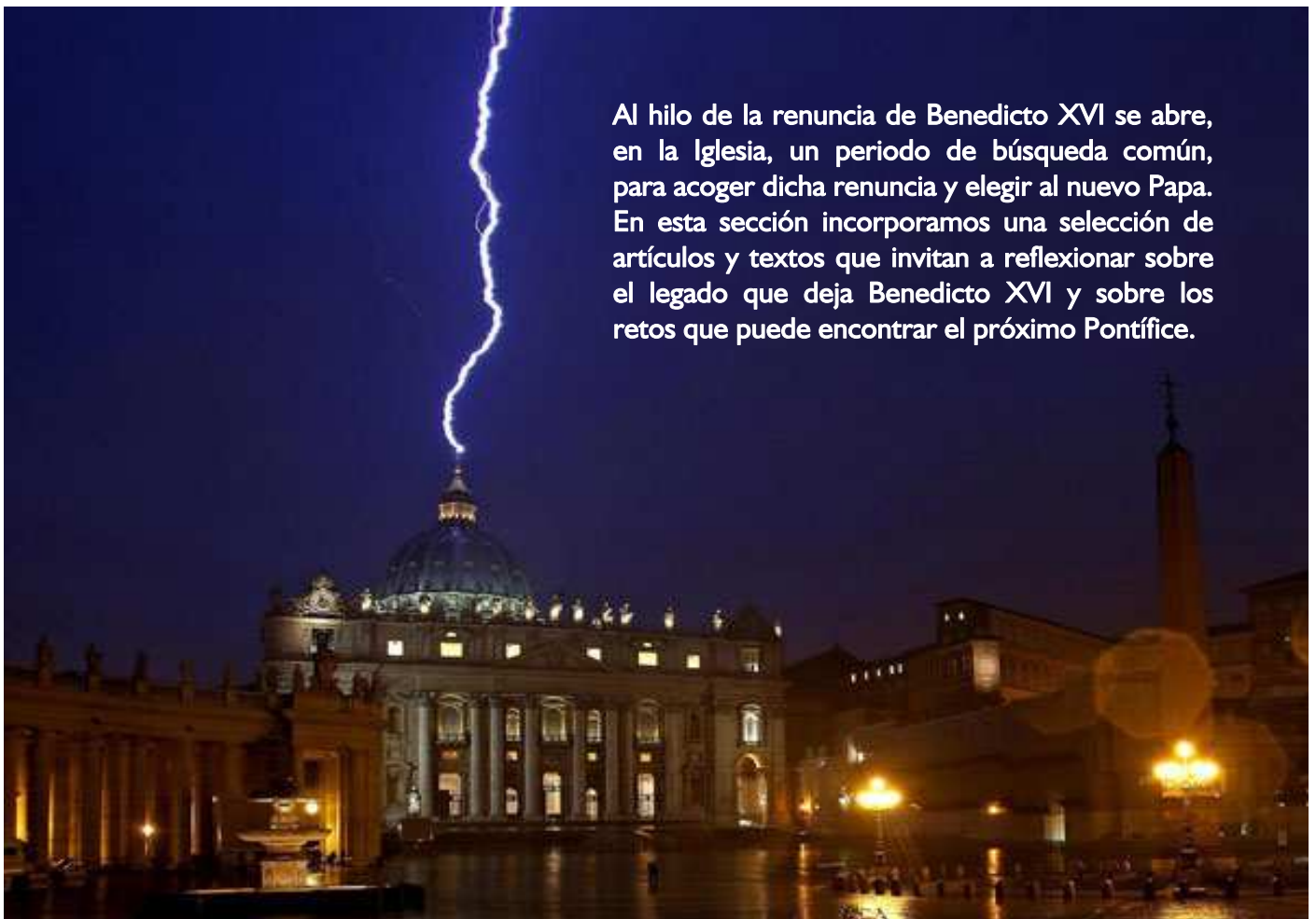
Dios. Tobit, por su parte, se considera dichoso, ya ahora, con tal de que uno de sus descendientes pueda ver la belleza de la nueva Jerusalén y del nuevo templo. Habrá llegado el momento de entonar el aleluya eterno, como palabra última de toda la historia.

* * *

Le está permitido al anciano no sólo recordar el pasado, sea cual fuere: sin duda que Dios ha ido dejando vestigios de su presencia a lo largo de la historia personal del anciano. También le es lícito al anciano vivir el momento presente, tan frecuentemente poblado de soledades, cuando no de sufrimientos físicos, psíquicos o espirituales. ¿No es posible afrontar el presente doloroso sin pedir a Dios que nos quite la vida, sino unidos al Varón de dolores? ¿Y por qué no soñar en un futuro espléndido ahora que sabemos que Jerusalén ha sido definitivamente reconstruida? En la nueva Jerusalén ya no hay templo alguno, porque Dios y el Cordero son su templo. En este nuevo templo, mejor y más amplio que el antiguo, se entona el aleluya eterno. En el nuevo templo «Todas las cosas dirán: / ¡Aleluya, bendito sea el Dios de Israel! (13,18). La última palabra de la creación no es «ten piedad de mí, Señor», sino «¡Aleluya!»: Alabad al Señor.

El anaquel

La renuncia de Benedicto XVI



Al hilo de la renuncia de Benedicto XVI se abre, en la Iglesia, un periodo de búsqueda común, para acoger dicha renuncia y elegir al nuevo Papa. En esta sección incorporamos una selección de artículos y textos que invitan a reflexionar sobre el legado que deja Benedicto XVI y sobre los retos que puede encontrar el próximo Pontífice.

Discurso de Benedicto XVI al Consistorio de Cardenales

Queridísimos hermanos,

Os he convocado a este Consistorio, no sólo para las tres causas de canonización, sino también para comunicaros una decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia.

Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino. Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando.

Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de San Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado.

Por esto, siendo muy consciente de la seriedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, que me fue confiado por medio de los Cardenales el 19 de abril de 2005, de forma que, desde el 28 de febrero de 2013, a las 20.00 horas, la sede de Roma, la sede de San Pedro, quedará vacante y deberá ser convocado, por medio de quien tiene competencias, el cónclave para la elección del nuevo Sumo Pontífice.

Queridísimos hermanos, os doy las gracias de corazón por todo el amor y el trabajo con que habéis llevado junto a mí el peso de mi ministerio, y pido perdón por todos mis defectos.

Ahora, confiamos la Iglesia al cuidado de su Sumo Pastor, Nuestro Señor Jesucristo, y suplicamos a María, su Santa Madre, que asista con su materna bondad a los Padres Cardenales al elegir el nuevo Sumo Pontífice.

Por lo que a mi respecta, también en el futuro, quisiera servir de todo corazón a la Santa Iglesia de Dios con una vida dedicada a la plegaria.

Vaticano, 10 de febrero 2013

Handwritten signature of Benedictus PP XVI in black ink on a white background.

Saludo del Card. Tarcisio Bertone, -a Benedicto XVI al final de la santa misa de miércoles de ceniza-

Beatísimo Padre:

Con sentimientos de gran conmoción y de profundo respeto no sólo la Iglesia, sino todo el mundo, han recibido la noticia de su decisión de renunciar al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor del Apóstol Pedro.

No seríamos sinceros, Santidad, si no le dijéramos que esta tarde hay un velo de tristeza en nuestro corazón. En estos años, su Magisterio ha sido una ventana abierta a la Iglesia y al mundo, que ha dejado filtrar los rayos de la verdad y del amor de Dios, para dar luz y calor a nuestro camino, también y sobre todo en los momentos en los que las nubes se condensan en el cielo.

Todos nosotros hemos comprendido que es precisamente el amor profundo que Vuestra Santidad tiene por Dios y por la Iglesia aquello que le ha llevado a este acto, revelando esa pureza de ánimo, esa fe robusta y exigente, esa fuerza de la humildad y de la mansedumbre, junto a un gran valor, que han distinguido cada paso de su vida y de su ministerio, y que pueden venir sólo de estar con Dios, de estar a la luz de la Palabra de Dios, de subir continuamente a la montaña del encuentro con Él para después descender a la ciudad de los hombres.

Santo Padre, hace pocos días, con los seminaristas de su diócesis de Roma, usted nos dio una lección especial: dijo que siendo cristianos sabemos que el futuro es nuestro, el futuro es de Dios, y que el árbol de la Iglesia crece siempre de nuevo. La Iglesia se renueva siempre, renace siempre. Servir a la Iglesia con la firme convicción de que no es nuestra, sino de Dios, que no somos nosotros quienes la construyen, sino que es Él; que podemos decir con verdad la palabra evangélica: «Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17, 10), confiando totalmente en el Señor, es una gran enseñanza que usted, también con esta sufrida decisión, nos da no sólo a nosotros, Pastores de la Iglesia, sino a todo el Pueblo de Dios.

La Eucaristía es dar gracias a Dios. Esta tarde queremos dar gracias al Señor por el camino que toda la Iglesia ha realizado bajo la guía de Vuestra Santidad y deseamos decirle desde lo más íntimo de nuestro corazón, con gran afecto, conmoción y admiración: gracias por habernos dado el luminoso ejemplo de simple y humilde trabajador de la viña del Señor; un trabajador, en cambio, que ha sabido en cada momento llevar a cabo lo que es más importante: llevar a Dios a los hombres y llevar a los hombres a Dios. ¡Gracias!

Palabras del Card. Angelo Sodano, Tras el anuncio de la renuncia de Benedicto XVI

«¡Santidad, amado y venerado sucesor de Pedro, como un rayo caído del cielo, ha resonado en esta aula su emocionado su mensaje! Lo hemos escuchado con una sensación de asombro, casi con incredulidad. En sus palabras hemos percibido el gran afecto que desde siempre siente hacia a la Santa Iglesia de Dios, hacia esta Iglesia que Usted ama tanto. Ahora permítame decirle, en nombre de este Cenáculo apostólico, el Colegio de Cardenales, en nombre de sus queridos colaboradores, que estamos más que nunca, aún cerca de usted, así como lo hemos estado en estos luminosos ocho años de su pontificado. El 19 de abril de 2005, si bien recuerdo, al final del Cónclave, le pregunté, con voz emocionada yo también “¿Aceptas tu elección canónica como Sumo Pontífice?”, Y usted no tardó, aun con trepidación, en responder, diciendo que aceptaba, confiando en la gracia del Señor y en la maternal intercesión de María, Madre de la Iglesia. Al igual que María, ese día usted dijo su “Sí” y comenzó su luminoso pontificado, en el surco de la continuidad, de esa continuidad, de la que usted tanto ha hablado de la historia de la Iglesia, en la estela de continuidad con sus 265 predecesores en la cátedra de Pedro, siguiendo las huellas de 2 mil años de historia, desde el apóstol Pedro, el humilde pescador de Galilea, hasta los grandes Papas del siglo pasado, desde San Pío X al Beato Juan Pablo II.

Santo Padre, antes del 28 de febrero, como usted ha dicho, el día en el que desea poner fin a su servicio pontifical, cumplido con tanto amor y con tanta humildad, antes del 28 de febrero, tendremos la oportunidad de expresarle mejor nuestros sentimientos. Así harán también tantos pastores y fieles de todo el mundo, así como tantas personas de buena voluntad, junto con las autoridades de numerosos países.

Además, en este mes tendremos todavía la alegría de escuchar su voz de pastor, ya el próximo día miércoles de ceniza, luego el jueves con el clero de Roma, en los Ángelus de estos domingos y en las audiencias de los miércoles. Así que habrá muchas oportunidades todavía para oír su voz de Padre. Pero su misión continuará. Usted ha dicho que siempre estará cerca de nosotros con su testimonio y su oración. ¡Claro que sí, las estrellas en el cielo siempre siguen brillando y así brillará siempre en medio de nosotros la estrella de su pontificado ¡Estamos cerca de usted, Padre Santo, Bendíganos!»

El poder de la conciencia: un brindis por el papa Benedicto XVI

Julio L. Martínez, sj

Rector de la Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE

«Si yo pudiese brindar por la religión después de una comida –lo que no es muy indicado hacer– brindaría por el papa. Pero antes por la conciencia, y luego por el papa». A esta célebre frase de la Carta al Duque de Norfolk de John Henry Newman, uno de los teólogos que más le ha influido al papa Benedicto XVI y al que beatificó en su memorable viaje a Inglaterra en septiembre de 2010, el papa alemán le hizo la siguiente glosa: sólo se entiende rectamente el poder del Papado si se le ve fundado en la conciencia y por ella garantizado, y no como algo opuesto a ella.

Cuando a media mañana del lunes 11 de febrero de 2013 me enteré de que Ratzinger renunciaba a la Cátedra de Pedro me brotó imparable un sentimiento de consolación, y no precisamente por alegría ante su retirada, sino porque se trata de un acto que expresa la libertad de manera cristalina. Ciertamente es una decisión desafiante, con importantes consecuencias institucionales y no exenta de dificultades.

Un acto de libertad como el que tenemos delante sobrecoge y desarma. Nos introduce en el misterio de lo humano hasta el punto de ponernos casi desnudos ante Dios. Al dejarnos impactar por un acto así, barruntamos que la verdadera libertad es «signo eminente de la imagen divina en el ser humano» y que, siendo tarea intransferible de cada uno, es también don de Cristo. Esas palabras de la constitución conciliar *Gaudium et spes* 17, que vienen justo después de las quince hermosas líneas del Concilio sobre la conciencia moral.

Para mí Ratzinger ha sido sin duda un gran papa, aunque he de reconocer que su elección me resultó bastante decepcionante. Ha sido un gran papa por afrontar con decisión asuntos muy duros que estaban tapados y desprendían mal olor; también por no dejarse embaucar por prejuicios sobre determinados colectivos de la Iglesia (la confianza renovada a la Compañía de Jesús no es un gesto menor). Ha sido un gran papa cuando, rompiendo esquemas, en su primera encíclica –la programática– se situó él mismo y nos situó a los demás en la experiencia más radical que hace que la vida tenga sentido, tanto la vida de un cristiano como la de cualquier otra persona. Con *Deus caritas* est sucedió como si Benedicto no tuviera más alternativa que la de ir a la fuente, a lo esencial, a lo fundante de la experiencia humana. Lo que está por debajo y por encima de toda forma de doctrina, norma o poder. Aquello sin lo cual ningún proyecto cristiano vale la pena ni puede acreditarse; sin lo cual ninguna propuesta doctrinal resulta convincente y ninguna regulación de comportamiento atractiva. Aquello que es siempre nuevo, siempre mayor, siempre en camino: el amor.

Y ha sido un hombre de una pieza, que ha traslucido la coherencia entre la vida y la doctrina, entre la ortopraxis y la ortodoxia, como le ha gustado decir. Como un mantra benéfico siempre ha referido todo –el amor, la libertad, la caridad, la justicia, el desarrollo, la paz, la conciencia...– a la verdad. Sus palabras no dejan duda: «la conciencia es la presencia perceptible e imperiosa de la voz de la verdad dentro del sujeto mismo; la superación de la mera subjetividad en el encuentro entre la interioridad del hombre y la verdad que procede de Dios.» Ahí se ha colocado en este momento de su vida superando presiones, intereses particulares o intrigas palaciegas. Acaso el escándalo de las filtraciones en el que estuvo implicado su mayordomo personal y que puso en evidencia movimientos sinuosos dentro del Vaticano fue el aldabonazo necesario para recibir el coraje evangélico de renunciar. Ser

libre es lo opuesto a ser un títere al que otros utilizan, y ha querido ser evangélicamente libre sobre todo ahora que las fuerzas le faltan, haciendo con ello un servicio más a la Iglesia y al mundo.

Con su enorme acto de libertad renunciando al Papado, a mí me ha hecho entender de verdad y como nunca que «la conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo.» Le doy las gracias de todo corazón por su vida entregada a la Iglesia y por su libertad ejercida desde el santuario de la conciencia.

La sabiduría nunca envejece

Shimon Peres,
Presidente de Israel

Estoy disgustado por la decisión del Papa de renunciar al pontificado. Se trata de una decisión original, porque él es un hombre original y valiente. Le considero un líder espiritual extraordinario y único.

Creo que la contribución de Benedicto XVI ha tenido un impacto importante. Es un hombre de pensamiento profundo. El cuerpo puede envejecer, pero la sabiduría nunca envejece. Su compromiso por la paz y la humanidad es auténtico. Tiene la sinceridad del verdadero creyente, la sabiduría de quien comprende los cambios de la historia y la conciencia de que, a pesar de las diferencias, no debemos convertirnos en extraños o enemigos.

En el ámbito de las relaciones entre la Iglesia católica y el pueblo judío, ha realizado numerosos gestos. Ha afirmado que el pueblo judío no es responsable de la muerte de Jesús; ha subrayado que los judíos son “nuestros hermanos mayores” y ha dicho que Dios jamás ha abandonado al pueblo judío. Ha visitado Israel y el Templo mayor en Roma para expresar su amistad y su solidaridad. En Israel le acompañé personalmente. Y fue amigable de un modo excepcional y verdaderamente lleno de afecto. Oró por la paz en Oriente Medio, justamente como hacemos otros y yo.

No puede ser considerado como el líder administrativo del Vaticano, sino como la guía espiritual, dotada de profundidad, conocimiento y sabiduría. Le considero un amigo. Le deseo todo bien y permaneceré en contacto con él.

En Jerusalén oraremos para que pueda recuperar la fuerza física y ofrecer su propia sabiduría, profundidad y amistad a todos los pueblos, a todas las religiones.

Le recordaremos con respeto y estima por todo lo que ha hecho.

Elogio de una renuncia

Manuel Fraijó

catedrático de Filosofía de la Religión de la UNED

Con su gesto, Benedicto XVI ha quedado investido de la autoridad del “testimonio”, la que Jesús de Nazaret más elogió. Antes, en sus libros, Ratzinger nos dejó la autoridad de la “argumentación”. Ahora se retira a rezar

Dejó dicho el filósofo alemán Hegel que los grandes hombres no son solo los grandes inventores, sino aquellos que cobraron conciencia de lo que era necesario en un determinado momento de la historia. Benedicto XVI ha considerado necesario, como hace cinco siglos lo consideró el austero y piadoso monje Celestino V, renunciar libre y responsablemente al pontificado. No es, por cierto, su primera gran renuncia. Hace más de 40 años renunció a su cátedra de Teología en la Universidad de Tubinga, una de las más prestigiosas de Alemania y del mundo. En aquella ocasión también alegó “falta de fuerzas”. No se sentía capaz de comprender las exigencias de la revolución universitaria de Mayo del 68; confesó, además, que los aires teológico-filosóficos que soplaban en la hermosa ciudad del Neckar, en la que el canto heterodoxo del filósofo marxista E. Bloch a la esperanza recibía aplausos y parabienes de la teología católica y protestante, no respondían a su propia articulación de la esperanza cristiana. El teólogo Ratzinger sintió que Tubinga no era su casa y la cambió, en un gran gesto de generosa renuncia, por Ratisbona, cuya modesta Facultad de Teología no podía competir con la de Tubinga. No recuerdo ningún precedente similar. El resto es bien conocido: de Ratisbona fue llamado por Juan Pablo II a los honores y responsabilidades que todos conocemos y a los que renunciará el próximo día 28 de febrero.

Benedicto XVI ha alegado “falta de fuerzas” para realizar convenientemente su misión. Sin embargo, papas con muchas menos fuerzas que él no contemplaron la posibilidad de renunciar. Sin duda, también ellos lo hicieron desde su sentido de la responsabilidad, pensando que era lo que la tradición de la Iglesia les exigía; pero, sin ánimo de echar a pelear a unos papas contra otros, valoro extraordinariamente el gesto de Benedicto XVI. Cuando fue elegido Papa, algunos de los que habíamos tenido la suerte de escuchar, por poco tiempo, sus clases comentábamos: “Es demasiado inteligente para limitarse a ser un papa conservador”. Reconozco que, durante su pontificado, no pocas veces nos tuvimos que “tragar” nuestro optimista pronóstico. Cabizbajos concedíamos que su actuación no respondía a lo que habíamos esperado, tal vez soñado.

Pero, así como hay un tiempo para ejercer la crítica —Benedicto XVI la ha sufrido con creces, unas veces con razón, otras sin ella—, llega también la hora de los elogios. Esa hora acaba de sonar. Su renuncia al pontificado para retirarse, de nuevo como Celestino V, a un convento a rezar, pensar y escribir marcará en la Iglesia un antes y un después. Benedicto XVI ha quedado investido de la autoridad del “testimonio”, la que Jesús de Nazaret más elogió. Y en sus libros, Ratzinger nos dejó la autoridad de la “argumentación”. Ambas autoridades sumadas ofrecen un buen balance. Los alumnos de ayer estamos hoy contentos: el maestro está resultando ser algo más que un Papa “conservador” o, al menos, conservador con un inaudito rasgo de genialidad: su renuncia.

Permítaseme un matiz más sobre su carácter conservador: no se debería olvidar que Ratzinger pertenece a una generación de grandes teólogos alemanes “encariñados” con el carácter absoluto del cristianismo. A ellos les estaba reservada la nada fácil tarea de renunciar a un cristianismo entendido

como verdad absoluta, superior en todo a las restantes religiones. De pronto se encontraron, a raíz del concilio Vaticano II, con una especie de ONU religiosa en la que las grandes y pequeñas potencias de la fe reclamaban el mismo derecho de voto. Karl Rahner habló del “escándalo” que esta revolución suponía para el cristianismo. Pero se trató —hay que consignarlo con agradecimiento— de una revolución pretendida y orquestada por los grandes teólogos del Vaticano II, entre los que, junto al joven Hans Küng, estaba el entonces también joven Ratzinger. Es verdad que después ha habido retrocesos y añoranzas de viejos privilegios seculares; pero así es la vida y así discurre la historia. Es comprensible, casi inevitable, que las familias ricas venidas a menos añoren de cuando en cuando los privilegios de antaño. La prohibición de mirar hacia atrás implicaría, pienso, un rigor excesivo. Hay que permitir que los viejos recuerdos conforten a nuestros mayores. No puede extrañar que los mismos teólogos que abolieron el estatus privilegiado del cristianismo lo recuerden con cierta melancolía. Ha sido, creo, el caso de Benedicto XVI.

Después de esta especie de alegato en favor de la comprensión de los que, como Benedicto XVI, vivieron y añoran otros tiempos, hay que añadir que ni las religiones ni sus representantes deben obviar un cierto relativismo. Su compromiso con el pensamiento y con la búsqueda de la verdad las introduce de lleno en la aventura relativista. A no ser, claro está, que de nuevo se declaren poseedoras de la verdad absoluta. En tal caso habría que recordarles las palabras de nuestro poeta José Ángel Valente: “Murió, es decir, supo la verdad”. Pero, mientras tanto, mientras no llegue el final, habrá que prestar atención a Lessing, que prefería la “búsqueda de la verdad” a la “posesión definitiva” de esta. Ninguna religión debería ahorrar a sus seguidores la dramática experiencia de la búsqueda de la verdad. La verdad no se puede servir en bandeja. Solo su búsqueda diaria nos va convirtiendo en ciudadanos de un mundo perplejo y cambiante. En realidad, sin un cierto relativismo no es posible la convivencia. La experiencia enseña que todo el que camina por la historia exhibiendo absolutos deja un mal recuerdo. Lo humano es el ámbito humilde de lo relativo, también en la esfera de las religiones. El mundo al que se asoma el creyente religioso es tan misterioso, tan tremendo y fascinante, tan abierto e inseguro que deja poco espacio para las convicciones fundamentalistas, esas que, según Nietzsche, se convierte en “prisiones”. No conviene olvidar el “nada es cierto” de Pascal. Por supuesto: nadie debería exigir a Benedicto XVI, ni a ningún papa, que se convierta en un predicador del relativismo; pero se ha echado de menos en su pontificado, dicho con la suavidad que exige la hora de los elogios, una cierta comprensión e indulgencia hacia el relativismo.

La genialidad de la renuncia de Benedicto XVI, que ahora tendrá que ser imitada por los escalones inferiores de la jerarquía católica, tiene muchas raíces, pero me permito destacar la para él más importante: Ratzinger es un gran creyente cristiano. Dentro del cristianismo, la oración desempeña un papel decisivo. Y Ratzinger, hombre profundamente espiritual, rezó siempre, en la cátedra y en el pontificado. Hondamente convencido de la verdad y bondad del cristianismo, intentó siempre predicarlo como mejor sabe.

Su renuncia, tan sorprendente, llega en un buen momento. Su reconocimiento de que le “faltan las fuerzas” puede dar que pensar a un mundo de “poderosos”, casi de omnipotentes, en el que casi nadie dimite, aunque tenga sobrados motivos para ello. Nos puede recordar que tenemos una cita ineludible con la finitud, con los acabamientos definitivos. Nadie se queda para siempre. Lo decía Bergamín: “¿Qué más te da no saber a qué carta quedarte si después de todo no te vas a quedar?”. Rahner insistía en que la definición cristiana de la muerte es “hacer sitio”. Benedicto XVI ha decidido hacer sitio antes de que le llegue la hora final. Algunos han manifestado ya su temor de que “un papa vivo” pueda condicionar al futuro cónclave. Cualquiera que conozca un poco al dimisionario sabe que eso no ocurrirá. Ratzinger no es, creo, de los que renuncian al poder para seguirlo ejerciendo en la sombra. Además: no es poco poder el que acaba de ejercer: romper con el tabú de que el papa debe morir papa. Benedicto XVI, tan conservador, acaba de hacer un respetable guiño a la modernidad de la Iglesia. No hay que excluir que su gesto ponga en marcha otras reformas necesarias y deseables.

Una lección para la Iglesia y el mundo

-El Papa muestra el camino del servicio-

José Ignacio Calleja

La renuncia de **Benedicto XVI** al Papado ha sonado en el mundo occidental y "cristiano" con el eco de lo imposible que rompe con una historia milenaria. Que luego no es exactamente así, - es una posibilidad cierta -, pero ha sonado con el eco de lo inesperado, si no de lo imposible.

Y la verdad es que en el catolicismo **siempre hemos jugado con la esperanza de que Ratzinger no repitiera el final agónico de Juan Pablo II**. A muchos católicos no nos convenció en absoluto aquel final de su papado. Ni por la Iglesia, ni por la persona del Papa.

Pero **nadie creía, todavía, que Benedicto XVI estuviera física y espiritualmente tan al límite de sus fuerzas** como para renunciar. Físicamente, se le nota mayor y cerca de su límite, espiritualmente, sin embargo, se le supone, con buenos motivos, pleno de fuerzas y de Espíritu.

Con todo, y una vez de que conocemos la noticia, es verdad que **sólo alguien como Ratzinger puede actuar así**. A Ratzinger, el Papado no le viene grande; creo que no lo desea y menos aún lo busca. Esto le da un ventaja indudable para asumirlo como un servicio y para dejarlo, cuando ya no puede cumplir con ese fin.

Ratzinger, conservador en tantos sentidos religiosos y sociales, es inteligente, culto y hasta sabio en la fe, lo que le hace diferenciar muy bien el fondo último de la fe (Dios y su don gratuito) y las mediaciones instrumentales (el Papado y la Iglesia misma).

Yo creo que es **un tradicionalista, extremo en ocasiones, pero siempre sensible a las personas** y con un sano sentido de su condición de siervo de Dios y de las Bienaventuranzas. Siempre me ha parecido que tenía dificultades para asumir la historia humana cotidiana, - la historia del mundo y sus gentes -, como parte real de la acción salvadora de Dios.

Dice que sí, pero enseguida se ve que, para él, la historia humana sólo es de Dios, "a través de la Iglesia", y aún en ésta, como imagen sombría de lo que seremos un día junto al Padre. **Ratzinger es un profeta de la Ciudad de Dios fuera del Mundo**, mientras hacemos camino para gustar aquí de su imagen como entre sombras y purificar nuestras vidas. Es un místico de "ojos abiertos" a la historia humana en lo que está tenga de divino, pero tomando lo humano como un molde que lo aprisiona y oculta.

Gustavo Gutiérrez enseña que para el cristiano, "Dios trajina su salvación con los ingredientes de la historia humana cotidiana, y no hay otro modo"; Ratzinger, sin embargo, cree esto, pero sólo en la relación que tiene la obra de arte con los materiales que la componen; un instrumento fungible. Son lo mismo en su materialidad, pero no tienen nada que ver en su esencia.

Por eso, él mismo, Benedicto XVI, piensa que su persona es prescindible en el plan de Dios, un actor secundario del que no depende al cabo nada especial; nuestra función, **su función, es facilitar y no impedir que la luz amorosa de Dios y Jesucristo entre en la historia rotunda y plena**. Si ya no puede hacer ni eso, - dejar pasar la luz de Dios sin impedirla -, ya es que Dios mismo tiene otros medios y modos, y sólo cabe decir, "adiós, perdón y gracias".

Yo creo que algo de esto es importante para comprender esta renuncia y que la haga Ratzinger, a sabiendas de que **es una lección, - él lo sabe -, para la Iglesia contemporánea y para el mundo**. Creo,

por tanto, que tiene una intención profética, que en teología llamamos función kenótica, - abajamiento -, para comprender los servicios en la iglesia y de la iglesia misma. ¿Dónde ha quedado esto en una iglesia que se entiende a sí misma como ministerio con poder, ontológicamente sagrado? Imposible este servicio kenótico con esta conciencia.

Por supuesto, hay razones más prosaicas y prácticas en la renuncia de Benedicto XVI. Cree que la Iglesia requiere otro timonel más fuerte en la salud y con más bríos para forzar, - sí forzar -, la reforma necesaria y la obediencia debida de la **Curia** romana.

Para nadie es un secreto que el Papa teólogo, - conservador, sabio y místico -, les ha caído insoportablemente sencillo en la gestión "política" y "económica" del Vaticano, y **queno ha habido forma de esclarecer en serio algunos de los principales lastres de la gestión eclesial de años**. Lo dije otra vez, ¿cómo van a consentir con facilidad la transparencia mínima exigible quienes verían condicionada o truncada su carrera eclesiástica, si no, la limpieza de algunas de sus actuaciones o silencios?

Pues eso mismo, con facilidad, no es posible, pero con perseverancia, fortaleza y humanidad, sí es posible. Y Ratzinger ha llegado hasta donde cree que ha podido y ya no ha lugar para más. Está mermado de fuerzas físicas y, probablemente, más solo de lo que creemos. **Tan amado y admirado, como aislado y convencido de que nadie es imprescindible para Dios**. Sólo Dios es imprescindible.

Yo no he sido un entusiasta de la teología de la Ratzinger, por lo que he dicho, - su precaria asunción del mundo real en el anuncio del Reino de Dios -, ni me olvido de que el problema de la Iglesia trasciende que sea Papa, éste o aquél. Pero siempre he confiado en su instinto sabio y místico, - durante el Papado -, y se lo agradezco de veras. **Ya veremos si el Espíritu sopla por dónde quiere o por donde le dejan**. Difícil lo tiene.



Ante la renuncia de Benedicto XVI

José María R. Olaizola sj

Tras casi ocho años de pontificado Benedicto XVI acaba de anunciar su renuncia inminente. El 28 de febrero, a las 20:00 h, la sede de Pedro quedará vacante y se iniciará el proceso para la convocatoria de un cónclave que tendrá que elegir a su sucesor.

El papa señala la falta de fuerzas como el motivo principal que le lleva a tomar esa decisión. Ya en 2010 anticipaba esa posibilidad cuando declaró que «...cuando un Papa alcanza la clara conciencia de que ya no es física, mental y espiritualmente capaz de llevar a cabo su encargo, entonces tiene en algunas circunstancias, el derecho y hasta el deber de dimitir». Probablemente en los próximos días se sucederán análisis y juicios más o menos ponderados valorando este paso, que ahora se hace concreto y real en su propia trayectoria. Habrá quien lo aplauda como la opción valiente y generosa de quien quiere poner en otras manos más fuertes la máxima responsabilidad en la Iglesia. Y quizás haya quien lo discuta, en nombre de la tradición o alegando que la perpetuidad no debería estar sujeta a las circunstancias de salud.

Desde estas páginas la primera reacción quiere ser de gratitud a Benedicto XVI. Gratitud por un pontificado valiente, en el que ha demostrado coraje para afrontar más de una tempestad, y para enderezar el rumbo de la Iglesia en algunas cuestiones que resultaban insostenibles. Gratitud por su entrega, que le llevó, con 78 años de edad, a aceptar un cargo exigente, y a consagrar este tiempo a llevar el timón de la Iglesia. Gratitud por su coherencia, que le ha permitido romper algunos moldes, mostrando una apertura que uno a veces añora en otros ámbitos; a la hora de dialogar con los no creyentes; a la hora de distinguir entre teología y magisterio (siendo el primero en pedir que se separase, en su propia aportación, lo que es reflexión de un teólogo, dispuesto a ser criticado, y magisterio de un papa); a la hora de responder, con naturalidad, a cuestiones que parecían de sentido común (el libro entrevista con Peter Seewald, Luz del mundo, fue de una frescura y libertad notables); a la hora de marcar su propio estilo, en viajes, discursos o grandes eventos como las Jornadas Mundiales de la Juventud en que participó; y en esta hora, al decidir, con sencillez y libertad, dar un paso atrás y reconocer que, tal vez, lo vitalicio hoy en día no haya de interpretarse desde la perpetuidad, sino desde la vitalidad. Gratitud, también, de una manera muy personal, por su comprensión y apoyo a la vida religiosa, con la que siempre ha tenido una palabra cálida y pastoral. Sus encíclicas *Deus caritas est*, *Spe Salvi* y *Caritas in Veritate* son un buen testamento magisterial para un pontífice que no ha dudado en hablar con hondura sobre cuestiones individuales y colectivas, personales, sociales y económicas, que preocupan a mujeres y hombres de nuestros tiempos.

No es aún momento para análisis rigurosos o sistemáticos de ocho años de pontificado. Seguramente habrá luces y sombras, como en todas las historias y todas las vidas. Y tiempo habrá para interpretar, releer, y dejar que el peso de sus decisiones eche raíz en esta iglesia. Pero, insisto en que este es momento para la gratitud, y para acoger la renuncia de un hombre de talla humana, espiritual e intelectual verdaderamente formidable.

Lo que toca, ahora, es buscar, con confianza, honestidad y fe verdadera, que su sucesor sea un hombre guiado por el Espíritu, capaz de compartir, desde el liderazgo, los retos descomunales que afronta la Iglesia en este siglo XXI. Este comienzo de Cuaresma nos trae, si cabe, una llamada mayor a la búsqueda, a la conversión y a la libertad profunda de quien sigue caminando tras las huellas del Maestro.

Quo vadis, Petrus? (¿Pedro, dónde vas?)

Javier Leoz

Voy a estar con Aquel que me sigue aguardando
y, estando con Él, sentir que me sigue amando.
Voy a gustar lo que, el ruido y la responsabilidad,
no me ha permitido disfrutar totalmente.

... Voy a rezar por todos y cada uno de vosotros
pues, sé muy bien, que en el silencio y en la soledad
os tendré a todos, sin yo saberlo,
con nombre y apellidos
delante de un DIOS que, sin abrir yo mis labios,
sabrá de antemano por el amor que le profesó
lo que le llevo en mi corazón guardado.

Voy a estar con el que, desde hace muchos años,
sé que me quiere tal y cómo soy.

Voy a descubrir, ahora con más fuerza,
lo que, de mi puño y letra,
brotó en horas de contemplación,
reflexión, estudio y pensamiento:

Él es mi DIOS y a Él le adoraré hasta mis últimos días
Él es mi SEÑOR y he intentado guiar su barca
Él es mi ESPÍRITU y, conoce muy bien,
que esta hora estaba marcada certeramente
y con exactitud en su reloj divino.

Voy, con mis sandalias de pescador desgastadas
tras haber recorrido con dificultades y debilidad
los caminos del mundo gozoso y sufriente

Voy, sin mi cayado, porque bien sé
que necesita de manos más vigorosas
y con más salud vitalidad corporal
que os indiquen en tiempos de combate
y de cambios los apriscos y senderos
que conducen al Evangelio.

Voy, mas no huyo, sino que cumplo una y otra vez
lo que ha sido la clave de mi consagración al Creador:
por amor y obediencia fui...y por amor y obediencia me voy.

Me voy, pero detrás de mí se queda Aquel
por el que intenté servirlos como padre, amarlos como pastor,
enseñarlos como maestro e iluminarlos desde el Espíritu.

Me voy...pero queda la gran obra del Señor: su Iglesia.
Por su bien, por ella, con ella y en ella me voy y estoy.

¿A dónde vas, Pedro?

José Ignacio González Faus

Honesto, íntegro y encantador en el trato personal; tímido, huidizo y con dificultades para dirigir. Capaz también de una encantadora ironía sutil, que debió reprimir cuando comenzó a ponerse capisayos. La timidez le hizo actuar demasiado duramente cuando tuvo que hacer de “inquisidor”; su sensibilidad le volvió más afable cuando pasó a ser pastor. De su historia personal habría que indagar más sobre su evolución hacia posturas conservadoras. De su pontificado temo que el punto más ambiguo no sea el “Vatikileaks” ni la pederastia, sino la sombra de Marcial Maciel que ha resultado ser más alargada que la del ciprés.

He contado en otra ocasión lo que le escuché en una clase en Tübingen hacia fines de 1966: hablando de dos grandes escuelas teológicas antiguas (Alejandría más espiritualista y más conservadora, Antioquía más humanista y más abierta), continúa preguntando: “¿y en Roma?”. Se detiene un momento, se abotona la chaqueta y se queda mirándonos: **“en Roma, ya saben Uds, no se hace buena teología”**. La sonora ovación del alumnado todavía retumba en mis oídos. Dicen que Wojtila lo nombró para la congregación de la fe, tras leer su “Introducción al cristianismo”, porque vio en él un teólogo “abierto y seguro”.

¿Por qué posteriormente fue sacrificando la apertura a la seguridad? Se habla de susto ante los excesos del 68 (que en Alemania fue peor que en Francia y evocó a muchos intelectuales los momentos previos a Hitler). También de la prepotencia de Hans Küng su compañero de cátedra en Tübingen; y del influjo de su hermano mayor. No sé. Es tarea para los historiadores.

En Roma quizá comenzó una evolución inversa, como si, **tras la decepción del progresismo, tropezara ahora con la decepción del conservadurismo**; pero ya era demasiado tarde para acabarla. Cuando el viernes santo del 2005, siendo aún cardenal, pronunció aquellas palabras: “cuánta suciedad en la iglesia... la traición de los discípulos hiere más a Jesús”, muchos creyeron que se refería a los casos de pederastia. Sin excluir esto, creen otros que aludía indirectamente a cosas que estaban pasando en la Curia.

Las intrigas, empujones y afanes de hacer carrera; **los sobres con dinero que repartía Maciel y que él se negó siempre a aceptar**; la obsesión del Vaticano por encubrir los escándalos de pederastia... le fueron abriendo los ojos. Por eso, al ser elegido papa, pudo parecer que, por su honestidad y porque conocía el paño, quizás conseguiría reformar la Curia (conviene recordar cómo había exigido esa reforma el Vaticano II, y cómo la Curia se negó siempre a ella).

Quizás ésta ha sido la desilusión de su pontificado y una de las razones que han debilitado sus fuerzas. Dio pasos significativos: ordenó a Maciel que desapareciera de la vida pública. Hizo sonoras y sentidas peticiones de perdón por los casos de pederastia: que aún parecen insuficientes a algunos, pero que resultaban de una valentía inaudita ante el modo de proceder encubridor, típico del Vaticano. Desaparecieron otros nombres que prefiero no citar y que parecen ser los que están detrás de los famosos papeles del mayordomo (pues en todos aquellos correos no hay nada sensacional ni de interés, fuera de críticas constantes a Bertone: como si fuesen una venganza o maniobra de aquellos a quienes Bertone había sustituido).

Cuando su viaje a Valencia decepcionó al episcopado español que anhelaba una condena sonora del gobierno socialista. **En su primera encíclica quiso decirnos que Dios es Amor antes que cualquier otra cosa.** Tuvo el episodio desafortunado de Regensburg pero luego lo arregló relativamente bien.

De todo este panorama saldría un balance de empate. Pero hay otra espina que puede no haberle dejado en paz: y se llama Marcial Maciel. La historia de este pequeño monstruo o enfermo es de las más increíbles y escandalosas de los veinte siglos de cristianismo. Y el problema es que Ratzinger sabía: cuando estaba en la congregación de la fe le hicieron llegar, por procedimientos complicados, pruebas irrefutables. Y cuando luego los remitentes acudieron a él, cuentan que les dijo: “lo siento mucho pero no puedo hacer nada porque Juan Pablo II tiene gran aprecio a este hombre”.

Así lo narran los autores en un libro titulado **“La voluntad de no saber”**, editado por Mondadori con la condición de que sólo circulara en México. ¿Le faltó valor a Ratzinger para encararse con Wojtila, o tuvo miedo de escandalizar al mundo? Déjeseme decir que son cosas que tocan sólo al juicio de Dios. Pero esto explica la rápida decisión con que apartó de en medio a Maciel nada más llegar a la sede de Pedro. Aunque haga más difícil entender la tibia política que parece estar llevando el Vaticano con los legionarios.

Por mi parte, prefiero quedarme con la recomendación hecha por Benedicto XVI de que todos los papas deberían leer y meditar la célebre carta que escribió san Bernardo al papa Eugenio III, donde está aquella frase: **“no pareces sucesor de Pedro, sino de Constantino”**. Agradezco este consejo al dimitido papa y me permito recomendar efusivamente esa carta a su sucesor. Aunque debo reconocer que, por lo que hace a un futuro inmediato de la Iglesia, no soy precisamente optimista.

Un gesto normal de alcance histórico

Andrés Torres Queiruga

Pasaron ya algunos días. El revuelo mediático y la sorpresa personal continúan, pero **las cosas empiezan a clarificarse**. Merecen el comienzo, por lo menos el comienzo, de una reflexión serena y de alcance.

Un gesto extraordinario... muy normal

Extraordinario fue el gesto de Benedicto XVI. No tanto por único en la historia, pues hubo alguno más, pero en circunstancias forzadas o muy confusas. Este acontecía en una situación tensa, pero en definitiva normal y pacífica, y obedeció a una decisión humanamente sensata y teológicamente meditada: **en clara conciencia y plena libertad, según dijo el mismo papa**.

Fue extraordinario, porque **rompía un tabú muy extendido en la conciencia general**: parecía impensable que un papa pudiera renunciar. Incluso se llegó a afirmar que no era posible, porque el papa no tenía a quien presentar la dimisión, sobreentendiéndose que solo ante Dios era responsable. Sin duda, fue necesaria una fuerte conciencia teológica, con reconocido prestigio, la que dio al papa

actual la autoridad para afirmar que eso era posible (ya lo había dicho) y el coraje para llevarlo a la práctica.

Lo curioso es que, como sucede siempre con los descubrimientos, el simple enunciado hace ver que lo extraordinario era, en realidad, lo más obvio y normal. El sentido común supo siempre de este fenómeno hablando del "huevo de Colón". Y lo confirma la experiencia histórica: todos los griegos se sentían más ligeros en el baño, pero solo Arquímedes gritó: "éureka"! Igual que todos los físicos veían caer manzanas, pero solo Newton supo descubrir ahí la ley de la gravitación universal. Pero, **una vez proclamado, el descubrimiento muestra su rostro evidente, su carácter normal.**

Fue extraordinario el coraje de romper un tabú sacralizado. Ahora comprendemos que fue lo más normal, al hacer patentes las razones obvias y humanísimas que lo motivaron, pues están a la vista de todos: edad avanzada y falta de fuerzas. Si además concurren motivos de conflictos internos o intrigas curiales, no hacen más que confirmar la **evidencia del acierto**. En esta dialéctica entre lo insólito del gesto y lo cotidiano de su fundamento radica justamente su enorme alcance histórico. Ahora lo que hace falta es sacar las consecuencias, tanto de cara al gobierno eclesial como a las perspectivas del nuevo pontificado.

Actualización del gobierno eclesial

La ocasión se presenta magnífica para aprovechar los chorros de evidencia que la ruptura del tabú vierte sobre la realidad eclesiológica. Porque a su luz se revelan de pronto datos evidentes que, como el baño de Arquímedes o las manzanas de Newton, estaban ahí delante de todos.

El primero, la **nueva visión conciliar de la iglesia**, que la "Lumen Gentium" presenta como siendo, ante todo y sobre todo, la comunidad de todos los creyentes, dentro de la cual y a su servicio existen distintas funciones, entre ellas la papal. De ese servicio reciben su sentido y sobre él deben medir sus actuaciones. Benedicto XVI expresó la consecuencia evidente: **sin salud y fuerzas suficientes para ejercerlo, lo normal es dejarlo libre**, abriendo paso a la renovación.

El segundo dato no es menos claro: después del Concilio se tomó la decisión de que los altos cargos jerárquicos, obispos y cardenales, presenten su **renuncia a los 75 años**. La consecuencia salta a la vista: eso debería valer para el cargo papal, por razones idénticas y acaso de más peso, dada su mayor complejidad y responsabilidad. Pensarlo pareció imposible todavía hace poco, cuando se tomó la decisión para los demás: el gesto de Benedicto XVI hizo no solo posible, sino coherente y deseable aplicarlo también al papa.

Queda aún una tercera posibilidad, no tan obvia, pero dentro de la misma lógica de servicio y coherencia. La aceleración del ritmo histórico, la globalización de la sociedad y el pluralismo cultural piden -"para todo tipo de gobierno"- agilidad en la comprensión, flexibilidad en la adaptación y capacidad de transformación. La experiencia histórica, de la que por cierto fueron pioneras las grandes órdenes religiosas, muestra y demuestra que el **carácter electivo y la temporalidad en los cargos son el instrumento más apto para lograrlo**.

La misma norma de dejar el cargo a los 75 años, prueba que no hay ninguna razón teológica que se oponga a lo que, en definitiva, significaría una simple modificación en los plazos. Personalmente pienso que el gobierno eclesial ganaría mucho, si los mandatos jerárquicos fueran no solo electivos, sino también por un tiempo prudencial: 10, 15 o 20 años. La barca de Pedro, inmensa y bimilenaria, precisa mandos ágiles y renovables que le permitan navegar fresca, actualizada y significativa por los mares de un futuro abierto e imprevisible.

Las consecuencias que opciones de este tipo tendrían para una **"democratización" de la iglesia serían incalculables**. Bien sé que **hablar de democracia en la iglesia sigue asustando a muchos**. Pero, entendida en el sentido más radical, esa democratización no solo constituye acaso el problema de más calado para el futuro eclesial, sino que tiene legitimidad absoluta en las palabras originarias del propio Jesús de Nazaret: "Ya sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los poderosos los avasallan.

Pero entre vosotros no puede ser así, ni mucho menos. Quien quiera ser importante, que sirva los otros, y quien quiera ser el primero, que sea el más servicial" (Mc 10,42-45; cf. Mt 20,25-28; Lc 22,25-27).

Tal vez precisemos que algún día aparezca en la sede de Pedro otro gesto de coraje que también en esto haga normal lo que hoy puede resultar extraordinario.

Una nueva etapa para el pontificado

Si las consecuencias son importantes para la reorganización del gobierno, no lo son menos para su orientación. Pasaron ya 50 años desde el acontecimiento conciliar y la distancia permite ajustar la perspectiva. Los grandes concilios -lo había dicho Newman y lo repitió Benedicto XVI- **provocan revolución en la iglesia**. No es fácil asimilar la novedad. El Vaticano II abrió compuertas de aguas largamente represadas. Provocó entusiasmos y animó iniciativas de largo alcance histórico, pero también resistencias, conflictos y miedo a lo desconocido.

La autoridad tiende siempre y por oficio a la estabilidad. Por eso resulta comprensible que la reacción oficial fuera de contención, tratando que las aguas no desbordaran los cauces. Pero no es fácil negar que tal reacción fue excesiva. De un ambiente marcado por el entusiasmo y la creatividad a raíz del concilio, se pasó a un estilo oficial de control y uniformidad, de miedo al pluralismo y de ostracismo para los intentos de renovación.

Se impuso una hermenéutica restrictiva, buscando imponer por autoridad frenos a muchas iniciativas, tanto prácticas como teóricas, que respondían a la intención claramente viva y actualizadora del Vaticano II. El resultado fue una iglesia demasiado cerrada en sí misma, con una Curia prepotente (al parecer frente al mismo papa), con una clamorosa **falta de justicia en el rol de la mujer** dentro de ella y un espacio insuficiente para la iniciativa laical; una iglesia externamente dominada por **movimientos de escasa sintonía conciliar**, apagada en la creatividad teológica y demasiado envuelta en un **moralismo privatista** y no actualizado, demasiado tibio o ajeno ante los grandes problemas que trabajan un mundo en profunda reconstitución de las relaciones de justicia, de paz y distribución de las riquezas tanto a nivel nacional como, acaso sobre todo, internacional.

No sería, en mi parecer, honesto negar que en esta situación, **junto con el papa anterior, Benedicto XVI tuvo un rol preponderante.** Dignificó la altura intelectual en el diálogo entre la cultura y la teología. Pero, por formación y talante, no solo acentuó en exceso la marca tradicional, premoderna, sino que trató de imponerla a todos, en un peligroso intento de identificar con la fe de la iglesia la que era su personal visión teológica. Hace falta reconocer que afirmó que no era esa su intención ("cualquiera es libre de contradecirme", escribió en un prólogo famoso); pero lo proclamado en principio no tuvo traducción suficiente en la práctica, sobre todo, como sucede siempre, en la práctica de los epígonos, siempre espada en alto contra toda actualización teológica.

Dicho esto, sería injusto no reconocer con alegría que la altura y dignidad de su **gesto final** propicia con fuerza una nueva posibilidad: tras el esfuerzo por la restauración, suena la hora de **(re)iniciar el camino de la renovación.** De la *Lumen gentium*, centrada en la iglesia, pasar a la *Gaudium et spes*, centrada en el mundo, buscando la sintonía cordial con su cultura y el compromiso fraterno con sus grandes problemas. Una iglesia que, en lugar de recluirse en los problemas internos y en el estéril "cultivo del pequeño rebaño", se renueve a partir de la apertura en el servicio, "a los gozos y a las esperanzas, a las tristezas y a las angustias del hombres y mujeres de nuestro tiempo".

Acaso sea el tiempo de un papa que retome el talante, abierto y confiado, de Juan XXIII, cuando el viento del Espíritu sorprendió al mundo entero con un nuevo aliento de esperanza, mostrando una iglesia de rostro fraterno, iluminado por la luz de un Evangelio siempre dispuesto a brillar con luz nueva y fuerza renovada.

“Os conviene que yo me vaya”: la audacia del papa “místico”

José Cristo Rey García Paredes, cmf

En su última Cena Jesús sorprendió a sus discípulos con unas palabras que nadie se esperaba: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy no vendrá a vosotros el Paráclito” (Jn 16,7). Después de haberles lavado los pies a los discípulos, Pedro y los demás se vieron sorprendidos por esta noticia-bomba de Jesús: “Os conviene que yo me vaya”. El Misionero del Abbá idimitía! Les comunicaba que cesaba en su acción para dar lugar únicamente a su pasión. Jesús inició una última fase: orar y padecer y morir tras las palabras: “Está cumplido” (Jn 19,30). Pedro y los demás podrían argüir: Maestro, si apenas has cumplido un trienio de misión profética y ¿ya te vas? Les resultaría muy difícil comprender ésto y otras cosas. ¿Sería por Judas? ¿Tal vez por la fragilidad de Pedro? ¿Porque cualquiera del grupo podía traicionarlo? “¡Os conviene!”, decía Jesús. Tal vez esa era la única forma de “reunir a los dispersos”. Ellos se entristecieron. Jesús, sin embargo, comenzó a hablarles del Espíritu, el Nuevo Enviado. Por eso, cuando llegó el momento, “inclinando la cabeza, entregó el Espíritu” (Jn 19,30). Algo semejante está ocurriendo con el Papa “místico”, Benedicto XVI.

El Papa del siglo XXI: ¡un místico!

No sé si me equivoco, pero creo que le ha sido concedido al papa Benedicto XVI vivir su pontificado como una auténtica gracia “mística”. Ya desde el principio se sintió envuelto en ella. Decir “mística” no significa ni espiritualismo ni ingenuidad indolora. El “aura mística” que lo envolvía ¿no se revela en los siguientes textos entrañables, entresacados de su homilía en la plaza de San Pedro, el 24 de abril de 2005 para iniciar su ministerio?

Y ahora, en este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? ... No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza. En efecto, a la comunidad de los santos no pertenecen sólo las grandes figuras que nos han precedido y cuyos nombres conocemos. Todos nosotros somos la comunidad de los santos; nosotros, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; nosotros, que vivimos del don de la carne y la sangre de Cristo, por medio del cual quiere transformarnos y hacernos semejantes a sí mismo. Sí, la Iglesia está viva... Y la Iglesia es joven. Ella lleva en sí misma el futuro del mundo y, por tanto, indica también a cada uno de nosotros la vía hacia el futuro. La Iglesia está viva y nosotros lo vemos: experimentamos la alegría que el Resucitado ha prometido a los suyos. La Iglesia está viva; está viva porque Cristo está vivo, porque él ha resucitado verdaderamente.

Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino de ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.

Queridos amigos, en este momento sólo puedo decir: rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros”.

Siete o casi ocho años después, Benedicto XVI, se identifica con el Buen Pastor cuando dijo: “Os conviene que yo me vaya”. Éstas han sido sus palabras en el Consistorio del 10 de Febrero 2013:

“Os he convocado a este Consistorio... también para comunicaros una decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia. Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino... En el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado. Por esto, siendo muy consciente de la seriedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, que me fue confiado por medio de los Cardenales el 19 de abril de 2005... Ahora, confiamos la Iglesia al cuidado de su Sumo Pastor, Nuestro Señor Jesucristo, y suplicamos a María, su Santa Madre, que asista con su materna bondad a los Padres Cardenales al elegir el nuevo Sumo Pontífice. Por lo que a mi respecta, también en el futuro, quisiera servir de todo corazón a la Santa Iglesia de Dios con una vida dedicada a la plegaria”.

Nos ha sorprendido el papa Benedicto XVI con su dimisión. No estábamos acostumbrados a decisiones tan drásticas. A pesar de su debilidad, se ha mostrado muy audaz. Si lo hubiera consultado tal vez no pocos lo habrían disuadido. Él ha mostrado la audacia del Espíritu.

Su pontificado lo ha situado en un estado místico: ha sido un pastor que ha cargado sobre sí la vergüenza de los casos de pederastia, la corrupción de las finanzas, los vatileaks, las traiciones internas, las vergonzosas rivalidades eclesíásticas, el influjo de quienes -creyéndose sus amigos, pero sin participar en lo más nuclear de su espiritualidad- pretendían aparecer más poderosos para así imponer sus oscuros intereses... Dada su sensibilidad hacia la belleza, ¡cuánto horror no habrá sentido ante tanta fealdad! Y sin embargo, aparecía en tantas celebraciones tan sereno, tan sencillo y, al mismo tiempo, como un “extraño” que contemplaba el Misterio como si “Otro” fuera quien lo presidía.

Parecía perdido en los grandes escenarios y trataba siempre de crear un “escenario interior”, de “abrir la puerta secreta” que lleva al Misterio. Su vida personal ha estado implicada en su ministerio: no hablaba de sí para enorgullecerse, ni para jactarse; sino para incluirse en la comunidad de fe. Tantas veces me recordaba al Pablo “emotivo” en sus cartas. Otras veces, al mismo Jesús de los discursos joanneos. Ha sido el Papa que a su inmensa inteligencia la ha permeado de emoción y sentimiento. No disponía de una voz poderosa, pero sí penetrante. En su ministerio, la inteligencia devino sabiduría emocional. Traducía la teología más sublime en catequesis cordial e inteligible. Ha sido un místico sin misticismos. Sabía mirar compasivamente a sus hermanos y hermanas sin -por eso- desviar su mirada del Dios misterioso. El Papa místico deja tras él una estela “mística” que nos irá envolviendo cada vez más: ¡es el Espíritu Santo que se derrama a través de su ministerio en nuestros corazones!

“Os conviene que yo me vaya” ... pero, Abbá, “guárdalos del Maligno” (Jn 17,15)

“Ahora confiamos a la Iglesia al cuidado de su Sumo Pastor, nuestro Señor Jesucristo!”.

¡Qué palabras tan bellas! Vamos a experimentar durante unos días lo que es “una Iglesia sin Papa”. El mismo Papa va a dejar de serlo. Y en la liturgia, cuando llegue el momento, no tendremos nombre que mencionar. Nuestro Papa será desde el 28 de febrero a las 20.00 horas hasta el momento de la elección de un nuevo papa, ¡Jesucristo!, ¡el Sumo Pastor! ¡El Espíritu de Jesús y del Abbá! Será otro sábado santo eclesial. Y María estará aquí con nosotros, convertida en Iglesia orante en todas las Iglesias locales, suplicando y ahuyentando demonios.

De seguro que aparecerá -con especial astucia- en estos días el Maligno. Jesús estaba muy convencido de su presencia y de la necesidad de orar al Abbá que nos libre del Maligno! El Maligno se reviste de ángel de luz (¡es Lucifer!), es el padre de la mentira y del engaño. El Maligno llevará a no pocos a decir “os conviene que yo no me vaya”, sino “os conviene que yo me imponga”. El Maligno bloquea la conversión pastoral, está presente en todas las maquinaciones interesadas, se reviste de “espiritualismos ávidos de poder”, de “humildades trepadoras”. Por eso, Jesús rogó al Abbá al final de la última Cena: ¡Guárdalos del Maligno!

Hemos de orar mucho en estos días para que el Espíritu venza a las sombras, para que los lobos con piel de oveja sean detectados y vencidos. Hemos de orar mucho para que quienes “conviene que se vayan” ¡se vayan! y permitan la emergencia de una Iglesia nueva, Iglesia de nuevos evangelizadores, Iglesia con nuevas ideas, Iglesia de creyentes y no de dogmáticos fundamentalistas, Iglesia de los pobres y no de los aliados con los poderes fácticos.

La Iglesia soñada del siglo XXI: el cristianismo místico

Me impresiona la Meditación que Benedicto XVI dirigió a los Padres del Sínodo el lunes, 8 de octubre del 2012 tras la Oración de Tercia. Allí decía:

“Nosotros no podemos hacer la Iglesia, podemos sólo dar a conocer lo que ha hecho Él. La Iglesia no empieza con el «hacer» nuestro, sino con el «hacer» y el «hablar» de Dios. Así, los Apóstoles... oraron y en oración esperaron, porque sabían que sólo Dios mismo puede crear su Iglesia, que Dios es el primer agente: si Dios no obra, nuestras cosas son sólo nuestras y son insuficientes; sólo Dios puede dar testimonio de que es Él quien habla y ha hablado.

Pentecostés es la condición del nacimiento de la Iglesia sólo porque Dios ha obrado antes, los Apóstoles pueden obrar con Él y con su presencia y hacer presente todo lo que Él hace.... Nosotros sólo podemos cooperar, pero el principio debe venir de Dios. ... Sólo el preceder de Dios hace posible nuestro caminar, nuestro cooperar, que es siempre cooperar, no una pura decisión nuestra.

Por eso es importante saber siempre que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser – con Él y en Él – evangelizadores. Dios es el principio siempre, y siempre sólo Él puede hacer Pentecostés, puede crear la Iglesia, puede mostrar la realidad de su estar con nosotros. Pero, por otro lado, este Dios, que es siempre el principio, también quiere nuestra participación, quiere que participemos con nuestra actividad, por lo que las actividades son teándricas, es decir, hechas por Dios, pero con nuestra participación e incluyendo nuestro ser, toda nuestra actividad. Por tanto, cuando hacemos nosotros la nueva evangelización es siempre cooperación con Dios, está en el conjunto con Dios, está fundada en la oración y en su presencia real.... A través de la «Confessio» y la «caritas» Dios nos hace partícipes, nos hace obrar con Él, en Él y para la humanidad, para su criatura: «confessio» y «caritas»... La «Confessio» lleva en sí el elemento martirológico, el elemento de dar testimonio ante las instancias enemigas de la fe, dar testimonio incluso en situaciones de pasión y de peligro de muerte. A la confesión cristiana

pertenece esencialmente la disponibilidad al sufrimiento: esto me parece muy importante... «Confessio» es la primera columna de la evangelización. La segunda es «caritas», es amor. Sólo así es realmente el reflejo de la verdad divina, que, como verdad, es inseparablemente también amor, es ardor, es llama, enciende a los demás... El cristiano no debe ser tibio. El Apocalipsis nos dice que este es el mayor peligro del cristiano: que no diga no, sino un sí muy tibio. Esta tibieza desacredita al cristianismo. La fe tiene que ser en nosotros llama del amor, una llama que realmente encienda mi ser, que sea una gran pasión de mi ser, y así encienda al próximo. Este es el modo de la evangelización... San Lucas nos cuenta que en Pentecostés, en esta fundación de la Iglesia de Dios, el Espíritu Santo era un fuego que ha transformado el mundo, pero un fuego en forma de lengua, es decir, un fuego que sin embargo también es razonable, que es espíritu, que es también comprensión; un fuego que está unido a la mente, a la «mens». Y precisamente este fuego inteligente... Sabemos que el fuego está en el inicio de la cultura humana, el fuego es luz, es calor, es fuerza de transformación. La cultura humana empieza en el momento en el que el hombre tiene el poder de crear el fuego: con el fuego puede destruir, pero con el fuego también puede transformar, renovar. El fuego de Dios es un fuego que transforma, fuego de pasión – por supuesto – que también destruye mucho en nosotros, que lleva a Dios, pero es sobre todo un fuego que transforma, renueva y crea una novedad del hombre, que se vuelve luz en Dios.

Así, al final, sólo podemos pedir al Señor que la «confessio» esté fundada en nosotros profundamente y que se vuelva fuego que enciende a los demás; de esta forma el fuego de su presencia, la novedad de su estar con nosotros, se vuelve realmente visible y una fuerza del presente y del futuro”.

Nos encontramos en un momento decisivo. Yo agradezco al Papa místico su audacia, pero también su legado. Su persona se ha convertido en estos siete años en una transparencia del Misterio. Ha sido purificada por el sufrimiento y se ha vuelto irradiante, contagiosa. ¡Un hombre de luz!

Tal vez, haya personas oprimidas por sus resentimientos, personas atrapadas por un pasado que no son capaces de superar y que no lo perdonan. Otras se desharán en efímeras alabanzas, se convertirán en incensarios cuyo humo se lleva el viento y oculta la verdad. Benedicto XVI nos ha pedido perdón por sus defectos. ¿Quién no los tiene? ¡Todos estamos marcados por nuestra historia, por el pecado que en nosotros encuentra complicidad! Pero también sería el momento en el que quienes se han aprovechado interesadamente de su ministerio, se arrepientan y pidan también perdón público.

¡Estamos de paso! Lo importante es sembrar flores, como decía una preciosa canción francesa: “Puisque la vie n’est qu’un passage, sur ce passage, sermons des fleurs, avec un parfum de courage, avec les gestes du passeur: Sermons le fleurs”. Y Benedicto XVI nos ha sembrado un jardín.

Gracias, muchas gracias, Papa “místico”. Perdón por nuestras críticas y desafectos. De seguro que desde tu retiro conventual, desde tu silencio orante, seguirás despidiendo el aroma de tu inmenso jardín interior. No pocos percibirán, cuando se acerquen al Vaticano, que allá -sin anillo-, en aquel humilde convento, alguien habita ya la séptima Morada.

*“La Séptima Morada,
-el secreto escondido
que quien lo encuentra
vende todo
y ya no le importa nada,
pues lo regala todo
y, por esto, lo cambia
y busca la soledad
contigo en esta estancia
en que el Amor sin límites
sin límites embriaga-.*

*Y es esta unión de Amor
la que rompe distancias,
pues el saberme amado
(ya que mi existencia se debe
a que Tú me amas)
me acerca al Creador
como la noche
se funde con el alba
y en esta fusión
la noche es esplendor,
es transformada.
Y sigue la poesía
del alma entusiasmada
y rompe su recato
en himnos de alabanza
... por Tu Sabiduría
que asombró
nuestra más sabia mirada
sobre el nacer y el morir
sobre el reír y las lágrimas,
pero más que nada -y sobre todo-
sobre el Misterio
encontrado gratis
de esta Séptima Morada”*

(Miguel Fernández Pérez)

Declaración sobre la autoridad en la Iglesia Católica

160 teólogos y teólogas de la Iglesia Católica

Con ocasión del 50º aniversario del Concilio Vaticano II (1962-1965), invitamos a todos los miembros del Pueblo de Dios, a evaluar la situación de nuestra Iglesia.

Muchos de los temas clave del Vaticano II todavía no han sido implementados, en absoluto, o lo han sido sólo parcialmente. Esto ha sido debido a la resistencia de algunos sectores, pero también a una cierta dosis de ambigüedad que se dejó pasar en algunos de los documentos conciliares.

La principal causa del actual estancamiento radica en su incorrecta interpretación y la mala aplicación en lo que concierne al ejercicio de la autoridad en la Iglesia. Concretamente, los siguientes temas requieren una corrección urgente:

La función del papado necesita ser redefinida claramente en la línea de la intención de Cristo. Como supremo pastor, unificador y principal testigo de la fe, el Papa contribuye sustancialmente a la buena salud de la Iglesia universal. Sin embargo, su autoridad no puede oscurecer, disminuir ni suprimir la autoridad auténtica otorgada directamente por Cristo a todos los miembros del Pueblo de Dios.

Los obispos son vicarios de Cristo, no vicarios del papa. Tienen una responsabilidad inmediata de sus diócesis, y una responsabilidad, compartida con los otros obispos y el papa, respecto a la comunidad de fe mundial.

El Sínodo de los obispos debe asumir un papel más decisivo en la planificación y en la orientación del mantenimiento y el crecimiento de la fe dentro de nuestro complejo mundo actual. Para llevar a cabo esta tarea, el sínodo de los obispos necesita ser dotado de unas estructuras apropiadas.

El Concilio Vaticano II ordenó que debía haber colegialidad y corresponsabilidad en todos los niveles. Esto no ha sido llevado a cabo. Como estableció el Concilio, los consejos presbiterales y los consejos pastorales, deben involucrar a los creyentes más directamente en las tomas de decisión concernientes con la formulación de la doctrina, la gestión de la pastoral y la evangelización de la sociedad secular.

El abuso de nombrar para puestos directivos de la Iglesia a candidatos de una única forma de pensamiento, debe ser erradicado. Se debe establecer nuevas normas, y una supervisión sobre su cumplimiento, para asegurar que las elecciones para tales puestos sean llevadas a cabo de una manera limpia y transparente, y en cuanto sea posible, democrática.

La Curia romana requiere una reforma más radical, en la línea de las instrucciones y la visión del Concilio Vaticano II. La Curia debería continuar existiendo por sus útiles servicios administrativos y ejecutivos.

La Congregación para la Doctrina de la Fe debe ser asistida por comisiones internacionales de expertos, que han de ser escogidos de forma independiente, sobre la base de su competencia profesional.

Estos no son, ciertamente, todos los cambios necesarios. Somos conscientes de que la puesta en marcha de estas reformas estructurales deberá ser elaborada con detalle, según las posibilidades y limitaciones de las actuales y futuras circunstancias. Sin embargo queremos destacar que estas siete reformas sugeridas son urgentes y que su puesta en marcha debe comenzar inmediatamente.

El ejercicio de la autoridad de nuestra Iglesia debe emular las normas de transparencia, de rendición de cuentas y de democracia que son practicadas en la sociedad moderna. La autoridad en la Iglesia debe ser percibida como honesta y digna de confianza, inspirada por un espíritu de humildad y de servicio, mostrando preocupación por la gente más que por las reglas y la disciplina, transparentando a un Cristo que nos hace libres, y escuchando al Espíritu de Cristo que habla y actúa a través de cada persona.



Bicentenario de Don Bosco -pedagogía-

«La belleza de Don Bosco»²⁷ Las características del educador

Bruno Ferrero, sdb

En la fachada de la Basílica de María Auxiliadora hay una figura que se ha descuidado. Los ojos apenas la perciben, y pasan enseguida a otros. Pero aquella imagen es importante para Valdocco, el verdadero escudo de la Familia Salesiana: es Jesús rodeado de muchachos, la representación en mármol "Dejad que nos niños vengan a mi; no se lo impidáis!" (Mc 10,13-16; Mt 19,13-15).

Para quien mira en perspectiva, desde lo alto de la plaza, delante de este icono hay un Don Bosco de bronce circundado de muchachos. Una imagen es el espejo de la otra. Nos queda ver otra imagen en carne viva. Nosotros hoy.

La carta de Roma nos pregunta con tristeza ¿se ha roto el espejo?

Quiero con vosotros recoger algunos fragmentos de este espejo y probar de renovarlo trayéndolo ante nosotros.

1. Don Bosco es atrayente
2. Espejo de Jesús, de dios
3. La belleza del hombre bueno
4. Lo importante es el perfume
5. Como un diamante

²⁷ Pronunciada en las Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana. Roma, enero de 2013.

6. Dios en todo esto

7. Magnificat

I. Don Bosco es atrayente

El recuerdo fuerte y vivo: era la escena de todos los días.

Los alumnos venidos de fuera desde el comedor se acercaban al vestíbulo de D. Bosco, esperando que los clérigos terminasen la oración del agradecimiento; y en cuanto oían el *Dominus del nobis suam pacem, Amen*, abrían la puerta y se precipitaban dentro. Quienes veían este gracioso encuentro de los jóvenes que entraban, semejante al del Orinoco desembocando en el Atlántico y a los clérigos salir, pero después de cualquier instante prevalecían los jóvenes que porfiaban a ver quien llegaba el primero a D. Bosco sentado en el extremo de la sala al fondo. Los clérigos se veían obligados a apoyarse a las paredes para dejarlos pasar y no ser arrollados. Era una escena indescriptible. Los más afortunados están ya estrechando a D. Bosco de forma que los más cercanos apoyan la cabeza sobre su húmero. Detrás de ellos otros asaltan las mesas, y sobre ellas delante de Don Bosco, varias filas de jóvenes sentados con las piernas cruzadas a la manera oriental; detrás de éstos muchos arrodillados, y por último siempre sobre las mesas, una multitud en pie. Quien no puede subirse, coge los bancos, los acerca a la pared y se sube en cima; y vemos a dos largas filas, con los ojos fijos en D. Bosco. Los más tardíos llenan todo el espacio entre los bancos y las mesas. Parece como si ninguno pudiera nunca acercarse a D. Bosco; y sin embargo algunos pequeñitos prueban. Se ponen a correr bajo las mesas y sus cabecitas sobresalen entre las mesas y la persona de D. Bosco, que les hacía una caricia. A veces D. Bosco entretenido por el trabajo en su habitación, comenzaba solo a tomar algo de alimento. Y los acogía con grande fiesta ensordecido con sus cantos y gritos, en aquel ambiente respirado por tantos sacerdotes, que a duras penas mantenían encendida la luz, terminaba su pobre comida, dirigiendo una sonrisa cariñosa, y una mirada afable, una frase de ánimo a cada uno. Nunca se manifestaba contrariado por la insistente importunidad de sus hijos; al contrario le hacía sufrir, cuando alguna visita no necesaria le robaba la dulzura de estos entretenimientos familiares. Entonces hacía gesto de querer hablar a todos, y al instante cesaba la confusión de voces y en medio al más profundo silencio narraba una breve anécdota, proponía alguna cuestión, lanzaba una pregunta, hasta que la campana disolvía la asamblea llamando a ir a clase de canto o a la oración. (MB IV, 74)

Hasta Nietzsche afirma que la percepción de la vida interior de las personas es instintiva. Los jóvenes tienen una actitud natural para observar lo que detrás de lo exterior de la persona. Tienen antenas espaciales para captar las señales que no son observables con medios ordinarios. Están en grado de percibir lo que para otros está escondido.

Nuestra antena espiritual nos hace sensibles a la belleza moral de la persona, instintivamente nos ayuda a notar la dimensión moral y espiritual de su vida.

En el 1864 don Bosco llega a Mornese con sus muchachos, durante los paseos otoñales. Es de noche. La gente viene al encuentro precedida por el párroco don Valle y por Don Pestarino. La banda toca, muchos se arrodillan al paso de don Bosco pidiendo que los bendiga. Entran en la parroquia. Los jóvenes piden que les de la bendición con el Santísimo, y después a cena.

Después, animada por los aplausos, y los chicos de Don Bosco ofrecen un breve concierto de marchas y música alegre. En primera fila María Mazzarello, 27 años. Al terminar, don Bosco dice pocas palabras: «Estamos todos cansados, y mis muchachos tienen ganas de dormir. Mañana hablaremos más largo».

Don Bosco en Mornese permanece cinco días. María cada tarde consigue escuchar la «buenas noches» que da a sus muchachos. Remueve los bancos para colocarse cerca de él. Alguno le

riñe como al que hace un gesto no correcto. Ella responde: «Don Bosco es un santo, yo lo siento».

Es mucho más que una simple sensación. ¿A cuántas mujeres cambiará la vida? Basta un movimiento, un sencillo movimiento de los que realizan los niños cuando se precipitan hacia adelante con todas sus fuerzas, sin miedo a caerse o morir, olvidando el peso del mundo.

Y de nuevo un problema de espejo: ninguno más que Jesucristo ha vuelto la mirada a las mujeres, como se dirige la mirada a la fronda de los árboles, como nos inclinamos hacia un río para refrescarnos y proseguir el camino. Las mujeres en la Biblia son numerosas. Están desde el comienzo hasta el final. Dan y manifiestan la luz de Dios, lo ven crecer, jugar morir y después resucitar con gestos sencillos de amor hacia la muchedumbre.

Juan y María Mazzarello aman con el mismo amor, están hechos para entenderse, nutridos por las mismas colinas. Dos campesinos por completo. Dos nómadas en la propiedad de Dios.

Separados como los niños un tiempo en pequeñas escuelas. Ella en las femeninas y él en las masculinas. Separados en apariencia y en los lugares. Reunidos él y ella, en el coloquio incesante de sus almas, en el éxtasis con el interlocutor privilegiado, que entiende todo, hasta en el silencio.

2. Espejo de Jesús, espejo de Dios

Hay una cierta ironía en la frase «doscientos años del nacimiento de don Bosco». ¿Cuántos años tiene ya don Bosco?

Conocer bien la Biblia por haberla escuchado mucho. Sabe que es un libro con palabras: lo que está dicho está dicho. No hay nada que añadir, falta cumplirlo, hay que dejarse llevar por el soplo del Verbo, más ardiente que el soplo de una bomba. La voz de Dios está en la Biblia, bajo toneladas de tinta, como energía concentrada bajo toneladas de cemento en una central atómica. El muchacho de I Becchi ha sido subyugado por esta voz. No quiere otra cosa sino transmitirla, sin cambiar ni una coma. Está también Él en el libro: llamado a modular hasta la propia respiración bajo la de Dios.

Se quita los zapatos y camina a la escuela, deprisa, porque tiene que estudiar.

Porque don Bosco tiene cuatro mil años casi como Abraham. «¡Parte! Te diré después donde tienes que ir ». Solo posee un sueño. Da la razón a la abuela, que no se debe hacer caso de los sueños, pero lo tendrá presente toda la vida: es su anunciación. Y lo sabe.

Abraham partió y se desposeyó de todo, este sufrimiento le vino un hijo, carne de su carne, alegría de su alegría. Juan parte y millones le llaman padre.

La madre sonrío. La madre conseguirá con el sueño al hijo desheredado, al adolescente extraño, el pequeño saltimbanqui, el profeta que Dios ha mandado en estos años en que se prestan los propios hijos para la injusticia.

Su voz es calma, tan calma que hace que se acerquen, esos que del mundo conocían solo lo peor. Coge en préstamo la voz del infinitamente Pequeño, nunca la del Altísimo. Sabe bien que no existe que no existe más que un Dios. Se prefiere la infinita dulzura a la cólera infinita, sabe bien que las dos proceden del único e infinito amor. Sabe bien todo aquello, pero prefiere esta actitud. Le viene de la infancia, de los primeros años pasados en el seno de Dios, bajo las faldas de la madre.

Hoy, no es agradable ser un niño. Es una historia de todos los días.

«¡Mamá, mira!» exclamó Marta, la niña de siete años.

«¡Ya, ya!» murmuró nerviosamente la mujer mientras guiaba y pensaba en tantas cosas que esperaban en casa.

DESPUÉS la cena, la televisión, el baño, varias llamadas de teléfono... y la hora de ir a dormir.

«Vamos Marta, es hora de dormir!». Y la preparó corriendo. Cansada, muerta, la mamá le dio un beso, recitó la oración con ella y le remeti6 las mantas.

«Mamá, mira!» dijo la niña.

«Escucha estoy cansada, estoy muerta!» respondió la mamá «Mañana ».

«¡Buenas noches!» añadió y cerró la puerta con decisión.

Pero no conseguía quitarse de la mente los ojazos desilusionados de Marta.

Volvió a la habitación de la niña, buscando no hacer ruido. Consiguió ver que apretaba en una mano trozos de papel.

Se acercó muy despacio y abrió la manina de Marta. La niña había roto en mil pedazos un grande corazón rojo con una poesía escrita por ella que se titulaba *Porque quiero tanto a mamá*. Con mucha atención recuperó todos los trozos y trató de reconstruir la hoja.

Una vez conseguido el puzzle logró leer lo que había escrito Marta:

«Por qué quiero tanto a mamá.

Aunque trabaje tanto y tenga mil cosas que hacer

Siempre encuentra un poco de tiempo para jugar.

Te quiero mucho mamá porque

soy la parte más importante del día para ti».

Aquellas palabras le fueron derechas al corazón. Diez minutos más tarde volvió a la habitación de la niña llevando una bandeja con dos tazas de chocolate y dos rebanadas de torta. Acarició suavemente la cara de Marta.

«¿Qué ha pasado?» preguntó la niña, muy confusa de aquella escena nocturna.

«¡Es para ti, porque eres lo más importante de mi jornada!».

Pero no era verdad para ella ni era verdad para este nuestro mundo.

Jesús piensa diversamente. Él llamo a un niño, lo puso en medio a ellos y les dijo: «Os lo aseguro que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios. Quien se haga pequeño como este niño, es el más grande en el reino de Dios. Y quien por mi amor, acoge a uno de éstos, me acoge a mí» (Mt 18, 1-5).

Es primero de todo una elección: «Tu eres la parte más importante de mi jornada», «Tú eres especial, y significas mucho para mí».

Don Bosco está todo aquí. Tienes los mismos ojos y corazón de Jesús.

Tenía una convicción con relación a los jóvenes: «Esta es la porción más delicada y preciosa de la sociedad humana, sobre la que se fundan las esperanzas de un futuro feliz».

Impresiona cuando se ponen juntos todo lo que dice la Biblia dice sobre la actitud de Jesús en defensa de la vida de los jóvenes y niños con lo que don Bosco ha hecho:

La alegría de Jesús es grande, cuando ve a los niños, y pequeños entender las cosas del Reino que Él anunciaba a la gente: "Te doy gracias, Padre!" (Mt 11,25-26). Jesús reconoce que los pequeños entienden más que los doctores sobre las cosas del Reino! Don Bosco escribe la vida de tres muchachos de los cuales lo menos que se puede decir es que son auténticos místicos. Es el único que comprende que puede existir una mística una para los pequeños. Nosotros casi nos avergonzamos.

Cuando Jesús, entrando en el Templo, tira por tierra las mesas de los cambistas, son los niños los que gritan: "¡Hosanna al hijo de David!" (Mt 21, 15). Son fuertemente criticados por los jefes, sacerdotes y

por los escribas, Jesús los defiende: «¡Os aseguro que si ellos callaran, gritarían las piedras!» (Lc 19, 40). Y don Bosco: «Se dé amplia libertad de saltar, correr, chillar a placer...».

La triste carta de Roma parece decir: aquí gritan solo las piedras...

Una de las palabras más duras de Jesús es contra los que son causa de *escándalo* para los pequeños, es decir, el motivo por el que los pequeños no creen en Dios. Por esto, sería mejor para ellos atarles una piedra de molino y arrojarlos al mar (Lc 17,1-2; Mt 18,5-7). Don Bosco dirá de quien hacia mal a sus muchachos: «Si no fuera pecado lo desharía con mis manos ».

Jesús pide a sus discípulos que se hagan como niños y de aceptar el Reino como niños. Sin esto no es posible entrar en el Reino (Lc 9,46-48). Indica que los niños son profesores de los adultos. Esto no era normal. Estamos habituados a lo contrario. «El maestro visto solo en la cátedra es maestro y no mas, pero si va al recreo con los jóvenes se convierte en hermano. Si uno es visto solo predicar desde el púlpito se dirá que ni más ni menos que su propio deber, pero si dice una palabra en el recreo es la palabra de uno que ama» dice don Bosco.

Madres con hijos que alcanzan a Jesús para pedirle su bendición. Los apóstoles reaccionan y le alejan. Jesús corrige a los adultos y acoge a las madres con los niños. Toca a los niños y los abraza. Son muchos los niños y jóvenes que él acoge, cura y resucita: la hija de Jairo, de 12 años, la hija de la mujer cananea, el hijo de la viuda de Naín, el niño epiléptico, el hijo del centurión, el hijo del funcionario público, el muchacho con cinco panes y dos peces. No es ni siquiera necesario leer las Memorias Biográficas para observar don Bosco actuar con el mismo estilo.

Jesús abraza a los pequeños y se identifica con ellos. Quién acoge a uno de éstos, a mi me acoge (Mc 9,37). "Todo cuanto hagáis a uno solo de estos mis hermanos más pequeños, a mi me lo hacéis" (Mt 25,40). «En suma tratemos a los jóvenes como si Jesús mismo, niño, habitase en este colegio» (MB XIV,847) afirma Don Bosco.

3. La belleza de hombre bueno

Por esto Don Bosco es atrayente

El Card. J. Cagliero refería el siguiente hecho visto personalmente al acompañar a Don Bosco. Después de una conferencia en Nizza, Don Bosco sale del presbiterio de la Iglesia para acercarse a la puerta, todo circundado por la muchedumbre que no lo dejaba ni caminar. Un individuo de aspecto malo estaba inmóvil mirándolo como si maquinase algo así como un tiro. Don Cagliero, que no le quitaba el ojo, inquieto por lo que pudiera suceder, vio al hombre acercarse. Don Bosco le dirigió la palabra: «¿Que desea?»

«Yo? Nada!»

«¡Y sin embargo parece que tenéis algo que decirme!»

«No tengo nada que decirle».

«Os queréis confesar?»

«¿Confesarme, yo? Ni por soñación!»

« Entonces ¿que hacéis aquí?»

« ¡Estoy porque no puedo irme...!»

«He entendido... Señores me dejen un momento solo», dijo D. Bosco a los que lo circundaban. Los cercanos se fueron aparte, Don Bosco susurró alguna palabra al oído de aquel hombre que, cayendo de rodillas se confesó, en mitad de la iglesia (cf. MB XIV, 37).

El Papa Ratti, el Pontífice que canonizó a Don Bosco y que en el otoño del 1883 fue huésped de Don Bosco, en Casa Pinardi, recuerda: «A todos respondía y tenía la palabra exacta para todo, así maravillaba a todos: primero sorprendía y después maravillaba».

Dos nos hacen entender la eternidad: el amor y el estupor; Don Bosco las sintetiza en su persona. La belleza exterior es el componente visible de la interior. Y se manifiesta a través de la luz que emana de los ojos de cada individuo. No importa que éstos sean mal vestidos o no se conformen con nuestros cánones de la elegancia, o también de imponerse a la atención de la persona que le circunda. Los ojos son el espejo del alma y, de cualquier manera, revelan lo que parece oculto.

Pero, más allá de brillar, poseen otra cualidad: son espejo ya sea por las dotes encerradas en su ánimo, ya sea por los hombres y mujeres que son objeto de su observación.

En efecto reflexiona quien les observa. Como todo espejo, los ojos restituyen el reflejo más íntimo de la cara que tienen delante.

Un viejo sacerdote ya alumno en Valdocco, dejó escrito en 1889: "Lo que más sobresalía de Don Bosco era la mirada, dulce pero que penetraba, hasta lo más profundo del ser, por lo que apenas se podía soportar fijarse mucho tiempo en él". Y añadía: "En general los retratos y cuadros no nos transmiten esta característica" (MB VI, 2-3).

Otro ex-alumno, de los años '70, Pons Pietro, revela en sus recuerdos: "Don Bosco tenía dos ojos que perforaban y penetraban en la mente... Paseaba despacio hablando y mirando a todos con dos ojos que giraban por todas partes, electrizando de alegría los corazones" (MB XVII, 863).

4. El perfume

La belleza del hombre bueno es una cualidad difícil de definir, pero cuando existe te das enseguida cuenta: como un perfume. Todos sabemos cómo es el perfume de las rosas, pero ninguno puede llegar a explicarlo.

“A veces sucede este fenómeno, que un joven oída la palabra de Don Bosco, no se separaba más de su lado, absorto casi en una idea luminosa...

Otros velaban de noche ante su puerta, llamando ligeramente de vez en cuando, hasta que no les abriese, porque no querían irse dormir en pecado”

Miguel Rúa quería mucho a don Bosco, aquel sacerdote que le llenaba de alegría y de calor humano.

Habitaba en la *Regia Fábrica de Armas*, Miguelino, donde su papá era estuvo empleado. Cuatro de sus hermanos habían muerto jovencísimos, y él era muy delgado. Por esto su madre no le dejaba ir mucho al oratorio. Pero encontró igualmente a don Bosco en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde cursó tercero elemental. Cuenta:

«Cuando don Bosco venía a decirnos la Misa y a predicar, apenas entraba en la capilla parecía que una corriente eléctrica pasase por todos aquellos numerosos muchachos. Saltaban de pie, salíamos de nuestro sitio, nos apretábamos alrededor suyo. Hacía falta mucho tiempo para que pudiera llegar a la sacristía. Los buenos Hermanos no podían impedir el aparente desorden. Cuando venían otros sacerdotes no pasaba lo mismo».

Don Bosco era atrayente como un imán. Hay un episodio cómico y tierno, narrado en las Memorias Biográficas de don Bosco con la agilidad de Fioretti:

«Una tarde D. Bosco caminando por la acera a lo largo de via Doragrossa, hoy llamada vía Garibaldi, pasó delante del escaparate de un magnífico fabricante de pan cuyo cristal era toda la amplitud de la puerta. Un buen joven del Oratorio, que trabajaba como empleado, en cuanto vio a D. Bosco, el primer impulso de su corazón, sin darse cuenta del cristal que estaba cerrado, corre para verlo de cerca; pero da con la cabeza en el cristal y lo hace pedazos. Al caer de los cristales D. Bosco se para y abre la puerta; el chico todo humillado se acerca; el

patrón sale del sótano, alza la voz y grita; los pasajeros hacen eco. «Que has hecho?» preguntó D. Bosco al jovencillo; y él ingenuamente responde: «Le he visto pasar, y quería volverlo a ver, no me he dado cuenta que tenía que abrir la puerta y la he roto» (*Memorie Biografiche 169-170*).

Era un signo de amistad explosivo, en que poseían los muchachos al ver a don Bosco. En la línea de San Francisco de Sales, cantor de la amistad espiritual, don Bosco sentía que la amistad fundada en la benevolencia, confianza recíproca parecía esencial a su sistema preventivo.

La amistad para don Bosco es aquel “toque” que transforma un método educativo semejante a otros en un método único y original.

Hoy, estamos pagando un tributo pesando a una cultura que pone el acento de forma casi exclusiva en la experiencia amorosa, expresada de forma física y ve con desconfianza la amistad. Se olvida así una magnífica tradición que hace de la amistad antes que nada una “cuestión espiritual”.

En la línea del Evangelio. Los santos son desde siempre considerados los “amigos” de Dios, como Moisés (Es 33, 11) y Juan Bautista que es el amigo del Esposo (Gv 3,29). Jesús dice a sus discípulos «No os llamo ya siervos, sino amigos» (Gv 15,15).

Un espacio para los otros en la propia vida. La vida de don Bosco es un himno a la amistad. Era más fuerte que él mismo, un propósito que no ha cumplido.

Los pájaros eran su pasión. Había cogido del nido un mirlo pequeño y lo había metido en la jaula. En la jaula hecha con ramas le enseñó a silbar. El pájaro aprendió. Cuando veía a Juan lo saludaba con el silbido modulado, saltaba alegre entre las barras, se fijaba en él con sus ojitos negros -brillante. Un mirlo simpático.

Pero una mañana el mirlo no le saludo con su silbido. Un gato había roto la jaula se lo había comido. Quedaba solo un montón de plumas ensangrentadas. Juan se puso a llorar. Su madre trató de calmarlo, diciéndole que buscarían otro mirlo. Pero Juan continuó sollozando. No le importaba nada de otros mirlos. Era «aquel», su pequeño amigo, que lo habían matado, y no lo vería mas. Estuvo triste algunos días, y nadie conseguía volverlo a ver alegre. «Finalmente — cuenta Lemoyne — se paró a reflexionar sobre la vaciedad de las cosas mundanas, y tomó una resolución superior a su edad: se propuso no apegar nunca más el corazón a cosas terrenas». Las mismas palabras las repitió algunos años después, a la muerte de su más querido amigo, y muchas otras veces.

Gusta constatar que este propósito nunca llegó a cumplirlo. Él como nosotros, tiene un corazón de carne, que necesita amar las cosas pequeñas y grandes. Llorará con el corazón deshecho a la muerte de don Calosso, de Luis Comollo, a la vista de los primeros jóvenes tras las barras de la prisión.

Sus alumnos testimoniarán con insistencia casi monótona: «Me quería mucho». Uno de ellos, Luigi Orione, escribe: «Caminaría sobre carbones encendidos para verlo todavía una vez, y decirle gracias».

«Pero ahora los Superiores son considerados como Superiores y no como padres, hermanos y amigos, por consiguiente son poco amados». Afirma la carta de Roma. «Por ello si se quiere formar un corazón solo y un alma sola por amor de Jesús es necesario que se rompa la fatal barrera de la desconfianza y se ponga de relieve la confianza cordial. Que la obediencia guíe al alumno como la madre guía a su niño. Entonces reinará en el Oratorio la paz y la alegría antigua».

«Yo no pido ser perfectos» parece decir don Bosco. «Os pido que os hagáis amar, que no es la misma cosa. Quien ama se esposa con su corazón. Yo no os veo ni preocupados ni esposados. Esperáis que el amor os colme. Pero el amor no colma nada, ni el vacío que tenéis en la cabeza el abismo de vacío del corazón. El amor, estoy de acuerdo con vosotros, es algo incomprensible. Pero aquello que es imposible de entender es sencillo de vivir».

La pequeña Arianna pasó del sillón a dar sus primeros pasos con las bellas sucesivas caídas de rodillas en el suelo como le sucede a todos los niños.

En aquellas ocasiones la mamá abría los brazos y le decía: «Ven a mi».

Entonces ella iba a gatas, se le subía en las rodillas y mamá y niña se abrazaban.

La mamá le preguntaba: «¿Eres mi niña?».

Llorando, Arianna decía "sí" con la cabeza.

Luego añadía: «Mi dulce pequeñita Arianna?». La niña sollozaba todavía, pero con una sonrisa.

Y por fin la mamá decía: «Yo te quiero mucho, siempre, eternamente y a toda costa!».

Después de una carcajada y un abrazo, la niña estaba lista para otro desafío.

También a los cinco años, Arianna continuaba repitiendo la escena del "Ven a mi" a las rodillas y sentimientos heridos, para darse los "buenos días" y la "buenas noches".

Un día sucedió que mamá tuvo un mal día.

Estaba cansada, irritable y estresada por los quehaceres que exigen el tener cuidado del marido, de una niña de cinco años, de dos muchachos adolescentes y del trabajo que desarrollaba en la casa. Cada vez llamaba el teléfono llamaban a la puerta acudía del trabajo que le ocupaba el día entero y que tendría que desarrollar inmediatamente. Llegado el medio día se refugió en la habitación para llorar en santa paz.

Arianna fue rápido a buscarla y le dijo: «Ven conmigo». Se acurrucó junto a la mamá, mise puso sus manitas en la cara impregnada de lágrimas y le dijo: «Eres mi mamá?». Llorando la mamá hizo "sí" con la cabeza. «¿Mi dulce mamá?». Sonriendo la mujer hizo "sí" con la cabeza.

«Yo te quiero mucho, siempre, en eterno y a toda costa!».

Una carcajada, un abrazo y también la mamá estaba lista para el siguiente desafío.

Quién ama es amado. Don Bosco lo dice claramente en su carta más triste:

«Quién se siente amado ama y quién es amado obtiene todo especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece una corriente eléctrica entre los jóvenes y los Superiores. Los corazones se abren y manifiestan sus necesidades manifestando sus defectos. Este amor ayuda a soportar a los Superiores las fatigas, aburrimientos, ingraticudes, los fastidios, las faltas, negligencias de los jóvenes. Jesucristo no rompió la caña cascada, ni la vela que terminaba. He aquí vuestro modelo».

5. Como un diamante

La técnica de don Bosco es la del profeta Eliseo.

Eliseo entró en casa. El chico estaba muerto, acurrucado en el lecho. Entró, cerró la puerta y rezó al Señor. Salió y se acurrucó sobre el niño; posó su boca sobre la de él, los ojos sobre los de él, las manos sobre sus manos, se reclinó sobre él y el cuerpo del niño recibió calor. Desistió y se puso a caminar e si mise de acá para allá por la casa; después se subió y se encorvó sobre él. El chico estornudó siete veces, después abrió los ojos (2 Re 4, 32-35).

La educación pasa de persona a persona: implica ojos, oídos, cabeza, corazón, pies, manos y nariz de educadores y educandos. Sobre todo la educación pasa a través de los ojos.

A quien le pide la carta de identidad, Jesús no responde: «Sentaos que os explico el Credo», palabra pero «Venid y veréis ».

La palabra, la teoría, se hizo carne. Los hombres han cogido esta carne y la han hecho palabras, palabras...

«Aprended de mi» dice Jesús. «¿Por qué no hacéis como yo?» nos pregunta don Bosco.

Pero don Bosco es como un diamante de muchas caras y muchos rayos. Imposible verlo todo. Dejémonos invadir un instante de algunos.

La bondad. Su bondad que deja a todo el que vive espacio abierto y libre movimiento, es más da, se lo crea, ya que solo allí la vida puede florecer.

Una bondad siempre bien dispuesta hacia la vida. Todas las veces que se encuentra con algo que vive, su primera reacción no es la de criticar y desconfiar, sino apreciar, favorecer, ayudar para que crezca. Pero en su bondad hay además fuerza. Y tanta más fuerza cuanto más es pura, perfecta e interminable.

La auténtica bondad exige paciencia. Continuamente nos advierte que los defectos de los otros se nos hacen insostenibles porque los guardamos en la memoria. Continuamente la bondad tiene que estar pronta a asistir a lo que y a quien lo necesite.

Otra cosa todavía enriquece la bondad de don Bosco, algo de lo que se habla de pasada, y es el humorismo. Ayuda a hacer más fácil el soportarlo todo, es mas sin él no hay nada en el mundo que nos ayude a hacerlo realidad.

«Hacia finales del 1874 se trasladó al colegio de Borgo S. Martino el primer germen de la Planta - Madre de Mornese. Pocos meses después, Don Bosco fue a visitarla. Le acogió la Directora Sor Felicina Mazzarello (hermana de la Superiora General), la cual, toda tímida, le dice:

« ¡Oh! ¡Don Bosco! ¿Cómo hacemos?»

«¿Que dificultad tienes, mi buena hija?» le responde Don Bosco.

«El Director, continuó Sor Mazzarello, quiere absolutamente que en la comida también a nosotras se nos sirvan dos platos; porque, dice, si no nos alimentamos un poco más, no duraremos mucho en este colegio, donde hay tanto que hacer. Mientras que en Mornese, en la Casa Madre, en la comida solo tienen uno, están siempre alegres y contentas. Nos diga ¿cómo hacemos? ¿Tenemos que obedecer al director, o seguir la costumbre de la Casa Madre?»

« La cosa es grave de verdad, responde con fingida seriedad Don Bosco; necesito reflexionar antes de dar una respuesta decisiva. El Director, ya sabemos, hay que obedecerlo; - por otra parte la costumbre de Mornese se debe respetar. Y... digo también yo, como haremos?... pero antes de decidir, traedme aquí, si os parece, los dos platos. Se los llevaron al instante, porque era inminente la hora de la comida. Entonces Don Bosco, juntando los dos en un solo plato y presentándoselo a la Directora:

«Aquí tenéis, dijo, y fuera todo escrúpulo; aquí tenéis los dos platos en uno solo a la mismo tiempo, y así ni el director, ni las de Mornese podrán estar descontentas de nosotras».

La sencillez. Muchas personas necesitan fingir ser diversas, aparentar ser más fuertes de aquello que son. Para aparentar lo que no son.

Las flores sencillamente florecen. Ligeras, silenciosas son lo que son. La persona sencilla como los pájaros del cielo. El canto alguna vez, el silencio frecuentemente, la vida siempre. Don Bosco vivió como respira. Siempre fue él. Nunca doble, ni prepotente, ni complejo. La inteligencia no es complicación. La realidad es compleja, sin duda. No llegaremos fácilmente a describir un árbol, una flor, una estrella, una piedad ... Esto no les impide ser sencillamente lo que son. La rosa es sin un por qué, florece porque florece, no se preocupa de sí misma, no desea ser vista...

Las Memorias nos cuentan que en el 1877, en Ancona «don Bosco fue a celebrar hacia las diez a la iglesia del Jesús, dirigida por los Misioneros de la Preciosísima Sangre. Le ayudó a Misa un joven, que en toda su vida olvidó aquel encuentro. Vio entrar en la in sacristía un «curita» bajo,

modesto de aspecto y en su comportamiento, desconocido. Pero «en aquel rostro moreno» un no sé qué de bondad atrayente, que dejó en él una mezcla de curiosidad y reverencia. Al celebrar después notó que tenía algo especial, que invitaba al recogimiento y al fervor. Terminada la misa, después de la acción de gracias, el sacerdote puso las manos sobre la cabeza y me regaló diez céntimos, quiso saber quién era y que hacía y me dijo buenas palabras. Después de cuarenta y ocho años de distancia aquel joven, que se llamaba Eugenio Marconi y era alumno del Instituto Buen Pastor, tendría después que escribir: «¡Oh la dulzura de aquella voz! El afecto encerrado en aquellas palabras! Yo permanecí conmovido». Descubrí poco después que el « curilla » era don Bosco y fui siempre amigo devoto por toda la vida.

Existe la complejidad del pensamiento, la sencillez de mirada. Lo contrario de sencillez no es lo complejo, sino lo falso.

Sencillez es desnuda expoliación, pobreza. Sin que exista todo esto no hay sencillez. Es poseer solo el tesoro de “nada”. Sencillez y libertad, transparencia. Sencillos como el aire, libre como el aire. Como una ventana abierta al gran soplo del mundo, a la infinita y silenciosa presencia de todo.

Donde sopla el Espíritu del Evangelio: «Mirad los pájaros que viven en libertad: ni siembran, ni siegan,... y el Padre los alimenta! ¿Y no sois vosotros más que ellos?» (Mt 6,26).

Las Memorias tranquilamente afirman: «Era evidente que él se abandono del todo en los brazos de la divina Providencia, como un niño en las de su madre» (MB III, 36).

Todo es sencillo para Dios. Todo es divino para los sencillos hasta el trabajo. Y hasta el esfuerzo.

Nunca se le vio un momento ocioso. Hablando de la fatiga y del trabajo y respondiendo a quien le preguntara como podía resistir, decía: - Dios me ha concedido la gracia de que el trabajo y la fatiga en vez de serme de peso, se me transformen en recreo y distracción. En 1885 por la importancia de la multitud de las cartas que exigían una respuesta de su puño, estaba cerrado en su habitación de la mañana hasta la noche por enteras semanas. Fue interrogado: -¿Es posible que no se aburra de estos trabajos, sin salir a tomar un poco de aire saludable? - Vea, respondió: hago esto con el mayor gusto del mundo. No Hay nada que me guste más que esto.

Y así respondía en momentos distintos; le compadecían ya fuera por las confesiones interminables, como por las predicaciones, rifas, imprenta, y por otras variadas preocupaciones: - No hay nada que me guste más que esto. (MB XIV, 212)

La pureza. Hay un amor que aprisiona y es impureza. Y hay un amor que dona o contempla, y es la pureza. El amor puro es lo contrario del amor propio. Es el resultado de un gran trabajo de purificación por lo que el amor brota liberándose: El cuerpo, el amor es el lugar, el ideal y la llama que consume todo aquello que no es oro puro. La pureza es amor sin avidez, sin deseos de poseer. Es transparencia total.

La pureza es la cualidad más mágica de la persona. Castidad y celibato son el vehículo, no la calle. La calle es la bienaventuranza de los limpios de corazón.

Tolone, durante el viaje de Don Bosco en Francia en 1881. Después de una conferencia en la iglesia parroquial de Santa María, Don Bosco, con un plato de plata en la mano, hizo giro por toda la iglesia pidiendo limosna. Un obrero, cuando Don Bosco le pone el plato, volvió la cara del lado contrario parte levantando despectivamente la espalda... Don Bosco, pasando a otros, le miró amorosamente y le dijo: "¡Dios te bendiga!" -. Entonces el obrero metió la mano en el bolsillo y depositó una moneda en el plato. Don Bosco, mirádoles a la cara le dice: "¡Dio te recompense!"-. El otro, repitió el gesto y ofreció dos monedas. Y Don Bosco:"¡Oh, querido mío, Dios te recompense cada día más!". Aquel hombre al oír esto, sacó fuera el

portamonedas y le dio un franco. Don Bosco le miró lleno de conmoción y se marchó. Pero aquella persona, casi atraído por la fuerza mágica, lo siguió por la iglesia, le siguió por la sacristía, fue detrás de él por la ciudad y no cesó de estar a sus espaldas hasta que lo vio desaparecer (cf. MB XV, 63).

La atención. Hay en la atención una cualidad, una mágica cualidad que integra y da vida. Esta es la atención al estado puro: no consejos o juicios, solo atención, poniendo en espera fastidios, argumentaciones, esperanzas, fantasías. En tal modo la atención se transforma en una cualidad moral, como la justicia o el amor. De hecho pensamos en la atención como en un mecanismo neutral («está atento a no mover la cabeza», «está atento cuando atravesases la calle»).

No nos olvidemos que atención no quiere decir solo «Prestaré atención y evitaré el desastre», sino «Me preocupo por ti», «Te escucho», «Estoy disponible». Prestar atención quiere decir estar despejados. Es, por tanto, ser conscientes de lo que tenemos delante. En este punto está claro que vivir en el presente es una condición necesaria para cualquier tipo de relación. De hecho, estoy distraído si no estoy presente, ¿dónde estoy? Y si no estoy allí, ¿quién es el que está en mi lugar? ¿En que fantasma, en que robot he delegado el representarme?

«Observé y vi que muy pocos Sacerdotes y Clérigos se metían entre los muchachos y más todavía que muy pocos tomaban parte en sus diversiones parte. Los Superiores no eran ya el alma del recreo. La mayor parte de ellos paseaban entre ellos hablando, sin darse cuenta que cosa hacían los alumnos: otros miraban el recreo sin pensar para nada en los jóvenes; otros miraban desde lejos casi en lejanía sin advertir sin advertir faltas; alguno se daba cuenta de ellas pero amenazando y eso raramente».

El chico no llegaba a formarse como deseaba Don Bosco, que había aprendido en el patio, por casualidad, unas semanas antes su nombre, y le admiraba que todavía recordase y supiera su nombre. Se animó y le preguntó: "Don Bosco, ¿cómo ha hecho para acordarse de mi nombre?"

"De mis hijos yo nunca me olvido", le respondió.

A un muchacho que dejaba el Oratorio por su voluntad, Don Bosco, encontrándolo, le preguntó:

"¿Que tienes en la mano?"

"Cinco liras que mi mamá me ha hecho llegar para comprarme el billete del tren".

"Tu mamá te ha pagado el billete para el viaje del Oratorio a tu casa, y está bien. Ahora toma estas cinco liras. Son para tu billete de vuelta. En cualquier momento que tengas necesidad iven a buscarme!".

La atención es una forma de cortesía, de gentileza, como la des-atención es el descuido más grande que podemos hacer a los otros. A veces es una violencia implícita, sobre todo si se trata de niños: la negligencia es justamente considerada un abuso cuando llega al umbral de lo insostenible, pero en pequeñas dosis forma parte de la ordinaria ignominia que muchos niños están sometidos a sufrir. La desatención es sufrimiento: es muy difícil crecer y formarse donde la única distracción y disfrute es quizás una televisión plagada de sueños violentos o consumísticos. La atención es calor y afecto, que permite a las potencialidades que se poseen desarrollarse y florecer.

El contacto como intercambio de energía. Poseía una de las cualidades más raras: la "gracia de la existencia". Una vida que se desborda. Por lo que millares de personas decían: «¡Gracias porque existes!» y «¡Junto a ti me siento otro!».

«Escuchaba a los muchachos con la mayor atención del mundo como si las cosas que le exponían fueran todas muy importantes. De vez en cuando se levantaba, o paseaba con ellos en la habitación. Terminado el coloquio los acompañaba hasta la calle, abría él mismo la puerta, y los despedía diciendo: - ¡Seremos siempre amigos, eh!» (*Memorie Biografiche IV, 439*).

Es uno que ama de verdad y, obviamente, con un profundo interés por las preocupaciones de los otros. Rechaza tener presentes las faltas de los otros a la hora de juzgarlos. Tiene paciencia, no obstante las interrupciones. Su amor por la vida es evidente, y su darse es continuo y continuamente infunde ánimo.

Sabe que no existen chicos malos. Si son muchachos que se portan mal es porque se desaniman. Animar en griego se dice *paracaleo*. Don Bosco era un “paráclito” a tiempo pleno!

Los jóvenes dicen: «¡Indignaos !» Don Bosco dice: «¿Sabéis lo bellos que sois? Sois preciosos, lleváis en vosotros cualidades extraordinarias de bondad, podéis dar vida, esperanza, futuro. Mas para hacer esto debéis tener valor: ¡manteneos firmes!»

La belleza moral produce efectos significativos ya sea en nosotros mismos como en los demás. Cuando observamos la belleza moral, nos contagiamos. Se transforma en parte de nuestra vida, y si no tenemos la costumbre de darnos cuenta de ello, estamos en grado de sentir el cambio que se produce en nosotros.

Entrado en la habitación de Don Bosco, expuso el objetivo de su venida y mientras todos se acaloraban, vio que el buen Padre lo miraba en silencio y sonreía. – Por tanto ¿no quieres ir adelante? Le preguntó Don Bosco.

- ¡No, absolutamente no! Yo tengo la cabeza rota y quiero pararme un rato.

- Y ¿qué quieres hacer?

- Dejar todo y marcharme a Roccaforte para estudiar un poco más.

- ¿Dejas entonces a Don Bosco? Precisamente tu?

- Sí, yo.

- Bien, ya que dices que tienes la cabeza rota, yo te acomodo rápido. Toma la mía. – Y diciendo esto se quitó la berreta de su cabeza y la puso sobre Don Unia; es decir: - ¡Ahora vete donde te mando! Le añadió.

- ¿Hasta el fin del mundo?

- ¡Hasta el fin del mundo!

Miedo, dudas, preocupaciones por volver a Roccaforte se disolvieron rápido bajo aquella mágica birreta. Se marchó sin devolvérsela y la llevó siempre consigo; hoy es preciosa reliquia. Don Unia fue verdaderamente al fin del mundo. Una vocación extraordinaria lo llevó, con licencia de los Superiores, en el grande leprosario de Agua de Dios en Colombia, donde con el heroísmo de su sacrificio honró a la Congregación y a la Chiesa, contrayendo una enfermedad que lo condujo a la tumba en el 1895; pero su ejemplo, seguido por otros generosos, rebeló a los salesianos otra forma de apostolado, que cada vez se ha desarrollado mas y lleva porta hoy fuerzas y salvación a miles de infelices. El cardinal Rampolla, Secretario de Estado y Protector de la Congregación, elogiándolo dice: “el ejercicio más sublime de caridad” expresó entonces la pena del Santo Padre León XIII por su luctuosa pérdida (1).

Se puede crecer de varios modos: con la creatividad, por ejemplo; o con la meditación, o con el pensamiento y la reflexión, o abriéndose a la belleza de la naturaleza, mediante el trabajo, dominio del cuerpo y la oración.

Para quién tiene facilidad de contacto, como era evidente en don Bosco, la relación era el instrumento principal de crecimiento, el encuentro con el otro era el campo en el que puede hacerse crecer y mejorar. Porque él tenía la posibilidad de revelar su espiritualidad y en esto encuentro, en esta alquimia, pueden suceder cosas sorprendentes y bellísimas.

Basta observar el efecto que el encuentro con otra persona – cualquier persona - produce en nosotros. Ciertos encuentros nos dejan preocupados, nos aburren. Después nos sentimos cansados y desanimados. Otras veces nos dan energía, nos animan la moral, nos sugieren nuevas ideas. Quien posee el talento del contacto llega a gozar al máximo este fenómeno. Tiene la capacidad de facilitar

relaciones química entre sí y la otra persona. Es capaz, hasta en el encuentro más banal y en apariencia insignificante, hacer surgir el alma. Así era don Bosco.

La alegría. La alegría, un estado de ánimo positivo y feliz, era lo normal en la vida de don Bosco. Más que nunca verdadera para él era la expresión: «Mi vocación es otra. Mi vocación es ser feliz con la felicidad de los otros».

Ante el amor no hay ninguno adulto, solo niños, este espíritu infantil que es abandono, no preocuparse demasiado, libertad interior.

«Pasaba de un punto al otro del patio, siempre como hábil jugador, lo que exigía sacrificio y fatiga continua. “ Enamoraba verlo en medio a nosotros, decía uno de estos alumnos, aunque fuera en edad avanzada. Alguno de nosotros estaba sin camiseta, otros la tenían pero con muchos rotos; estos ponían cerca los calzones, otro no tenía sombrero, o el pie se le salía por los zapatos rotos. Estaban descamisados o tal vez descreídos, importunos, caprichosos, y él encontraba sus delicias en estar con estos miserables. Para los más pequeños, tenía un afecto de madre. Una vez dos muchachos por asuntos de juego se injuriaron y pegaron. D. Bosco rápido se hacía presente junto a ellos invitándolos a dejarlo. Ciegos por la rabia alguna vez no le obedecían y él entonces alzaba la mano como en acto de pegarles; pero enseguida se paraba, cogiéndolos por el brazo los separaba, y enseguida aquellos biriquinos cesaban como por encanto todo altercado ”.

Con frecuencia formaba dos campos opuestos a los jóvenes para la “*barrarotta*”, y haciéndose él mismo cabeza de una de las partes, animaba el juego que, parte jugadores y parte espectadores, todos los jóvenes se entusiasmaban por aquel partido. De un lado se perseguía la gloria de vencer a D. Bosco, de la otra se hacía fiesta por la seguridad de la victoria.

No en vano desafiaba a todos los jóvenes a ganarle en la carrera, fijaba la meta destinando el premio al vencedor. Y helos allí alineados. D. Bosco solía subirse la sotana hasta las rodillas: - Atentos grita: ¡Uno, dos, tres! – Y una multitud de jóvenes se lanzan pero D. Bosco es siempre el primero en llegar a la meta. La última de estas apuestas tuvo lugar precisamente en 1868 y D. Bosco, no obstante sus piernas inflamadas, corría con tanta rapidez de dejar detrás 800 entre los cuales los había de una agilidad maravillosa. Nosotros presentes, no podíamos creer a nuestros ojos. (MB III, 127)

Pero en el espejo roto no hay nada semejante. El placer y la alegría se agrietan y todo el resto tiembla. «- *Cuanta desánimo en este recreo. – Y de ahí deriva la frialdad de tantos en acercarse a los Sacramentos, el descuido de las prácticas de piedad en la Iglesia o en otras partes; el estar de mala gana en un lugar donde la Divina Providencia les colma de todo bien para el cuerpo y para , el alma, para la inteligencia. De ahí deriva el no corresponder de muchos a la vocación; de ahí la ingratitud hacia los Superiores; de ahí secretos y murmuraciones le con los otros con deplorables consecuencias*».

Es como decir: «Perdida la alegría, pierdo el placer de vivir y pierdo todo». No hay nada salesiano en esto.

Un día, un hombre se paró en medio de un grupo de muchachos, que jugaban en un patio. El hombre se puso a hacer cabriolas y toda suerte de bufonadas para divertir a los muchachos. La madre de uno observaba desde la ventana. Después de un rato va al patio y se acercó a su hijo.

«Ah! Este es de verdad un santo», le dijo. «Hijo mío vete con él».

El hombre puso una mano sobre la espalda del chico y le preguntó: “ Querido, ¿que cosa quieres hacer?».

«No lo sé», respondió el muchacho. «¿Que quiere que yo haga?».

«Debes decírmelo tu qué es lo que te apetece hacer».

«Oh, a mi me apetece jugar».

«Pues entonces, ¿quieres jugar con el Señor?».

El muchacho quedó desconcertado, sin saber qué decir. Entonces el santo añadió: «Si tu quieres jugar con el Señor, harás la cosa más bonita que se pueda hacer. Todos toman a Dios tan en serio que lo hacen aburrido. Juega con Dios, hijito. Es un compañero de juego incomparable».

Así los Migueles Magone del dosmil pueden encontrar a Dios.

6. Dios en todo esto

Existe quién se afana en torno a las demostraciones de la existencia de Dios. La más perfecta demostración de Dios no es difícil.

El niño preguntó a la mamá: «Según tú, ¿Dios existe?».

«Sí».

«¿Como es?».

La mujer acercó el niño hacía sí.

Lo abrazó fuerte y dijo: «Dios es así».

«He entendido».

Así don Bosco predicaba a Dios. Siempre presente y vivo. Dios como compañía, aire respira. Dios como para los peces. Dios como el nido caliente de un corazón que ama. Dios como el perfume de la vida.

Dios es lo que saben los niños, no los adultos.

Un niño observaba encantado las espléndidas vidrieras de una catedral iluminada por el sol.

«Ahora he entendido quién es un santo» dijo de improviso.

« ¿Sí? ¿De verdad?» dijo la catequista.

«Es un hombre que deja pasar la luz ».

Y don Bosco era una radiosa vidriera que dejaba pasar la luz de Dios.

Tanto que cerca de don Bosco se hubiera podido rezar: «Danos hoy, Señor, nuestro milagro cotidiano».

Todos los años los jóvenes del Oratorio de S. León en Marsella hacían una acampada en la villa del Sr. Olive, generoso benefactor de los Salesianos. En aquella ocasión el padre y la madre servían a la mesa de los superiores, y sus hijos a los alumnos. En el 1894 la excursión se hizo durante la estancia de Don Bosco en Marsella. Mientras los alumnos se divertían en los jardines, la cocinera corrió afanosa hacia la señora Olive a decirle: "Señora, la cazuelas de la sopa para los chicos pierde y no puedo de ningún modo a remediarlo. ¡Tendrán que estar sin sopa!". La señora que tenía mucha fe en Don Bosco, tuvo una idea. Mandó llamar a todos los jóvenes y dijo: "Oiga, si quieren sopa, arrodillaros aquí y digamos una oración a Don Bosco para que haga estañar la cazuela ". Obedecieron. La cazuela cesó al instante de perder. Pero Don Bosco, oyendo contar el hecho, rió con gusto, diciendo: "De ahora en adelante llamaremos a Don Bosco protector de los estañadores" (MB XVII, 55-56).

¿Donde han terminado los milagros? Donde están las "infinitas gracias y portentos" de las que habla don Bosco en la carta de Roma? ¿Por qué no sabemos dónde se encuentra la llave que abre las puertas cerradas con cerraduras aparentemente imposibles de violar?

Mira por qué te pedimos, oh Señor, de darnos hoy nuestro milagro cotidiano. Es quizás el primer milagro la resurrección de sueños.

7. Magnificat

¿Por qué se habla tanto de nueva evangelización y tan poco de Nuevos Evangelizadores? Porque todos quieren renovar la Pastoral y tan pocos piensan en renovar los pastores?

El sistema preventivo no existe. Existe don Bosco. No lo podéis aprisionar en formulitas casi matemáticas. El sistema de don Bosco no es una teoría, sino una forma de ser.

Un día, salió del corazón de D. Bosco una bellísima y significativa respuesta.

Se desorientaron aquellos señores ante la inesperada respuesta, y mirándose el uno al otro en la cara, le preguntaron: «¿Quiere entonces formar una nueva comunidad religiosa?»

«¿Y si tuviera este proyecto?» dijo D. Bosco.

«Y a sus religiosas ¿que distintivo les asignará?»

«¡La virtud!» respondió D. Bosco, no queriendo con más detalles.

Pero los otros, quedando en bajo la admiración, insistían bromeando por saber que túnica se habrían puesto los nuevos frailes.

«Bien, replicó D. Bosco; quiero que todos vayan en mangas de camisa como los muchachos albañiles».

A este punto risa y admiración acogieron la extraña revelación (MB II, 411).

Todos recuerdan la camisa, pero la verdadera respuesta es la primera: el uniforme de los salesianos es “la virtud”. Se educa con lo que se es, no con lo que se hace. Con el perfume que nos echamos y no con las teorías. Porque los niños aprenden lo que ven y solo lo ven en lo que viven.

«- *Ciertamente!*» Dice la carta de Roma «*Entonces todo era alegría para mí, en los jóvenes un deseo de acercarse a mí por querer hablarme, y un ansia viva por oír mis consejos y ponerlos en práctica. Ahora vemos como las continuas actividades continuas y la falta de salud me lo impiden.*

- *Bien: pero si usted no puede, ¿por qué sus Salesianos no son sus imitadores? ¿Por qué no insiste, no exige que traten a los como los trataba usted?*

- *lo digo pero, me quedo sin pulmones pero por desgracia no se sienten capaces de esforzarse y cansarse como entonces ».*

Entonces es sencillo. Hoy nos toca a nosotros ser el espejo: ser una persona como don Bosco. Es este el significado de “ser salesianos”.

Un profesor terminó la lección, y luego pronuncio la frase de rito: «¿Tenéis preguntas?».

Un estudiante le preguntó: «Profesor, ¿cuál es el significado de la vida?».

Alguno entre los presentes, que se disponían para salir, se rió. El profesor miró largo rato al estudiante, preguntando con la mirada si era una pregunta seria. Comprendió que lo era.

«Le responderé».

Extrajo el portafolios del bolso de los pantalones, saco un espejo redondo, no más grande que una moneda. Luego dijo: «Era un niño durante la guerra. Un día, por la calle, vi un espejo hecho pedazos.

Guardo el trozo más grande. Aquí está. Comencé a jugar me dejó encantado por la posibilidad de dirigir la luz refleja en las esquinas oscuras donde el sol no brillaba: agujeros profundos... Conservé el pequeño espejo. Hecho un hombre terminé entendiendo que no era solamente el juego de un niño, sino la metáfora de lo que hubiera podido hacer en la vida ».

También nosotros probablemente somos solo un fragmento de aquel espejo de Jesús que era don Bosco. Un espejo para reconstruir. Con lo que tenemos, pero, podemos mandar la luz – la verdad, la comprensión, el conocimiento, la bondad, la ternura, la alegría – en las oscuridades del corazón de las personas e cambiar alguna cosa en alguno. Quizás otras personas lo verán y harán lo mismo.

«Concluyo: ¿Sabéis que desea de vosotros este pobre viejo que por sus queridos jóvenes ha consumado toda su vida? No otra cosa, que vuelvan los días felices del antiguo oratorio. Los días del amor y la confianza Cristiana entre jóvenes y superiores; los días del Espíritu de condescendencia y de soportarnos, por amor a Jesucristo, los unos a los otros; los días del corazón abierto con toda sencillez y candor, los días de la alegría auténtica para todos. Tengo necesidad de que me consoléis dándome la esperanza y la promesa que haréis todo esto que es lo que deseo para vosotros y el bien de vuestras almas. No conocéis lo suficiente la fortuna vuestra de estar en el Oratorio. Delante de Dios os digo: Basta que un joven entre en una casa Salesiana para que la Virgen SS. Lo tome enseguida bajo su protección. Pongámonos todos de acuerdo. La caridad de los que gobiernan, la caridad de los que deben obedecer haga reinar entre nosotros el espíritu de S. Francisco de Sales. Oh mis queridos hijos, se acerca el tiempo en el que deberé separarme de vosotros para ir a la eternidad».

«A este punto», escribe el secretario, «don Bosco suspendió el dictar; sus ojos se llenaron de lagrimas, no por desagrado, sino por ternura que transparentaba su rostro y el sonido de su voz ».

Hasta el último sueño quiero vivir con mis jóvenes: «¡Quiero morir con mis jóvenes!».

Cerró lentamente los ojos como fascinado por un pensamiento profundo, que retuvo la respiración.

Grita: «Madre! Madre!» Dos veces, porque son dos allí juntas esperándole.

Grita como un niño. Un niño que finalmente vuelve a casa. Cogido por la mano del compañero de sus juegos de toda la vida.

Dos cosas para terminar.

El reloj del campanario de san Francisco es una poesía para un film.

Últimos días de la vida terrena de don Bosco. Don Lemoyne narra una cosa muy especial. El reloj en el campanario de la Iglesia interna de S. Francisco se paró hasta el 1865 y la lanza estuvieron quietos varios años en las cuatro y veinte. Don Lemoyne tomó nota de la hora. Varios años después las esferas se movieron, porque los jóvenes externos, subiendo al campanario, las hicieron girar para divertirse. Don Lemoyne con aquella idea marcó la mañana de la muerte de Don Bosco fue a observar el reloj. Con grande estupor vio que después de tanto moverlas las agujas habían vuelto a las cuatro y veinte.

El reloj del campanario de San Francesco no existe ya. Me gustaría tanto que lo volvieran a poner para señalar la hora actual.

La poesía es la del film *L'attimo fuggente*.

Oh capitán mi capitán.
 Nuestro tremendo viaje ha terminado,
 la nave ha superado todo obstáculo, el premio se ha conquistado,
 cerca del puerto, oigo las campanas, todo el pueblo exulta,
 ojos que siguen el hecho, la nave intrépida para;
 Oh Capitán! Mi capitán! Resuenan las campanas
 Resurjo –para ti se iza la bandera tocan las trombas,
 por ti cintas de flores y guirnaldas – por ti costas pobladas,
 te invoca la masa ondeante, a te vuelven el rostro;
 he aquí Capitán Oh amado padre!



AÑO DE LA FE 2012
2013

Año de la fe

La influencia de la constitución de liturgia en la pastoral con jóvenes (1963-2012)

Luis F. Álvarez González, sdb

Se ha dicho que el siglo XX ha sido el siglo de la liturgia. Y uno de sus frutos más sazonados la Constitución sobre la liturgia²⁸, primer documento aprobado por el Concilio Vaticano II casi por unanimidad²⁹. “Ningún documento conciliar puede presumir de haber sido comentado tan a fondo, por tantas personas, y según ópticas tan diversas, como *Sacrosanctum Concilium*.”³⁰ En este trabajo deseo hacer un primer acercamiento al tema de su significado e importancia para la Pastoral Juvenil.

²⁸ Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada Liturgia, en *CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constituciones. Decretos. Declaraciones* = BAC 526 (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1993) 215-285. Sigla = SC.

²⁹ La constitución sobre la Liturgia fue aprobada, por 2147 votos a favor y 4 en contra, en la mañana del día 4 de diciembre de 1963; exactamente 400 años después de la clausura del Concilio de Trento (4 de diciembre de 1563).

³⁰ Una bibliografía bastante completa se puede ver en: AROCENA SOLANO F. M., *Sacrosanctum Concilium*: Boletín bibliográfico (1963-2003), en ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE PROFESORES DE LITURGIA, *La liturgia en los inicios del tercer milenio. A los XL años de la Sacrosanctum Concilium* (Baracaldo, Grafite, 2004) 757-776.

I. El Vaticano II:

un Concilio pastoral:³¹

Estudiar un documento sin conocer las claves desde las que fue creado constituye un grave error: Se corre el riesgo de no entenderlo. Pues bien, una de las claves más importantes para abordar los documentos del Concilio es su perspectiva esencialmente pastoral. Se descubre fácilmente tras una primera lectura de sus fines tal como aparecen enunciados en el proemio de su primer documento:

- ✓ La mejor calidad de la vida cristiana del Pueblo de Dios;
- ✓ La reforma y renovación interior de la Iglesia;
- ✓ La unidad de los cristianos;
- ✓ Y la evangelización del mundo moderno (cf. SC I).

Importa mucho valorar como conviene el papel decisivo de los dos Papas del Vaticano II al asignar al Concilio esta profunda perspectiva pastoral.

El papa Juan XXIII marcó este rumbo en el importantísimo discurso de apertura del Concilio³² en la mañana del 11 de octubre de 1962: «Tampoco nuestra tarea tiene como fin fundamental discutir algunos capítulos importantes de la doctrina cristiana y repetir, ampliado, lo que han dicho los Padres y los teólogos, antiguos y modernos. Todo eso sabemos que lo conocéis y lo tenéis presente en vuestro espíritu. Para tener únicamente este tipo de discusiones no era necesario convocar un Concilio ecuménico... Una cosa, en efecto, es el depósito de la fe o las verdades que contiene nuestra venerable doctrina, y otra distinta es el modo como se enuncian estas verdades, conservando, sin embargo, el mismo sentido y significado...» Según Juan XXIII el Concilio debía recurrir a una forma de exponer y transmitir la verdad que correspondiese mejor a una enseñanza de carácter sobre todo pastoral.

El papa Pablo VI, por su parte, mantiene firme este rumbo. Tras la muerte de Juan XXIII, inaugura la segunda sesión del Concilio y recordando emocionadamente su figura se dirige a él con las siguientes palabras «...Con este fin principal del Concilio –se refiere al de “conservar y proponer con mayor eficacia el depósito de la doctrina cristiana”– uniste también aquel otro que llaman pastoral y que hoy día aparece más urgente y fecundo que al principio.»³³

2. ¿En qué sentido es pastoral

la constitución *Sacrosanctum Concilium*?:

Lo es en el sentido más pleno del término, porque propone una noción económica (= histórico-salvífica) de la liturgia, en la que la santificación del hombre tiene preferencia sobre

³¹ Era la primera vez que se aplicaba el determinativo “pastoral” a un concilio ecuménico. Y se ha escrito mucho sobre ello. A título de ejemplo véase el más reciente: UNZUETA A. M., «Hubo un hombre enviado por Dios: se llamaba Juan» (*Jn 1,6*). *La propuesta de un Concilio pastoral*, in «Misión Joven» nº 426-427 (2012) 5-13.

³² JUAN XXIII, Discurso de apertura del Concilio Vaticano II *Gaudet Mater Ecclesia*, in «AAS» 54 (1962) 786-796. Para la versión española ver: *CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constituciones. Decretos. Declaraciones...*, o. c., 1089-1098.

³³ PABLO VI, *Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II*, en *CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constituciones. Decretos. Declaraciones...*, o. c., 1105-1120. La cita se refiere concretamente a la página 1107.

el culto a Dios. Con dicha noción de liturgia la Constitución se vuelve hacia los hombres sin dar la espalda a Dios. Es decir, primero es nuestra reconciliación en Cristo, sólo entonces estaremos capacitados para la plenitud del culto a Dios (cf. SC 5). De este modo la liturgia se descubre como la pastoral por antonomasia de la Iglesia, su mejor y más eficaz acción pastoral.

La Constitución de liturgia es también pastoral en el sentido pleno, porque ha dispuesto la mayor reforma litúrgica de la historia de la Iglesia, con el único objeto de conseguir la plena eficacia pastoral de la celebración (SC 49). Su auténtico centro de interés es facilitar al pueblo de Dios una vivencia profunda y personal de la liturgia, ya que ésta es el centro de la vida y de la misión de la Iglesia y el centro de la vida de los cristianos.

Para conseguirlo propone sólidos principios doctrinales y pastorales que caracterizan y sostienen el proyecto litúrgico del Vaticano II.

3. Influencia de la *Sacrosanctum Concilium*

en la Pastoral Juvenil:

¿Ha influido verdaderamente la *Sacrosanctum Concilium* en la Pastoral Juvenil? ¿Han estudiado a fondo los agentes de la pastoral con jóvenes la Constitución sobre la liturgia? Aunque no es un texto específico de Pastoral Juvenil no se debe ignorar absolutamente, ya que, como se ha adelantado, la liturgia viva y para la vida es el corazón de la pastoral de la Iglesia. Su oportunidad de incidir en la Pastoral Juvenil reside en los principios doctrinales y normas de acción que formula y que constituyen aportaciones de gran importancia a tener en cuenta. Vemos las principales:

1ª Un modo nuevo de concebir la naturaleza de la liturgia (SC 5-7).

Presentada desde la perspectiva de la historia de la salvación, la liturgia aparece a los jóvenes como un momento principal de su historia, en cuyo eje poder encontrar el acontecimiento primordial: la Pascua de Cristo. La liturgia involucra toda su vida y los hace socios y colaboradores de Dios como miembros de la Iglesia. La liturgia se nos manifiesta con una estructura dialogal en la que Dios lleva la iniciativa pero espera siempre nuestra respuesta necesaria. La liturgia no se puede vivir pasivamente; no se administra, no se sirve, no se da. La liturgia se celebra. Se hace nuestra, parte de nuestra vida y de nuestra historia, cuando la celebramos y porque la celebramos. La liturgia se celebra en ciertos momentos pero para ser vivida de continuo. Esto interesa a los jóvenes.

2ª La categoría teológica sacramental de celebración.

Permite entender cómo el acontecimiento de la Pascua de Cristo puede afectarnos a cada uno en nuestro hoy y hacerse presente en nuestra historia llenando toda nuestra vida con su fuerza liberadora y su energía de santificación. En el seno de esta categoría de la celebración cobran vida los signos litúrgicos y la Palabra viva de Dios: La vista de la asamblea reunida y de la belleza de los ritos; el gusto del pan partido y del vino entregado; el tacto de las unciones y de las signaciones; el sonido de los cantos y de las oraciones; y el perfume del crisma y del incienso. O sea, todo cuanto accede a nuestro

interior por la puerta abierta de nuestros sentidos, transformados por el Espíritu, que enciende en ellos la luz de la fe. De este modo la celebración nos conduce por el camino de las realidades visibles hasta la realidad invisible del misterio de Cristo que late en su interior para ser entregado y participado. La celebración pide protagonistas no espectadores mudos y ajenos.

3ª El objetivo único de la participación plena, activa y comunitaria de todo el pueblo en la liturgia (SC 11, 14).

Es la entraña de la teología pastoral de la *Sacrosanctum Concilium*. En efecto, es toda la comunidad quien celebra el Misterio de Cristo para vivir de él; pero cada uno *participa* del mismo *personalmente* (SC 26). La reforma litúrgica del Vaticano II y todo el interés de la Pastoral Juvenil convergen en este objetivo: cada uno participa personalmente en la vida de Cristo hasta participar de su destino. Ello nos conduce al importantísimo tema de cómo suscitar y despertar en los jóvenes las condiciones personales requeridas para la participación activa en la liturgia.

4ª La liturgia está en el centro de la vida de la Iglesia (SC 10-13).

Más aún –y el matiz no es en absoluto una cuestión baladí– es *meta* o punto de llegada de los trabajos apostólicos; o sea antes de acceder a la liturgia hay un camino por hacer; es necesario ser llamado a la fe y a la conversión, ser iniciados en la oración y en los caminos del Evangelio, adoptar un modo de conducta como el de Cristo, etc. Y es también *fuerza* de donde mana toda la fuerza apostólica y pastoral de la Iglesia: es decir, después de la celebración de la liturgia hay otro camino que hacer; el del compromiso por la caridad, el apostolado y la construcción del Reino de Dios. Este camino de subida hacia la liturgia como hasta la cumbre; y ese partir de la celebración, como de la fuente, hacia el apostolado, la caridad y el testimonio, sitúan a la liturgia en el corazón de la actividad pastoral de la Iglesia y marca además un proceso metodológico en la pastoral con jóvenes.

5ª La restauración del catecumenado.

Sin duda, uno de los mayores aciertos de la reforma del Vaticano II. En efecto, el catecumenado representa una clara oportunidad para recuperar en la Pastoral Juvenil la dimensión de iniciación.

6ª La importancia otorgada a la formación litúrgica de todos en la Iglesia (SC 15-19).

Es uno de los temas llamados de largo alcance. Pensando en ello escribía Ignacio Oñatibia: “Sueño con el día en que todos los agentes de pastoral hayan recibido una formación litúrgica adecuada, sean plenamente conscientes de la importancia de la liturgia en la vida de la Iglesia y estén capacitados para una mistagogía a la usanza de los Santos Padres”.

Son aportaciones concretas, que apuntan al centro de la problemática y expresan la seria preocupación por salir al paso de las necesidades del pueblo de Dios en el momento presente.

I.4 ¿Cómo ha aprovechado la Pastoral Juvenil las aportaciones de la *Sacrosanctum Concilium*?

La Constitución de liturgia ha tenido posibilidad de dejar su impronta en la Pastoral Juvenil en estos últimos 50 años. A través de las aportaciones que hemos indicado y de otras más. Y los agentes de Pastoral Juvenil han tenido también oportunidad de beber en las fuentes de la Constitución tanta agua viva y fresca. De esta recíproca relación entre ellas y de su resultado es de lo que deseamos hablar en este momento.

1. La puesta en marcha de la *Sacrosanctum Concilium*. El prof. Karl Rahner decía que habría de pasar mucho tiempo antes de que la Iglesia que había hecho el Vaticano II fuera de verdad la Iglesia del Vaticano II. Tenía razón. Aunque se ha recorrido un buen trecho y en la dirección acertada, podemos añadir que la liturgia que celebramos hoy no es todavía la liturgia del Vaticano II. Al principio todo fue un camino de rosas fácil, un *boom* litúrgico, una explosión de entusiasmo. Pero, en realidad, aunque la reforma de la liturgia ha sido una auténtica gracia del Espíritu para la Iglesia, la renovación litúrgica no se ha vivido siempre serenamente en la Iglesia en estos 50 años. Ha habido momentos de euforia y de cansancio; de discusiones y de desunión. En alguna ocasión la liturgia ha sido bandera de división³⁴.

2. Las *primeras realizaciones*. Con la aprobación de la Constitución sobre la liturgia la Iglesia se dotó de la hoja de ruta de la renovación litúrgica. Se preparó un programa y se crearon los órganos de la reforma. Pero lo más importante estaba por hacer. La Constitución había que aplicarla. No era cuestión de un mero cambio de rúbricas. Y para eso había que conocerla, estudiarla a fondo, asumirla como propia y encontrar en ella soluciones para los nuevos problemas que iban surgiendo. La recepción de la Constitución no fue homogénea en todas las Iglesias locales. Se cometieron errores, aunque no tantos. Además un programa de reforma tan ambicioso necesitaba ir acompañado de una formación litúrgica adecuada y sistemática del clero y una catequesis litúrgica seria y continuada en el pueblo de Dios (y también en los jóvenes), cosas ambas que no se improvisan, sino que hay que concebir sabiamente, llevar a cabo con perseverancia y esperar los frutos a largo plazo. Pero muy pronto estuvieron listas las primeras realizaciones.

3. *Los resultados*. La Iglesia hizo sus deberes; Acometió en un espacio de tiempo record la renovación de todos los libros litúrgicos, su traducción a más de 400 lenguas, se modificó el espacio celebrativo de los templos para facilitar la participación más plena de los fieles en la liturgia, se puso en el centro del año litúrgico el domingo, pascua semanal y fiesta primordial de los cristianos; la Pascua recuperó pronto su lugar central en la vida de los cristianos. La liturgia retornó a ser para algunos la escuela de oración de la Iglesia. En otro orden de cosas se elaboraron con bastante seriedad los nuevos planes de estudio de la asignatura de liturgia en las Facultades, en los Seminarios y en los Centros de formación de los religiosos; se crearon Institutos Superiores de liturgia y de pastoral litúrgica e Institutos Diocesanos de liturgia para la formación de los seglares. El número de doctores y licenciados en liturgia ha ido creciendo progresivamente en estos años hasta poder decir que, en la actualidad, está

³⁴ Piénsese por ejemplo en el caso de la Hermandad Sacerdotal San Pio X y de la Asociación "Una Voce".

muy cerca de cubrir las necesidades de investigación y docencia. En las parroquias empezaron a formarse los equipos de animación litúrgica y fueron apareciendo poco a poco los ministerios laicales... Pero todo esto era solo el medio para obtener el fin: una liturgia viva y vivida, fuente de una vida cristiana profunda y renovada. Esto es algo muy difícil de medir.

4. *Los jóvenes y la liturgia.* En las últimas cinco décadas han sucedido muchas cosas. Si concentramos la mirada en nuestro país y más concretamente en los jóvenes comprobamos que la evolución ha sido extraordinariamente rápida. Los jóvenes españoles de los años 60 –el Concilio se clausuró en diciembre de 1965– se parecen poco a los de 2012. Estudiar cómo han vivido la liturgia los jóvenes en este periodo de tiempo y, todavía más difícil, cómo ha incidido en la experiencia litúrgica de los jóvenes la Pastoral Juvenil no resulta muy fácil. Pero sí podemos valorar qué ha hecho la Pastoral Juvenil en estos años para favorecer la participación de los jóvenes en la liturgia de la Iglesia. Diremos antes de nada, que no es justo afirmar –porque no responde a la verdad– que los pastores de jóvenes no se han preocupado de su participación en la liturgia de la Iglesia. La atención pastoral a los jóvenes con iniciativas de formación litúrgica,³⁵ de celebraciones especialmente adecuadas para ellos y la creación de grupos y comunidades tendentes a prolongar la celebración en la vida, ha sido admirable y constante en este tiempo. En el ámbito de las parroquias y de los grupos de jóvenes surgieron. Destacamos:

- ✓ Las *Misas comunitarias*. Iniciadas en centro Europa en los años del Movimiento litúrgico moderno, las misas comunitarias recuperaban el modo de participar en la Eucaristía tradicional en la liturgia romana clásica. En rigor pertenecían más a la época preconiliar y desaparecieron a partir de 1964. Se llamaban “dialogadas” porque la asamblea, en vez de asistir como extraña y muda espectadora, respondía a las palabras del Presidente y oraba con él en su lengua materna. En España se introdujeron en los años inmediatamente anteriores a la reforma.
- ✓ Las *Misas de los jóvenes*: Surgidas a partir de 1964 al calor de la reforma y antes de la publicación de los libros litúrgicos. Están muy estrechamente relacionadas con el desarrollo de los grupos en la Pastoral Juvenil. Las caracterizaba la gran participación, su gran adaptación a la sensibilidad juvenil y la acertada animación de la celebración en su conjunto.³⁶ El rito de la misa en

³⁵ Para la historia de la reforma litúrgica en España en esta época contamos con los índices de las revistas *Phase* (del Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona) y –en el campo de la Pastoral Juvenil– de *Técnica de Apostolado* (1ª fase de *Misión Joven*). En los años en que se llevó adelante la reforma litúrgica la revista *Técnica de Apostolado* realizó la que, a mi modesto juicio, fue la iniciativa de formación litúrgica de los jóvenes más completa y sistemática desde el punto de vista teológico, litúrgico y pastoral.

³⁶ Véase al respecto las siguientes selectas publicaciones de la época: ALDZÁBAL J., *Eucaristía con jóvenes. Pistas para la catequesis y la pastoral* = Pastoral Juvenil. Estudios 3 (Madrid 1974). DANNEELS G., *El problema planteado por las «Misas de jóvenes» y sus implicaciones profundas*, in «Phase» nº 54 (1969) 529-543. DELECLOS F., *Les «meses des jeunes», un fait qui demande réflexion*, in «Paroisse et Liturgie» (1969) 195-201. DELLA TORRE L., *La messa per le comunità giovanili*, (Brescia, Queriniana, 1968). EPISCOPADO FRANCÉS, *Algunos aspectos de las misas de jóvenes*, in «Revista de Pastoral Juvenil» nº 90 (1968) 8-12 (número monográfico sobre la Eucaristía de los jóvenes).

general era el acostumbrado. Según Bugnini “tuvo momentos de gran difusión, de entusiasmo y de protesta.”³⁷

- ✓ *Las Pascuas juveniles*. La recuperada centralidad de la Pascua en la liturgia, por obra de la Sacrosanctum Concilium, y el influjo de la Pascua de Taizé, están en el origen de las Pascuas juveniles. Parece que las primeras se celebran en Cataluña en 1971. Muy pronto se extienden por el resto de España y, algo más tarde, dan el salto a América Latina. Con sus luces y sus sombras, sin duda alguna tienen el inmenso valor de haberles hecho conocer y vivir a los jóvenes la Pascua de Jesucristo y lo profundamente ligado que está este acontecimiento central de la historia a sus propias vidas. Para muchos ha sido el inicio de un camino de retorno a la fe y a la vida cristiana vivida en la Iglesia. «Es la primera vez que lo hemos entendido» han dicho multitud de jóvenes.
- ✓ *Las Jornadas Mundiales de la Juventud*: cuyos inicios se remontan al Papa Pablo VI, pero que relanza y desarrolla el Papa Juan Pablo II. Todos conocemos la importancia de estas experiencias en la pastoral con jóvenes.

1.5 ¿Qué podemos hacer

a partir del 50 aniversario de la *Sacrosanctum Concilium*?

1. *Una Pastoral Juvenil más misionera*. Hoy se tiene el convencimiento de que en las Iglesias de Europa cada parroquia deber ser una verdadera misión *ad gentes*.³⁸ Casiano Floristán opinaba que la crisis sacramental es precisamente crisis de la parroquia.

2. *Educación en la fe: la mejor forma de preparar a una liturgia viva*: Evangelizar no es solo sembrar la fe, es preciso entregarse también con paciencia a un crecimiento sistemático de la misma hasta su plena maduración. Eso es educación en la fe, a la que hay que “dedicar una creciente atención”³⁹ y personal especializado.

3. *Una celebración de la liturgia eficazmente evangelizadora*: La celebración de la liturgia con jóvenes debe realizarse con la misma generosa solicitud e ingenio pastoral con que se celebra la liturgia en tierras de misión.

4. *Ayudar a superar el problema del lenguaje*: Los jóvenes se encuentran ante un lenguaje celebrativo, tipificado, no coloquial y algo anacrónico, que precisa indudablemente una explicación y con el que es difícil rezar. Se puede decir que, cuando ellos rezan a solas, tanto las cosas que piden como el Dios al que se dirigen, no se parece al de la liturgia de la Iglesia. ¿Qué se puede hacer? ¡Iniciar!

5. *Atender con más cuidado algunas celebraciones sacramentales*: Considero que la pastoral sacramental con jóvenes debe atender con particular atención la celebración del Matrimonio, un sacramento pastoralmente a la intemperie. El otro sacramento que requiere una mayor atención pastoral es el de la Reconciliación.

³⁷ Cf. A. BUGNINI, *La reforma de la liturgia. 1948-1975* = BAC Maior 62 (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1999) 376-384.

³⁸ “En el «viejo» Continente existen también amplios sectores sociales y culturales en los que se necesita una verdadera y auténtica *misión ad gentes*” (Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, 46).

³⁹ *Ibidem*, 61.

* * *

Una convicción me ha guiado a lo largo de estas páginas: sin celebración del Misterio de Cristo la fe se muere y desaparece; pero cualquier celebración no vale: El modelo sigue siendo el de la *Sacrosanctum Concilium*. A los jóvenes hay que ofrecerles la mejor celebración de la Pascua de Cristo que seamos capaces de preparar y vivir. Y hay que exigirles también su más plena y auténtica participación en el Misterio celebrado. Por lo demás es seguro que una acción Pastoral Juvenil valiente, profética y sistemática transforma y construye la Iglesia y la Sociedad conforme al proyecto del Reino de Dios. ¡Esto es renovar la Iglesia!